

A close-up photograph of a person sitting on the ground. The person is wearing black high-top sneakers with white laces and a purple shirt. Their hands are resting on their legs. The background is a dark, textured surface, possibly soil or sand.

OJOS SABOR A MENTA

ROCIO RAMIREZ CASTILLO

Ojos sabor a menta

Rocío Ramírez Castillo

A mis padres y mis hermanos

CAPITULO 1

—Me llamo Verónica pero todos me dicen Vera para no confundirme con mi mamá, que se llama igual que yo.

La secretaria volteó a todas partes porque no sabía quién le estaba hablando. Luego se levantó y miró hacia abajo. Ahí estaba yo pues no alcanzaba la altura del escritorio.

Yo tenía cinco años, de eso me acuerdo muy bien. Traía puesto mi uniforme del colegio con un delantal de cuadros blancos y rosas encima. Iba acompañada de mis papás y estábamos en la antesala de la oficina de la directora.

La secretaria nos indicó que tomáramos asiento. Mi papá me sentó en una silla alta. Mis pies no alcanzaban el suelo, así que empecé a columpiarlos.

—Deja de hacer eso —susurró mi mamá, un poco exasperada.

Me quedé quieta y ya no hice ningún ruido. Pero no estábamos solos. Enfrente de nosotros se encontraba una familia. Los cuatro niños, todos hombres, peleaban entre ellos, revolcándose en el suelo y jalándose el pelo unos a otros. La mamá les gritó histérica y trató de separarlos, mientras que su padre, un hombre rubio y distraído, leía un periódico como si no se diera cuenta del escándalo que hacían sus hijos. Cuando por fin la señora pudo controlarlos, el más pequeño de ellos me miró y me sonrió. Tenía los ojos más azules que había visto en toda mi vida, tan azules que me provocaron un sabor muy peculiar, como de esos chicles de menta que tanto me gustaban.

La puerta de la oficina se abrió y la directora nos hizo pasar. Ahí también se encontraba mi profesora de kínder, la maestra Lucy.

—¿Sabes por qué estás aquí, Verónica? —me preguntó la maestra

Lucy.

—No.

—Estás aquí porque te vamos a poner un examen.

Me encogí de hombros. A los cinco años yo no sabía qué era un examen.

La maestra me mostró una tarjeta.

—¿Qué color es este, Vera?

—Sabe a naranja.

—No, Vera, dime qué color es.

—Sabe a naranja.

—Vera, a ver, tranquila, no te pongas nerviosa. Mira la tarjeta. ¿Qué color es? ¿Amarillo? ¿Rosa? ¿Azul?

—Sabe-a-naranja —repetí con más énfasis.

Mi papá trató de soplarme la respuesta:

—Es verde, hija.

—Señor, no la ayude —dijo la directora.

La maestra continuó haciéndome preguntas. Me mostró otra tarjeta.

—¿Y este qué color es, Vera?

—Picante.

—No, Vera. Es rojo. ¿Lo ves? Ro-jo.

No respondí.

Entonces mi papá dijo:

—Bueno, ¿y cuál es el gran problema? ¿Que mi hija no se sabe los colores?

—No, señor Torres, el problema no es solamente ese. Observe.

La maestra dejó las tarjetas a un lado y colocó un xilófono de juguete en el escritorio.

—Bueno, Vera, ahora voy a tocar una canción y quiero que me digas

qué es lo que ves.

Entonces tocó “Las Mañanitas”.

Yo me entusiasmé y señalé el techo.

—¡Oh, qué bonito!

—¿Qué es bonito, Vera?

—Ahí, se ve azul, rosa, ¡y ahora se ven chispas amarillas!

—¿Dónde, Vera?

—¡Allá arriba! ¿No lo ven?

Todos miraron el techo y luego me voltearon a ver a mí como si estuviera loca.

La maestra cesó de tocar la canción.

—¿Ven lo que le pasa a su hija? —preguntó la directora—. Cuando ve colores, siente sabores. Cuando oye música, ve los colores. Pero eso no es todo. Dice que el jueves está a su derecha o que los triángulos huelen a queso. En pocas palabras, parece como si tuviera los sentidos intercambiados.

Mi mamá empezó a preocuparse, mi papá en cambio trató de minimizar el problema.

—Bueno, los niños a esa edad son fantasiosos y no saben lo que dicen.

Pero la directora se mostró muy inflexible.

—No, señor. Su hija presenta un retraso en su aprendizaje, así que le sugerimos que busque ayuda profesional.

—¿Qué? —exclamaron mis papás al mismo tiempo. Y no era para menos. Prácticamente me habían dicho “retrasada”. La directora trató de proponer una solución.

—Mire, nosotros podemos canalizarla con una psicóloga infantil...

—Mi hija no va a ir con ninguna loquera —respondió mi papá, indignado.

—Señor, no se confunda —dijo la maestra Lucy—. La terapia podría ayudarle a su hija a encontrar las causas de su... “desorden”.

Mi madre me abrazó angustiada y mi papá se indignó. Yo no entendía por qué todos estaban tan enojados conmigo.

Salimos del salón. Mi mamá estaba preocupada y mi papá enojado.

—¿Qué vamos a hacer? ¿La llevamos con la psicóloga?

—Pues ya qué, a ver si así ya la pasan de año. Nomás le quieren sacar el dinero a uno con estupideces.

Al día siguiente empezó mi peregrinar con diferentes médicos y terapeutas. Primero me llevaron a tomar terapia con una psicóloga. No funcionó, así que sugirió que me llevaran con un doctor. Éste sugirió que fuera con un oftalmólogo y un otorrinolaringólogo, quienes me hicieron un examen de la vista y del oído para ver si no era daltónica y sorda. Al ver que yo estaba sana, me llevaron con un psiquiatra, pero yo seguía igual. Si tocaban una canción, la veía en colores y si me ponían colores, los saboreaba.

Hasta que un día cuando yo tenía diez años, me llevaron con un neurólogo quien le dijo a mis padres lo que verdaderamente tenía.

—Señor, su hija padece de sinestesia.

—¿Qué es eso?

—Pues que asocia sensaciones con estímulos aplicados en otra parte del cuerpo.

—¿Eh?

—Tiene los sentidos intercambiados.

—¿Y tuve que pasar por seis doctores para que terminaran diciéndome lo que yo ya sabía? —preguntó molesto mi papá.

—Ay, doctor —dijo mi madre compungida—. ¿Y por qué le pasó esto? ¿Tiene cura?

—Bueno, señora, la causa exacta no la conocemos. Puede ser que

durante el desarrollo neuronal el cerebro no hizo las conexiones necesarias entre áreas adyacentes. Y tampoco tiene cura. Algunos pacientes optan por someterse a hipnosis para corregir un poco el padecimiento pero los resultados no son cien por ciento satisfactorios.

Mis papás y el doctor me miraron fijamente y yo sentí miedo. Ya no quería ir con más doctores ni visitar más consultorios. Así que, ¿qué hice? Fingir que me había curado. Después de la última visita al médico empecé a referirme a los números como números, a los colores por colores y a las notas musicales como do, re, mi. Mis papás se tranquilizaron.

Sólo yo en mi interior sabía que era una farsa, pues nunca dejé de ver al mundo de manera diferente.

CAPITULO 2

A pesar de que fingí ver el mundo como lo veían los demás, tarde o temprano la gente se daba cuenta de que yo no era tan normal que digamos y empezaban a molestarme o a burlarse de mí, por lo que durante mi infancia no tuve amigos.

El colegio donde yo estudiaba era privado. Muchos de mis compañeros eran la tercera o cuarta generación de familias de empresarios, y Bibi pertenecía a una de ellas. No era particularmente bonita pero sí era la más rica, y eso le hacía portarse arrogante y superior a los demás. Yo en cambio era lo que se dice hija de “nuevos ricos”, ya que mi papá venía de un rancho de Montemorelos. De joven vino a Monterrey a estudiar Administración de Empresas, luego abrió un negocio en la Central de Abastos y le fue bastante bien. Conoció a mi mamá por amigos en común, se enamoraron y se casaron. Pero si bien el origen humilde de mi familia ya era motivo suficiente para no encajar con los demás niños, el problema se agravó

cuando Bibi me apodó “la rara” y “la come-colores”.

Ocurrió mientras cursábamos segundo de primaria. Un día Bibi llevó al colegio una caja de colores de esos que usan los diseñadores gráficos. La caja era metálica y por dentro estaba aterciopelada. Había un color en particular, uno que era de una tonalidad de rosa que me llamó la atención. A escondidas lo acerqué a mi boca, lo chupé y dije:

—Sabe a sandía.

Bibi se dio cuenta y me arrebató el lápiz. En el jaloneo la punta se quebró y ella pensó que yo lo había mordido. Desde entonces me empezó a llamar así, “la come-colores” y todas sus amigas la imitaron.

Por otra parte, los maestros tampoco estaban muy contentos conmigo, sobre todo en matemáticas, no tanto porque no comprendiera las operaciones aritméticas sino porque para mí los números tenían textura, aroma, color y forma y eso me distraía mucho a la hora de resolver los problemas. Pero no le decía a nadie sobre eso porque si el maestro o maestra en turno se enteraba (lo cual sucedió muy seguido desde primero hasta cuarto de primaria), significaba otra ida con la directora, otra llamada de atención a mis papás y otra vez volver a las terapias psicológicas y a clases de apoyo, cosa que preocupaba mucho a mi mamá. Para ella el hecho de que los maestros le ordenaran que me llevara de nuevo a terapia significaba que yo no estaba bien, que no era capaz de socializar o de adaptarme a la vida cotidiana y eso le angustiaba mucho, no sé por qué.

Con el tiempo desarrollé mi propio método para pasar los exámenes de Matemáticas: combinando los números de tal forma que fueran armónicos, y fue de esa manera que logré avanzar y pasar de grado.

Pero bueno, para compensar la falta de amigos le pedí a mis papás que me inscribieran en clases de pintura. Y para mi suerte aceptaron mi idea a pesar de que ellos no eran del tipo de gente que se interesara en el arte.

Nunca iban a museos y las únicas pinturas que había en casa eran unos bodegones que habían comprado a unos artesanos en la orilla de la carretera nacional, pero creyeron que tomar clases de pintura era una buena oportunidad para conocer gente. Y no, en realidad no hice nuevas amistades porque mientras los otros niños pintaban tigres, elefantes, casas o flores, mis cuadros eran abstractos. Eso se debía a que mientras pintaba la maestra ponía música de Mozart, Beethoven o Chopin y dependiendo de la melodía era lo que yo pintaba. La música de Mozart era amarilla, naranja y de rayitas verticales. Beethoven era espirales verdes y trazos gruesos. Y Chopin era azul con puntitos blancos.

Por todas esas razones podría decirse que me volví bastante solitaria, sobre todo al llegar a la preparatoria. Yo me acostumbré a ser así, pero mi mamá, como siempre, empezó a preocuparse. Eso de ser hija única me convertía en el centro de su universo, así que cualquier detalle, por insignificante que pareciera, siempre estaba observándolo, y mi falta de amigos fue algo que ella empezó a notar.

—Me encontré a la mamá de Bibi en el supermercado. Me preguntó por qué no fuiste a su fiesta de cumpleaños —me dijo mi madre una mañana durante el desayuno mientras yo comía mi cereal con leche.

—Porque Bibi no me invitó —respondí.

Mi mamá me miró fijamente y con seriedad. Cualquier otra mamá se hubiera sentado a dar un consejo, pero mi mamá no sabía darlos. Sabía, eso sí, dar recomendaciones sobre cosas cotidianas, como “ponte un suéter porque hace frío”, “siempre di por favor y gracias” o “si te cepillas los dientes con bicarbonato de sodio se verán más blancos”. Pero consejos, no. Y mi falta de amigos era una situación que ameritaba un consejo, lo cual la puso fuera de su zona de confort.

—Eres muy seria —me dijo—. En un hombre eso sería una cualidad

pero en una mujer no.

—¿Y?

—Debes sonreír más a la gente siempre.

—¿Y si no tengo ganas de sonreír?

—Pues hazlo de todas maneras —dijo mi mamá retirando el plato vacío para lavarlo de inmediato. Era también muy obsesiva de la limpieza.

Me levanté de la mesa y tomé mi mochila para irme a la preparatoria. “Sólo un día más”, repetía en mi mente, tal como un enfermo cuando toma la misma medicina todos los días esperando curarse.

La ventaja de la prepa es que ya no tenía que usar uniforme. Podía vestirme como yo quisiera, así que mis atuendos siempre eran un collage de colores y texturas. Obviamente a la mayoría de mis compañeros les parecían ridículas mis combinaciones, pero porque no entendían que yo me vestía de acuerdo a los sonidos y sabores que más me gustaban. Por ejemplo, me ponía jeans verde limón con una blusa blanca de lunares amarillos y pulseras de cuero y conchas. O podía llevarme una blusa de rayas verticales a juego con una falda de cuadros escoceses. O una blusa con bordados indígenas oaxaqueños con pantalones negros. La desventaja fue que como era preparatoria privada, otra vez me encontré a Bibi, quien se encargó de propagar mi fama como “la rara” o “la come-colores”.

En lo que se refería a la parte académica, no puedo decir que yo fuera la alumna más brillante de la prepa. Tenía calificaciones aceptables en casi todas las asignaturas pero como ya dije antes, las matemáticas eran mi dolor de cabeza. Si no fuera por la sinestesia, habría tenido el promedio perfecto en esa materia; sin embargo ese título lo ostentaba Raúl Lavigne.

Raúl Lavigne era el alumno más inteligente no sólo del salón, sino de toda la preparatoria. Se aprendía todos los libros a la primera leída. Tanta era su precisión para contestar los exámenes que al menos dos maestros llegaron

a sospechar que él copiaba, sin embargo nunca pudieron demostrarlo. Raúl siempre era el primero en terminar y marcharse. Pero la popularidad de Raúl no radicaba en su inteligencia, sino en su físico. Él rompía con los estereotipos de un nerd, pues no usaba anteojos ni ropa anticuada, al contrario, era el chico más guapo de toda la preparatoria. Alto, fornido, rubio, de ojos azules y de rostro anguloso. Jugaba en el equipo de fútbol americano, en la posición de *quarterback*. Todas las chicas estaban enamoradas de él e iban a verlo a sus juegos. Enloquecían cada vez que al terminar el partido, él se quitaba el casco para secarse el sudor de la frente. A mí también me gustaba pero tenía un defecto: era demasiado arrogante. Traía siempre detrás de él una comitiva de personas siguiéndolo, pero no creo que él los tratara como amigos, más bien los veía como admiradores. Al menos esa impresión me daba.

Nunca le dirigí la palabra a Raúl pues él se movía en otras esferas sociales. No obstante, la preparatoria es un mini-universo en donde tarde o temprano las personas se cruzan en tu camino para bien o para mal, y en mi caso fue para mal.

Resulta que un día por casualidad obtuve un 100 en matemáticas. Fue de chiripa porque como dije antes, yo no era buena en matemáticas, pero ese examen en particular resultó fácil. Cuando publicaron los resultados, Raúl miró la lista. En un principio sonrió de manera presuntuosa al comprobar que había sacado 95, pero luego frunció el ceño al ver un 100 en la lista: el mío.

—¿Quién es Verónica Torres Cavazos?

—Yo. ¿Por qué?

—Sacaste 100 —dijo, no con tono de felicitación sino de envidia.

—Ah —respondí encogiéndome los hombros sin darle importancia.

—¿Me copiaste?

—Por supuesto que no —repliqué.

Él me miró con desconfianza.

—Tú nunca sacas 100, siempre sacas 70.

—Pues supongo que ahora me fue bien.

Me iba a regresar a mi pupitre cuando escuché que me dijo con sarcasmo:

—Sí, disfrútalo. De todas maneras yo saqué 95.

Entonces, con el mismo tono sarcástico que él había usado, le respondí:

—Pues si con tan poco te conformas...

Los muchachos que estaban oyéndonos se rieron y dijeron:

—Uuuuuhhh....

Eso molestó a Lavigne y creo que a partir de ahí me declaró la guerra, pues comenzó a molestarme. Así pasé de ser la chica rara antisocial a la chica que hizo enojar a Raúl Lavigne.

CAPITULO 3

Al día siguiente al llegar al salón, encontré una mochila en mi pupitre. Volteé para ver quién la había puesto ahí, pero no vi a nadie cerca, así que la agarré para ponerla en el suelo, pero justo en ese momento Raúl Lavigne se paró frente a mí y me chistó.

—Sht, sht, sht. ¿Qué haces? —Me preguntó.

—Me voy a sentar —respondí.

—Pues no puedes sentarte en ese lugar porque ahí va mi mochila.

—Pero tú te sientas del otro lado del salón.

—¿Y? No quiero poner mi mochila en el suelo —contestó con arrogancia.

Por supuesto yo me molesté.

—Ah, mira qué chulada. ¿Y yo qué? ¿Me siento en el suelo?

—Claro.

—Estás loco.

Intenté quitar su mochila de mi pupitre pero él me lo impidió.

—Deja mi mochila donde está —me ordenó.

—Pero este es mi lugar.

—Te puedes sentar en cualquier lugar.

—¿En cualquiera?

—Sí, menos en este.

—Muy bien.

Dejé su mochila en paz pero me dirigí a su pupitre, tiré el cuaderno y los lápices que había ahí y me senté. Eso lo hizo enojar.

—¡Eh! ¿Por qué tiras mis cosas?

—Dijiste que me podía sentar en cualquier lugar.

—¡Pero no en el mío!

—Pues quita tu mochila de mi lugar.

—No.

—Entonces no me voy a mover de aquí.

Él se enojó y sacudió la silla tratando de derribarme pero yo me aferré hasta con las uñas. Con todo el escándalo que hicimos todos nuestros compañeros nos voltearon a ver. Las mujeres no podían creer que yo contradijera los deseos de Raúl. Los hombres en cambio se reían de él, lo cual provocó que se enojara aún más.

Después de su inútil esfuerzo para desalojarme de su silla y para no quedar como un perdedor gritó:

—¡Bien, quédate en ese lugar, no me interesa!

Y fue a sentarse en mi pupitre. Varias chicas se le acercaron para rendirle pleitesía mientras yo me reía para mis adentros.

Al sonar el timbre de salida, mientras Raúl se retiraba con su harem de chavas, yo fui la última en salir del salón. Sin embargo cuando llegué al patio me sentí sola. Casi todos tenían un grupo de amigos, pero yo no tenía a nadie. Las chicas no me aceptaban por mi peculiar sentido de la moda, y menos ahora que era enemiga declarada de Lavigne. Como que ellas no podían concebir cómo era posible que yo lo tratara mal, si él era tan hermoso. Y es que en México a los rubios los idolatran. Pero yo era pelirroja y pecosa, así que más bien me veían como bicho raro, porque admitámoslo, no hay demasiados pelirrojos naturales en Monterrey.

No entré en la cafetería sino que me quedé sentada en una banca de concreto. Subí las piernas y las crucé. Iba a ponerme mis audífonos para escuchar música mientras dibujaba, pero en ese momento pude presenciar varias líneas de colores flotando en el cielo. Eran colores de música. Seguí la estela para ver de donde provenían y llegué a unas escaleras. Ahí se encontraba un chavo tocando con la guitarra “La célula que explota” de Caifanes. Me quedé viendo sus manos de dedos largos y delgados, que rasgaban las cuerdas de la guitarra dibujando hilos de colores de sonidos de la misma manera que alguien teje en un telar, formando un bello tapiz.

Me quedé viéndolo desde una distancia prudente. Él estaba tan concentrado que no se percató de mi presencia. Cuando por fin terminó, alzó la cabeza echando su pelo hacia atrás. No era un adonis como Raúl Lavigne pero me pareció muy guapo. Moreno; cabello negro, lacio, brillante y largo, y cejas gruesas. Tenía dientes grandes y sus rasgos eran muy equinos, pero me gustaba su halo de rebeldía y esa forma de vestir tan desenfadada, con jeans rotos, tenis y camiseta deslavada.

El chavo guardó su guitarra en un estuche y se la colgó a la espalda. Pasó a mi lado pero no me vio. Yo lo seguí con la mirada para ver si había alguien esperándolo por ahí, pero él se alejó, solitario, hacia la parada del

camión.

Regresé a casa. Mi mamá no estaba en ese momento pero me dejó la comida sobre la mesa, con un recado en el que me decía que si se me ofrecía algo, estaba con la vecina de enfrente. Llevé mi plato a mi recámara y me puse a comer, mientras pensaba en el misterioso guitarrista.

Apenas terminé, saqué mi cuaderno y mis colores y me puse a dibujar los sonidos que había visto. A pesar de que tenía una caja con 120 colores de diferentes sabores... bueno, es decir, tonalidades, ninguno le hacía justicia a la belleza de la música de este chico. Aun así, quedó muy lindo mi cuadro. Era muy abstracto y colorido.

Al día siguiente, cuando llegué a la prepa, busqué por todas partes al chavo de la guitarra. Quería averiguar en qué salón estaba. Cuando por fin lo vi, lo seguí disimuladamente. En ese momento, Raúl Lavigne tropezó conmigo.

—¡Hey! Más cuidado —me dijo.

—Ash —murmuré y miré por encima de él para ver si el chico de la guitarra todavía andaba por ahí.

Raúl me preguntó:

—¿Se te perdió algo?

—Sí, mi tiempo al hablar contigo —respondí.

—Huy, qué genio.

Me aparté de él y seguí caminando, pero para mi mala suerte, el chavo había desaparecido.

El timbre sonó y todos nos fuimos hacia nuestros respectivos salones. Raúl entró empujándome.

—¡Oye! —Exclamé.

Pero él volteó y me dirigió una sonrisa desdeñosa. Yo murmuré:

—Tarado.

Tomé asiento y enseguida entró el profesor de Matemáticas, Pedro Pineda Pompa. Como era de esperarse, su apellido materno era blanco de las burlas de los alumnos, pero él era demasiado despiadado para tolerarlas. Apenas escuchaba alguna risita castigaba a todo el salón con un examen sorpresa. Por eso la mayoría prefería llevar la fiesta en paz y sólo se burlaban de él a escondidas.

Después de tomar lista, el maestro regañó a todos por los pésimos resultados que sacamos en el examen parcial. No podía creer que nadie hubiera entendido las ecuaciones cuadráticas después de que había dedicado al menos cuatro clases para explicarlas.

—Reprobados, todos reprobados. Si al menos pusieran atención no estarían así. Sólo dos alumnos pasaron el examen. Raúl Lavigne y... —hizo una pausa mientras revisaba la lista—. Verónica Torres.

El maestro escribió una de las ecuaciones en el pizarrón.

—A ver, pase a resolverla.

Raúl pensó que le hablaba a él, pues era él quien siempre resolvía todos los problemas, pero esta vez el profesor me pasó el gis a mí.

—Señorita, pase usted a resolverlo.

—¿Yo? —exclamé sorprendida.

—¿Ella? —preguntó Raúl incrédulo.

—Sí, pase ahora mismo y resuelva esta ecuación.

Me levanté de mi pupitre y vi los números y las variables. Pero en realidad yo sólo veía colores.

El maestro me apuró para que resolviera la ecuación.

Hice lo que pude, combiné los números por su color y su textura, no por su valor. El resultado desconcertó al profesor.

—Curioso, muy curioso. Todo el procedimiento está mal pero el resultado está correcto.

—Quizá fue casualidad —dijo Raúl en voz alta.

Todo el grupo se rió de mí. El maestro les ordenó guardar silencio y escribió otra ecuación, que no era de las que venían en el examen. Pasé saliva. Garabateé letras, signos, números. Él contempló el pizarrón, con la mano en la boca, pensativo.

—No entiendo. El resultado está bien... pero... ¿Cómo llegó a él si todo el procedimiento está equivocado?

Todas las miradas se posaron en mí, especialmente los ojos azules de Raúl Lavigne. Casi podía leer sus pensamientos. Me decía: “Sí, Vera, ¿cómo es que sabes la respuesta?”

Me acerqué al maestro y le susurré al oído:

—Es que la respuesta es una pelota de goma verde con rayas blancas.

—¿Qué?

—Sí, para mí los números tienen colores y texturas. Yo sólo los combino. Y en este caso 34,589 es una pelota verde con rayas blancas.

—¿Cómo que la respuesta es una pelota de goma verde con rayas blancas? —preguntó el maestro en voz alta, lo que provocó que todos se rieran a carcajadas de mí y empezaran a chiflarme o a decirme loca.

El maestro les ordenó callarse pero tardó un buen rato en calmarlos. Yo estaba avergonzada y él sólo sacudió la cabeza y me pidió que me sentara. Ésa fue la única y última vez que él me hizo pasar al pizarrón. Escribió otra ecuación y le pidió a Raúl que la resolviera. Éste pasó cerca de mí, muy ufano y orondo por mi derrota en las matemáticas. Aunque nunca dije que fuera buena. Por mí que se quedara con el título de rey de los números, si quería.

Al terminar las clases, salí rápido del salón y fui hacia las escaleras para ver si volvía a encontrarme al chavo de la guitarra. Y sí, ahí estaba tocando otra canción, y otra vez los colores de los sonidos creaban hilos de

luz que flotaban encima de él.

Yo me senté en el suelo, saqué mi cuaderno y empecé a dibujarlos lo más rápido que pude, pues no quería perderme esta imagen tan bella. Su canción era rojo con púrpura.

Estaba a punto de terminar cuando alguien se asomó por encima de mí y me preguntó con un tono altanero:

—¿Qué estás dibujando?

Era Raúl Lavigne.

Si me lo hubiera preguntado de manera más amable, le hubiera respondido igual. Pero con su actitud nefasta lo único que consiguió fue que yo le contestara a la defensiva:

—¿Qué te importa.

Sin embargo mi respuesta pareció no importarle.

—¿Qué son esos garabatos extraños? —preguntó arrebatándome el cuaderno.

—¡Oye! ¿Qué te pasa? ¡Devuélveme eso!

—¿Qué clase de dibujo es éste?

—Son los colores de los sonidos.

Raúl soltó una risa de extrañeza.

—¿Qué? Para mí parece vómito.

—¡Dámelo!

El empezó a reír, con un tono de burla. Los demás compañeros se dieron cuenta de nuestra discusión y empezaron a formar un corro alrededor. Él levantó mi cuaderno por lo alto, agitándolo como si fuera una bandera, mientras yo saltaba intentando quitárselo.

—¿Lo quieres? ¿Lo quieres?

Todos me señalaban y se reían de mí. No lo soporté más así que, llena de rabia, le di una fuerte cachetada. Y se hizo el silencio en el pasillo. Él se

llevó la mano a la mejilla, mirándome perplejo. Todas las chicas se quedaron estupefactas. Incluso el chavo de la guitarra dejó de tocar y se levantó, tratando de ver qué había pasado. Me sentí muy avergonzada, pero Raúl lo estaba más. Lo observé fijamente y nuestras miradas se cruzaron. Al ver sus ojos azules, sentí un sabor extraño en mi lengua. Un sabor a menta.

Raúl estiró el brazo, entregándome el cuaderno. Yo se lo quité de las manos y me fui corriendo.

CAPITULO 4

Llegué a mi casa, agitada y sudada. Cerré de un portazo. Al escuchar el ruido, mi mamá salió de la cocina limpiándose las manos con un trapo y muy alarmada.

—¡Pero Vera! ¿Qué pasó?

—Nada.

—¡Dime qué pasó! ¿Por qué vienes así?

—Nada, mamá, no pasó nada. Estoy bien.

Mi papá también salió de la cocina. Era su hora de comida y dejó el plato a medias para ver qué estaba sucediendo.

Mamá siguió interrogándome hasta que por fin cedí a sus presiones y terminé confesando.

—Golpeé a un muchacho.

—¿Qué? ¿Pero por qué?

—Bueno, más bien le di una cachetada.

—¿Pero qué te hizo? —preguntó mi papá.

Les expliqué que ese muchacho tenía tiempo molestándome y que en esta ocasión me quitó mi cuaderno donde hacía mis dibujos de los colores de los sonidos y se burló de mí. Antes de que terminara de hablar, mi mamá me

interrumpió:

—¿Dibujos de los colores de los sonidos? ¿Otra vez ves esas cosas?

Yo me quedé estupefacta. Le estaba contando a mi madre que un muchacho me molestaba, ¿y ella en cambio se preocupaba porque yo seguía viendo los colores de los sonidos?

—Mamá, ése no es el punto.

—Golpeaste a un muchacho por un cuaderno, Vera.

—Porque él me estaba molestando.

—¡Por un cuaderno!

—Vamos, Verónica —dijo mi papá a mi mamá—. Vera solamente se defendió.

—¡Pero por un mugroso cuaderno de dibujos extraños! —replicó mi madre—. Dios mío. ¿Hasta cuándo vas a dejar de ser tan... rara?

Los ojos se me llenaron de lágrimas y no pude responder. Mi papá, en cambio, me defendió.

—Verónica, deja a la niña en paz. Ya sabes que no lo puede evitar.

Mi mamá ya no dijo nada más. Nunca me regañaba pero su expresión de desencanto me hacía sentir mal. Regresó a la cocina, mientras que yo me quedé en la sala sollozando. Mi papá me abrazó.

—¿Qué tienes, por qué lloras?

—Mamá no me quiere —dije con la voz entrecortada.

—No digas eso. Ella sí te quiere. Lo que pasa es que está... asustada.

—¿Asustada? ¿Por qué?

—Porque no entiende tu forma de ver las cosas...

Papá se quedó callado a media frase. Después me limpió las lágrimas con las yemas de sus dedos y me dio un beso en la frente.

—Ya no llores, hija. ¿Sabes? Yo en el fondo siempre he tenido curiosidad por saber qué es lo que pasa dentro de esa cabecita tuya.

Me dio un pequeño coscorrón en la cabeza. Yo reí aun con lágrimas en los ojos.

—¡Papá!

—Ven a comer.

Fuimos a la cocina. Sobre la mesa ya estaba servido mi plato. Durante la comida ninguno de los tres volvió a tocar el tema de mi pelea con el muchacho de la prepa. Pero yo notaba la preocupación de mi mamá, y me sentí tan mal que apenas y comí.

Papá se fue a ver la televisión mientras que mamá se fue a la habitación de la casa que hacía las veces de biblioteca y de cuarto de costura, pues ella tenía ahí su máquina de coser y sus hilos. Se sentó en su sillón y sacó de una cesta de mimbre estambre y agujas de tejer, para continuar con la “bufanda interminable”. Así le bauticé a esa bufanda que ya medía tres metros y que tenía estambre de todos colores. Una tía me contó que la empezó cuando le dieron la noticia de que perdió a mi hermanito antes de nacer y que ya no podía tener más hijos. De hecho ese cuarto era la recámara que estaba destinada al bebé y las paredes todavía conservaban el color celeste con el que las habían pintado. Pero nunca pude preguntarle acerca de él ya que, como dije, mamá no expresaba sus sentimientos.

Afortunadamente en mi familia no había demasiados acontecimientos que ameritaran seguir tejiendo... bueno, sólo uno: cuando le dijeron que tenía sinestesia. Por eso me preocupé cuando mi mamá se puso a tejer la bufanda justo después de que yo le confesara que seguía viendo los colores de los sonidos. Significaba que estaba triste por mi culpa.

Al día siguiente fue sábado. Cualquier otra adolescente se hubiera levantado hasta después de las once, pero eso no me sucedía a mí. Mi papá me levantó a las tres de la mañana.

—Órale, despiértate que hay que ir a trabajar.

Jalé la sábana hasta cubrirme la cabeza, mientras gemía de pereza. Mi papá, no obstante, me jaló los pies y eso me dio escalofríos porque él tenía las manos heladas y húmedas.

—¡Papá no hagas eso! —protesté.

—Nada de rezongar y levántate, que tenemos que abrir el local a las cinco —me sentenció.

Como dije, papá era comerciante en la Central de Abastos, así que solía levantarse a esas horas. Amanecía con la misma energía que un gallo y le gustaba canturrear canciones de su época, de hace más de veinte años. A pesar de ser un hombre nacido en un pueblo, y siendo mis abuelos de mentalidad machista, él no lo era. No despertaba a mamá para que le preparara el almuerzo, él mismo se lo preparaba y la dejaba dormir hasta que llegaba el momento de irse al trabajo. Se acercaba a ella y le daba un beso en la boca, así como el príncipe despertaba a la Bella Durmiente, sólo que mi papá era pelirrojo, bigotón, grandote y gordo y mi mamá chaparrita, flaca y morena.

Aunque yo era una especie de híbrido genético de mis padres, tenía más rasgos de mi papá que de mi mamá. De mamá había heredado su complexión delgada, su boca y su nariz. Pero de mi papá había heredado su tez blanca, su cabello rojo y unas pequeñas pecas salpicadas en mi nariz.

Papá se fue a la cocina y él se preparó uno de esos almuerzos que sólo a él le gustaban. Huevos con chorizo, varias tortillas de harina, café negro y una pieza de pan dulce. Me ofreció de su almuerzo pero yo me negué, pues no me apetecía comer nada a las tres de la mañana, así que me serví cereal con leche. Salimos de la casa a eso de las cuatro. Todavía era de noche, ni siquiera los pájaros se habían despertado. Subimos a su camioneta y recorrimos media ciudad hasta llegar al mercado. Ahí ya había gente en movimiento, cargando diablitos con cajas de frutas y verduras. La explosión

de colores, olores y sabores me noqueó por completo y me mareé al punto del colapso. No era algo que me pasara muy seguido, salvo una vez en la fiesta de cumpleaños de Bibi. Había demasiados globos de colores en toda su casa y patio y yo sentí todos los sabores revueltos en mi boca, como si alguien hubiera puesto frijoles, fresas, malvaviscos, espinacas, helado de vainilla y ajo en una licuadora. Pero el colmo fue cuando vi su pastel con glaseado morado y me vomité encima de él. Por alguna razón inexplicable, el color morado me daba náuseas. Me sabía a pescado podrido revuelto con estiércol. Por eso Bibi dejó de invitarme a sus fiestas.

Ya habían pasado nueve años de ese bochornoso accidente, y más o menos había aprendido a controlar eso, pero esta vez me sentía un poco nauseabunda, tal vez porque no me sentía con muchos ánimos para ir a trabajar. Papá se dio cuenta y me dijo:

—Vera, tienes que pensar en cosas dulces.

—Lo intentaré.

Así que pensé en algodones de azúcar, en mangos, cerezas y pasteles de pan de vainilla con mermelada en medio y betún blanco del que se pone duro cuando lo metes en el refrigerador.

Llegamos al puesto de mi papá. Él quitó los candados y levantó la pesada cortina de hierro con una sola mano. Después empezó a acomodar los cajones de fruta y en ese momento llegaron a surtirle plátanos, naranjas, fresas y diversas hortalizas como calabacitas, zanahorias, papas, etcétera.

El negocio se llamaba “El Rojo”, precisamente porque así le apodaban a mi papá, debido al color de su cabello. En menos de media hora el local ya estaba lleno de colores y sabores, como un caleidoscopio. Los clientes no tardaron mucho en llegar. Papá se encargaba de pesar la fruta y embolsarla y me puso a mí en la caja, junto con la señora Dora, una de las empleadas.

Fue un día muy ajetreado y comprendí por qué mi papá terminaba el día cansado y se dormía tan temprano. Para las siete de la mañana el hambre ya me estaba matando y mi papá me dio una manzana y un pedazo de sandía fresca.

A las dos de la tarde era hora de irse. Se quedaban la señora Dora y Rubén, un muchacho flaco de dieciocho años que era ayudante y cargador. Ellos eran los que se quedaban a limpiar y a cerrar el negocio.

De regreso a casa, mientras íbamos en la camioneta, yo tenía mucha hambre y cansancio, pero más que nada me sentía triste por todo el lío que se había armado en la prepa por mi culpa. Papá me palmeó la rodilla y dijo:

—¿Qué pasa, hija? ¿Por qué esa cara tan larga? ¿Estás cansada?

—Mmh, sí, pero no del trabajo. Más bien estoy harta de que la gente me moleste —dije refiriéndome a Raúl Lavigne.

—Pues no les hagas caso.

Puse los ojos en blanco. ¡Vaya consejo! ¡Como si ignorarlos fuera la solución al problema!

—Anda, Vera, no me pongas esa cara. El mundo es demasiado grande como para preocuparte por lo que piensen un montón de imbéciles. Todos tienen un defecto que ocultar, pero ellos le tiran la piedra al más desprevenido para que la atención se enfoque en el débil y no en ellos.

—¿Y yo debo hacer lo mismo?

—Ah no, claro que no. Tienes que ignorar lo que te digan, que se te resbale. Y si te siguen chingando, les partes su madre.

Papá a veces decía maldiciones, pero en un tono que daban risa.

—Eso hice y mira lo que pasó.

—Bueno, acá entre nos, yo te apoyo. Qué bueno que te defendiste.

Sonreí.

—Gracias, papá.

Él me devolvió la sonrisa.

CAPITULO 5

El lunes siguiente llegué al salón más temprano que de costumbre. Raúl Lavigne entró, pero ya no me dijo nada. Ni siquiera volteó a verme. Y así fue durante el resto del día, ningún comentario sarcástico, ninguna mirada despectiva. Nada. En un principio eso me alegró, es más, hasta me sentí orgullosa de que ya por fin lo había puesto en su lugar. Pero después de tres días no niego que empecé a extrañarlo. A veces me le quedaba viendo en horas de clase y deseaba que me molestara, que me provocara, que me dijera algo para contestarle y volverlo a poner en su lugar.

¿Pero por qué lo echaba de menos? ¿Acaso me gustaba? Bueno, era guapo, sí, bastante. Pero era un patán, un tipo nefasto. ¿Entonces por qué quería que me volviera a hablar? ¿Acaso yo era una masoquista? No, para nada. Si él no me quería hablar era su problema, no el mío.

El jueves al terminar la última clase guardé todos mis libros en la mochila. Bajé las escaleras y me encontré al chico de la guitarra. Estaba recargado en la pared. El pelo le cubría casi todo el rostro. Pasé de largo, cuando escuché que me dijo:

—Tú eres la que le dio una cachetada a Lavigne, ¿verdad?

Volteé. Asentí con la cabeza.

Él echó el pelo hacia atrás y me sonrió:

—Bien hecho. Se lo merecía por mamón.

Luego colgó su guitarra a la espalda y se fue. Yo me reí.

Pasaron los meses, el semestre terminó y llegaron las vacaciones. En esos meses siempre me iba con mi papá al negocio. Cuando reanudaron las clases, me tocó un salón diferente. No conocía a más de la mitad de mis

compañeros, pero a Raúl Lavigne le volvió a tocar conmigo. Para ese entonces ya estábamos muy distanciados, éramos un par de perfectos extraños que no se dirigían la palabra. Eso sí, seguía teniendo su harem de admiradoras, pero a diferencia del semestre pasado él ya no les prestaba tanta atención como antes.

Me senté en un pupitre cerca de la ventana y muy lejos del pizarrón. Minutos más tarde entró el maestro de Biología, el profesor Camilo Sánchez. Él me caía muy bien porque era un maestro tipo “La Sociedad de los Poetas Muertos”, de esos dicharacheros y entusiastas, sólo que en vez de enseñar poesía enseñaba biología.

—Buenos días, muchachos, veo caras conocidas y otras nuevas. Vamos a pasar lista.

Se fue recitando uno por uno los nombres y tomando asistencia.

—Cuéllar Garduño Mario.

Nadie alzó la mano ni dijo presente. El maestro volvió a repetir el nombre pero no obtuvo respuesta. Siguió tomando lista hasta llegar al final. Justo cuando terminó, entró el chavo de la guitarra.

—Profe, ¿puedo pasar?

—Adelante. ¿Cuál es su nombre?

—Mario Cuéllar.

Sonreí. Finalmente sabía el nombre del misterioso guitarrista.

Él se sentó en el pupitre que estaba vacío delante de mí. Dejó la guitarra en el suelo, recargada en la pared, y sacó una libreta maltratada.

El maestro comenzó la clase, el tema era las partes de la célula.

Esta vez me fue difícil poner atención pues lo único que observaba era el largo y sedoso cabello de Mario; era terciopelo azul marino. Deseaba tocarlo para sentir su textura entre mis dedos, pero me contuve. Ya tenía suficiente fama de chica rara como para que él se llevara también una mala

impresión de mí.

Al final de la clase, el maestro nos encargó un trabajo en equipos. Sin embargo, como el maestro quería fomentar la “integración del grupo”, él mismo se encargó de formar equipos de manera aleatoria. Por supuesto, todas las chicas querían estar en el equipo de Raúl Lavigne. Yo en cambio quería estar con Mario.

El maestro empezó a formar los equipos de tres personas. Nombró a Mario, y luego me nombró a mí. No pude estar más feliz, la suerte estaba de mi lado. Pero la felicidad no me duró mucho tiempo. Como tercer integrante nombró a nada más y nada menos que a:

—Raúl Lavigne.

—¿Qué? —gritaron todas las mujeres, yo incluida. Ellas porque no podían creer que lo hubieran asignado a mi equipo. Yo en cambio grité a manera de protesta.

Pero la decisión era inapelable.

El maestro nos pidió acomodar los pupitres de cada equipo en círculos. El trabajo consistía en hacer una clase explicando las células eucariotas y procariotas, con todo e ilustraciones.

—Bueno, ¿cómo nos organizamos? —pregunté.

—Tú dinos —dijo Mario.

—Yo puedo hacer las ilustraciones.

—Yo te ayudo —se ofreció Mario de inmediato.

—¿Y tú te encargas de la presentación en clase? —le pregunté a Raúl.

—Sí, da igual —respondió con desdén.

—Bueno, entonces, ¿en dónde quedamos para juntarnos?

—Puede ser en mi casa —dijo Mario.

—Bien, así quedamos. Mañana en tu casa. ¿A las cuatro está bien?

—Sí.

Raúl estuvo de acuerdo pero no opinó nada.

Al día siguiente mi papá me llevó a la casa de Mario. Mamá nunca manejaba, tenía un terror inexplicable a tomar el volante, así que dependía de él para mis vueltas, al menos hasta que terminara mis clases de manejo y sacara mi licencia.

Entré a la casa de Mario. Era muy pequeña y sencilla. Los muebles de sala estaban apretujados con el comedor. La cocina era tan solo un minúsculo pasillo. Nos sentamos en el suelo y pusimos todos nuestros libros en la mesa de centro.

—¿Y tu mamá? —pregunté.

—Está trabajando. Es enfermera y ahora le tocó el turno de día.

—¿Y tu papá?

—Nunca lo conocí. Mi mamá es madre soltera.

Me sentí un poco avergonzada por haber preguntado sobre su padre. Creo que él lo notó, pues me dijo:

—No te preocupes.

Empezamos a dibujar sobre la cartulina el esquema de la célula. Él hizo la célula animal y yo la vegetal.

—Dibujas bien —me dijo al observar los avances de mi dibujo.

—Gracias.

Yo no podía decir lo mismo de él, ya que su dibujo la verdad sí estaba feo, pero al menos se estaba esforzando.

Nos quedamos callados por un buen rato. Luego empecé a reírme.

—¿De qué te ríes? —Me preguntó.

—Es que cuando te conocí estabas tocando “La célula que explota”... y ahora estás dibujando una.

—Sí, parece que mi célula explotó —dijo riéndose de su propio dibujo.

Volvimos a quedarnos callados.

—Entonces... ¿me estabas viendo mientras tocaba?

Yo me ruboricé y respondí con un tímido “sí”.

Él me correspondió con una sonrisa.

—¿Quién te enseñó a tocar la guitarra? —pregunté.

Sin dejar de colorear, respondió:

—Nadie, toco de oído.

—¿Cómo?

—Sin ver notas. Sólo escucho la canción una vez y la toco.

—¡No te creo!

—De veras. Es más, elige una canción, la que quieras, y te la toco en este mismo momento.

—A ver...

Busqué mi reproductor y elegí una canción. “María” de Café Tacvba. Le puse el audífono en la oreja, él la oyó completa y luego agarró su guitarra y la empezó a tocar sin ningún error.

—¡No! Seguramente ya te la sabías.

—Claro que no. Puedes intentar con otra, si no me crees.

Le puse la de “Hotel California” y la tocó sin ningún problema. Pero él buscaba más retos, así que me dijo:

—Voy por mi guitarra eléctrica.

Se fue corriendo a su cuarto y regresó con la guitarra y el amplificador.

—Elige una muy, muy difícil.

Me dio a escoger entre varios discos. Eran de Black Sabbath, Megadeth, AC/DC y Metallica. Todas las que elegí las tocó sin ningún problema.

—¿Convencida?

—No, tengo una que estoy cien por ciento segura que no habrás escuchado nunca.

—Lánzala.

Busqué en mi reproductor “Recuerdos de la Alhambra”, una canción clásica compuesta por Francisco Tárrega en 1896. La primera vez que escuché esa canción fue en uno de esos discos LP que mi papá coleccionaba y que a veces ponía en un tocadiscos antiguo. Yo tendría tres años y estaba coloreando con crayones en un cuaderno de dibujo, pero en cuanto escuché la canción me puse a pintar en la pared los sonidos que veía de esa canción. Cuando mi papá vio mi “obra de arte” se quedó perplejo y sorprendido. Mi mamá en cambio me gritó histérica, me arrebató los crayones y fue por un estropajo, agua y jabón para tallar las manchas, borrando así mi primer mural.

Con el tiempo busqué la canción y la grabé en mi reproductor, con otras más de diferentes músicos y cantantes.

Se la puse a Mario para que la escuchara una sola vez. Él cerró los ojos, muy concentrado. Volvió a tomar su guitarra acústica y para mi sorpresa la tocó sin ningún problema, idéntica. Ningún error, ninguna nota desafinada. Simplemente perfecta. Y más aún, logró que los colores brillaran con más intensidad.

—No-lo-puedo-creer —dije, y me quedé boquiabierta.

—Te lo dije.

—¿Pero de veras no has tomado clases?

—No, yo toco cualquier instrumento con sólo escucharlo.

—Increíble.

Me llevó a un cuarto donde tenía varios instrumentos musicales, como un saxofón, un teclado, un bajo, un violín, un clarinete y una armónica.

—Tienes toda una orquesta aquí.

—Mi mamá me compró la guitarra desde que era niño, para que

tuviera algo en que entretenerme mientras ella no está. Y los demás me los han regalado.

Mario volteó a ver el reloj de pared.

—¿Y ese Lavigne qué no piensa venir a hacer la tarea, o qué? — preguntó.

—Es verdad, ni siquiera llamó para avisar que no vendría —dije.

—Más le vale que no sea de esos huevones que no hacen nada y al final se llevan todo el crédito.

—Espero que no, si no se las tendrá que ver conmigo.

Mario empezó a reírse.

—Todavía recuerdo la cachetada que le diste. Creo que le dolió en el ego al cabrón.

Luego se quedó pensativo y me preguntó:

—¿Y tú tuviste algo con Lavigne?

—No, para nada. ¿Por qué?

—No sé, es que por la forma que te miraba tuve la impresión de que entre ustedes había algo.

Aquel comentario me sacó de onda. Pero me apresuré a aclararle que no tenía absolutamente nada que ver con Raúl. Ni siquiera éramos amigos.

En ese momento llegó la mamá de Mario, se llamaba Luisa. Él nos presentó y creo que le caí muy bien a la señora. Era más joven que mi mamá y se vestía muy a la moda. Me pregunté a qué edad habría tenido a Mario. ¿A los dieciocho o diecinueve, tal vez?

Ella nos preparó algo de cenar y media hora después mi papá pasó por mí.

Por la noche no podía dormir. Estaba contenta porque por fin se me hizo conocer a Mario y nos habíamos hecho amigos. Sin embargo había algo que me inquietaba. Ese comentario de Mario, que pensaba que entre Raúl y

yo hubo un romance. ¿Él había visto algo que yo no?

CAPITULO 6

Al día siguiente nos tocó dar la clase de Biología. Poco antes de que el maestro entrara, me acerqué a Lavigne y lo increpé:

—¿Por qué no fuiste ayer a casa de Mario? Habíamos quedado que íbamos a hacer la tarea ahí.

—No tuve tiempo —respondió Raúl con indolencia. Obviamente, eso me molestó.

—¿Ah, sí? Pues no creas que vamos a compartir nuestra calificación contigo.

—Cálmate, lo tengo todo bajo control. A ver, dame el libro.

Raúl leyó el capítulo que nos tocaba explicar. Al cabo de un minuto me lo regresó.

—Listo.

—No te quieras burlar de mí, Lavigne. Nadie se aprende ocho páginas en un minuto.

—Tú confía en mí.

Me regresé a mi lugar, malhumorada. El maestro Camilo entró y después de tomar asistencia, nos hizo pasar al frente para exponer la clase. Mario y yo pegamos nuestros dibujos en el pizarrón.

—¿Quién va a dar la explicación? —preguntó el maestro.

—Yo —dijo de inmediato Lavigne.

—Adelante.

Lavigne se puso de pie. Yo esperaba un desastre. Entendía que Raúl era un nerd de cara bonita, pero ningún ser humano era capaz de memorizar un capítulo entero con una sola leída cinco minutos antes de la clase.

Raúl se paró enfrente de todos. Las chicas empezaron a suspirar con su simple presencia. Mario puso los ojos en blanco, pues no comprendía por qué todas se derretían por Raúl.

Él carraspeó para aclarar su voz. Yo me tapé el rostro con las manos, mientras me imaginaba que iba a reprobar la materia por culpa de él.

Y de pronto, con bastante desenfado, empezó a hablar.

—Célula. Proviene del latín *cellula*, diminutivo de *cella*, que significa “hueco”. Es la unidad mínima de todo organismo o ser vivo capaz de actuar de manera autónoma. Fue descubierta por Robert Hooke. Las células se dividen en procariotas y eucariotas...

Mario y yo nos quedamos pasmados. Raúl empezó a recitar todo el capítulo del libro de Biología, sin saltarse ni una sola palabra, ni un punto, ni una coma. Era como si lo estuviera leyendo pero en realidad lo estaba diciendo de memoria. El maestro quedó muy complacido y nos puso a todos un 100.

—¿Ves? Te dije que lo tenía todo bajo control —me murmuró Lavigne antes de regresar a nuestros asientos—. Y por cierto, buen dibujo.

—Gracias —dije desconcertada por dos razones: la primera, por su reciente demostración de memoria prodigiosa y la segunda, porque había elogiado mi dibujo, cosa que nunca antes había hecho.

El día continuó sin grandes novedades, pero al terminar las clases, Mario se acercó a mí y me dijo:

—Oye ¿vas a ir al baile de la prepa?

—No, no creo.

—¿Por qué no?

No quise explicarle a Mario que el año anterior cuando fui al baile de la prepa nadie me sacó a bailar. Pero él me insistió y dijo:

—Yo voy a ir, si te animas ahí me buscas.

—Está bien.

No sabía si eso era una invitación pero me sentí muy feliz ante la posibilidad de que él me sacara a bailar.

Todos salieron del aula y yo como siempre me quedé guardando todos mis libros en la mochila. Noté que Raúl Lavigne seguía sentado en su pupitre, con el libro abierto.

—La clase ya se acabó —le dije.

—Lo sé.

Iba a marcharme pero me regresé y le dije:

—Por cierto, tu exposición fue muy buena.

—Gracias —respondió sin verme.

Me asomé para ver qué había en la página que él observaba. Se trataba de una fotografía de algo verde con muchas protuberancias geométricas.

—¿Qué es eso?

—Un brócoli Romanesco.

—¿Y por qué estás viendo un brócoli? —pregunté con extrañeza.

—Porque es un fractal.

Su respuesta me intrigó.

—¿Qué son los fractales?

—Son patrones geométricos que se autorreplican. No importa a qué escala los observes, siempre tendrán la misma apariencia. Están por todas partes, desde las montañas y los ríos hasta las hojas de los árboles y plantas y los copos de nieve. Están basados en la sucesión de números de Fibonacci, o sea que cada término es la suma de los dos anteriores. Son las matemáticas en la naturaleza.

—Qué interesante.

Observé la fotografía del fractal que me mostraba y otras más como

caracoles, relámpagos, hojas de árboles, y luego le dije:

—Me recuerda a los caleidoscopios. ¿Sabes? Yo de niña jugaba mucho con ellos. Las figuras que se forman saben a chicle de tutti-frutti.

—¿Eso te provocaba un caleidoscopio? —preguntó arqueando una ceja.

Me sonrojé.

—Bueno... es que yo...

Raúl ya no me juzgó, sino que más bien agachó la cabeza mirando su libro y dijo:

—El día que te quité tu cuaderno era porque habías dibujado un fractal y me gustó.

—Dijiste que parecía vómito.

—Mentí.

—¿Por qué?

—Porque la única manera de sacarte plástica era molestándote.

Alzó la vista y me miró con sus intensos ojos azules sabor a menta.

—Perdón por lo que te dije ese día —me dijo y me pareció que era sincero, así que decidí perdonarlo.

—No hay cuidado —respondí y abandoné el salón, bastante consternada pues no esperaba semejante muestra de humildad por parte de Raúl Lavigne, pero luego sonreí, no por satisfacción ni orgullo, sino porque empezaba a caerme bien.

Llegó el viernes, la noche del baile. Cuando les pedí a mis papás que me llevaran, por una parte se alegraron de que yo intentara socializar, pero también se preocuparon, como siempre. Así que antes de darme permiso me dijeron un montón de recomendaciones, tales como “no aceptes bebidas de extraños”, “no bebas alcohol”, “si dejaste tu refresco en la mesa, ya no lo tomes y pide otro”, “siempre ten tu celular a la mano”, “vamos a pasar por ti

a las once”.

Después de decir “sí” a todo, me bajé del carro y me dirigí al gimnasio de la prepa, sólo para darme cuenta que yo no iba vestida conforme a la ocasión. Todas las chicas usaban vestidos cortos de tirantes y zapatos de tacón altos y en cambio yo traía puestos jeans rosas y una playera blanca con mangas azules. Otra vez yo era la única que no encajaba en el grupo.

A pesar de eso me quedé, pues yo iba ahí porque Mario me había invitado. En la entrada, había un grupo de chavas platicando. Se arrebataban la palabra unas a otras y cada quien competía por quién podía alzar más la voz e imponerse en la conversación, pero en cuanto me vieron me miraron de los pies a la cabeza y luego se empezaron a reír entre ellas, murmurando cosas que no alcancé a escuchar. No les hice caso.

Una vez que entré al gimnasio me quedé hipnotizada, no por los muchachos ni por el baile, sino por los colores flotantes de la música electrónica. Eran unos colores vibrantes, tornasolados, algunos formaban espirales y otros unas verticales zigzagueantes y extraviadas. Seguí con mis ojos esas líneas que se combinaban de manera endiabladamente caótica. Alcé mis manos intentando atrapar los colores, atesorarlos y hacerlos mis prisioneros, cuando de pronto, alguien se paró frente a mí.

—Hola.

Bajé la vista y mi corazón dio un vuelco. Era Raúl Lavigne.

—Hola —respondí.

—¿Cómo estás?

—Bien.

Me puse nerviosa pero no quería que él lo notara, así que iba a apartarme de él cuando de pronto me preguntó:

—¿Quieres bailar?

—¿Qué?

—Bueno, si no quieres no. Reconozco que no soy un buen bailarín, simplemente te vi bailando sola y pensé que tú querías...

Me quedé pensativa. Las chicas que se habían burlado de mí en la entrada ahora me estaban apuñalando con sus miradas de envidia, así que nomás para darles celos, le dije a Raúl:

—Sí quiero.

Él sonrió. Me tomó de la mano y nos fuimos al centro de la pista. El DJ elevó más el ambiente acelerando los *beats*.

Empezamos a bailar. Raúl tenía razón en lo que había dicho: no era un buen bailarín. Era una tabla con patas, pero su torpeza era graciosa.

Alcé las manos y comencé a bailar moviéndome con libertad, siguiendo el ritmo. Él intentó decirme algo pero la música estaba a un volumen tan ensordecedor que no lo escuché. De pronto cuando el DJ empezó a mezclar dos canciones, vi algo sublime. Líneas azules, rosas y púrpuras formando espirales y elípticas a mi alrededor, con destellos de plata y oro que aparecían al ritmo de las percusiones.

Me quedé tan embelesada que exclamé:

—¡Mira!

Señalé el techo. Raúl estaba confundido.

—¿Ver qué? ¿Las luces láser?

—No, menso. ¡Los colores de la música!

—¿Colores de la música? ¿Qué es eso?

Lo que Raúl no veía y yo sí fue una cascada de luces sobre nuestras cabezas, que se habían convertido en una lluvia de pequeños fragmentos cristalizados en tonos azulados, verdes y rojos.

—No entiendes —dije decepcionada.

—¿Entender qué?

Me alejé de él y busqué con la mirada a Mario, pero no lo encontraba

en ninguna parte. Raúl me siguió. Salí del gimnasio, dejando atrás el ruido y el bullicio. Afuera sólo se escuchaba el canto de los grillos escondidos en la oscuridad. Raúl me alcanzó.

—¿Y ahora qué hice para que te fueras así?

—No nada, es que...

Volteé a verlo. Tal vez me sentía muy ansiosa o tal vez era porque parecía que en ese momento Raúl se estaba portando amable, que decidí confesarle mi secreto.

—Yo tengo sinestesia.

—¿Qué es eso?

—Que tengo los sentidos intercambiados. Veo colores en los sonidos y números, siento texturas con las figuras geométricas y saboreo colores.

—Vaya.

—Sí, yo sé que es algo raro, pero quisiera que pudieras ver los colores que yo veo con mis ojos para que entendieras como me siento.

Pensé que Raúl se burlaría de mí o me diría algún sarcasmo, pero se puso muy serio y dijo:

—Bueno, los colores en realidad los genera nuestro cerebro cuando interpreta las señales nerviosas que le envían los fotorreceptores ubicados en la retina de los ojos cuando captan y distinguen diversas longitudes de onda de la parte visible del espectro electromagnético.

—¿Qué?

—Sí. La luz que vemos son ondas electromagnéticas, pero también lo son las señales de radio, de televisión e incluso las ondas electromagnéticas que generan el calor dentro de un horno de microondas. La diferencia es la frecuencia a la que vibran y la longitud de onda. Algunas vibran más rápido, otras más despacio, y eso determina sus propiedades. Y en general todos los cuerpos absorben esas ondas, pero una parte restante son reflejadas, y son

esos reflejos los que son captados por nuestra retina, transportados por los nervios ópticos a nuestro cerebro, y el cerebro es el que se encarga de procesarlos e interpretarlos.

—¿Quieres decir que los colores que yo veo son creados por mi cerebro?

—Sí. Pensé que no me entenderías.

—¿Crees que soy una tonta?

—No, no, para nada, es que a veces cuando estoy nervioso parlo mucho.

—¿Y estás nervioso ahorita?

Él volvió a reír, pero no respondió. Apreté la lengua contra el paladar, pues sentí un sabor en mis papilas gustativas.

—Tus ojos azules tienen sabor —dije.

—¿A qué te saben?

—A menta.

—¿Tengo ojos sabor a menta?

—Sí.

Él sonrió con timidez y me pareció muy lindo.

En ese momento alguien pronunció mi nombre. Volteé y era Mario. Sentí un vuelco en el corazón.

—¡Vera! ¡Pensé que no habías venido!

Me abrazó y me dio un beso en la mejilla. Luego volteó a ver despectivamente a Raúl.

—Qué onda, Lavigne.

—Qué onda.

Mario le dio la espalda y me preguntó:

—¿Acabas de llegar?

—No, de hecho tengo más de una hora aquí. ¿Dónde andabas?

—Yo soy el DJ.

—¿En serio? Guau. ¡No sabía! Tocas muy chido.

—Gracias. Bueno, ahorita estoy en mi descanso. Voy por un refresco.
¿Vienes?

—Claro.

Me fui con Mario. Él había dejado un mix de música sonando. Tomamos un par de refrescos y nos quedamos ahí parados, muy cerca uno del otro.

—Te ves muy guapa, por cierto.

—Gracias —respondí ruborizada.

Él me acarició el rostro con el dorso de la mano y acomodó mi cabello detrás de la oreja. El corazón me palpitaba muy rápido.

Mario y yo nos quedamos platicando como unos diez minutos de cosas simples, como de la escuela y los compañeros. Él no cesaba de tocar mi hombro o mi mano. Un par de veces acarició mi rostro con delicadeza, de forma muy sutil. Cada vez que sentía el tacto de sus dedos sobre mi piel yo me estremecía por dentro, me gustaba mucho sentirlo cerca de mí.

Su descanso terminó y él regresó a la tornamesa. Me pidió que lo acompañara. Durante todo el rato estuve observando cómo intercalaba los *beats* con agilidad y precisión. Parecía que hacía magia con los sonidos. Sólo yo podía ver todos los matices, colores y contrastes que él estaba creando con la música.

CAPITULO 7

A lo largo del semestre el maestro de Biología siguió encargando más trabajos en equipo, y eso me dio la excusa perfecta para seguir yendo a la casa de Mario. Como Raúl casi no participaba en los proyectos sino hasta el

último minuto y la madre de Mario nunca estaba en casa, no teníamos a nadie que nos interrumpiera.

Mario era muy divertido. Como dije, él tocaba varios instrumentos. La guitarra y la armónica eran regalos de su madre. El resto eran obsequios de los novios de ésta. Mario me explicó que cada vez que su madre traía un nuevo pretendiente a la casa, éste le compraba un nuevo instrumento para ganarse su cariño y que no pusiera objeciones a su noviazgo. Sin embargo, cuando la relación terminaba, él se quedaba con los instrumentos.

—Solamente me falta la batería —me explicó.

Otra de las cualidades de Mario era que hablaba chino mandarín. Sólo podía hablarlo, no escribirlo ni leerlo. La historia de cómo lo había aprendido era bastante curiosa. La propietaria de la guardería donde lo dejaba su madre era una señora china y de tanto escucharla, él aprendió ese idioma.

Sin embargo, Mario era una persona muy solitaria. Su madre la mayor parte del tiempo estaba trabajando, por lo que él desde muy chico tuvo que ser autosuficiente. Lavaba su ropa y preparaba su comida. Tampoco sonreía mucho, excepto cuando estaba conmigo. Parecía que ahí mostraba su verdadero yo, travieso y bromista.

Una vez estábamos jugando a ver quién atrapaba más palomitas con la boca. Algunas las atrapábamos pero otras se nos caían al suelo, lo cual nos daba mucha risa.

—Te reto a atrapar una con los ojos cerrados —le dije.

—Va.

Él cerró los ojos. Arrojé la palomita y él la atrapó con la boca.

—Ahora vas tú, cierra los ojos —me dijo.

—Está bien.

Cerré los ojos y abrí la boca. Esperaba que Mario me arrojara la palomita, pero en vez de eso sentí que él me besó.

Abrí los ojos. Fue un beso muy rápido, un beso robado, pero fue mi primer beso. Nos quedamos viéndonos, sin decir nada. En ese momento escuché un claxon. Era mi papá quien venía por mí. Salí de la casa sin despedirme de Mario.

Esa noche, en mi cama, mientras miraba el techo, me sentí flotando entre nubes. Mi primer beso. Mario me había dado mi primer beso. Estaba feliz. Significaba que yo le gustaba.

Al día siguiente, durante la clase de Matemáticas, Mario y yo nos empezamos a pasar papelitos.

“Qué clase tan aburrida”, me escribió Mario.

Yo respondí:

“No le entiendo nada al maestro Pompa. Ya me quiero ir”.

Mario agarró el papelito y se tardó en responderme. Después me lo pasó, lo desdoblé y casi estallo en carcajadas. Era el dibujo del maestro Pompa pero con las pompas de un tamaño exagerado.

Me tapé la boca para contener la risa y el papelito se cayó al suelo. Raúl se dio cuenta y lo agarró. Pero para ese momento el maestro ya estaba enfrente de nosotros tres.

—¿Qué pasa aquí? —dijo el profesor.

Le exigió a Raúl el papel. Lo abrió y dijo:

—Así que le parece gracioso dibujarme con un trasero gigante, ¿eh, Lavigne?

—Profe, yo no fui.

—Me extraña de usted, Lavigne.

Ni Mario ni yo pudimos aguantarnos la risa, pero eso hizo que el profesor también nos castigara a nosotros.

Así que después de clases, ahí estábamos, haciendo planas en la libreta, como si estuviéramos en la primaria:

“No debo burlarme de mi profesor”.

Cuando terminamos nuestra penitencia, el maestro nos dejó salir. Teníamos las manos adoloridas.

—Gracias por hacer que me castigaran, Mario —le reclamó Raúl.

—De nada, Lavigne —dijo mi amigo con desfachatez.

Afuera estaba lloviendo como un diluvio. Raúl se fue corriendo hacia el estacionamiento cubriéndose la cabeza con un libro. Era de los pocos alumnos que tenían carro propio. Mario y yo nos quedamos parados en la puerta de la prepa, sin animarnos a salir, ya que ninguno de los dos tenía paraguas y para tomar el camión había que caminar varias cuadras.

—¿Y si le pedimos un aventón? —pregunté a Mario.

—¿Tú crees que quiera?

No sabía si Raúl aceptaría, sobre todo después de que por nuestra culpa lo castigaran. Pero recordé que la última vez que había platicado con él, durante el baile, se portó más o menos buena onda, así que me aventuré a pedirle ese favor.

Raúl se me quedó viendo, muy serio. Miró a Mario, me miró otra vez a mí. Pero finalmente aceptó.

—Está bien.

Mario y yo subimos a su coche. Raúl me abrió la puerta del copiloto, para que me sentara a su lado. Mario no tuvo más remedio que ir en el asiento de atrás. Cuando lo encendió se escuchó la canción “Sweet Child O’ Mine”.

—¿Te gusta Guns N’ Roses? —preguntó Mario estupefacto.

—Sí. ¿Por?

—Por nada, güey. Pensé que eras más...

—¿Fresa?

—Joto.

Raúl se molestó y pensé que echaría a Mario del carro en movimiento.

Pero Mario le dijo:

—A mí también me gusta Guns. Todo un clásico.

Raúl ya no dijo nada pero estuvo de acuerdo con su comentario y hasta le subió de volumen a la música. Él y Mario empezaron a cantar, y a ratos volteaban a verme como si me la estuvieran cantando a mí. Yo reí y me uní al coro. Ése fue uno de los momentos que más recuerdo de cuando estaba en la prepa, los tres, en el coche, cantando una canción de Guns N' Roses cuando el mundo nos parecía tan simple y vivíamos sin preocupaciones.

A partir de ese día los tres nos hicimos amigos. Raúl abandonó a su séquito de admiradoras y empezó a juntarse más con Mario y conmigo. A nosotros en cierta forma nos convenía juntarnos con el cerebritito del salón, porque él nos ayudaba con la tarea y nuestras calificaciones mejoraron. Además como él era muy popular lo invitaban a las mejores fiestas y él a su vez nos invitaba a nosotros. Para mí era genial tener por fin amigos. Ya no me sentía una chica antisocial.

Aunque mi relación con Mario me tenía algo confundida. Después del beso no habíamos hablado al respecto, así que no estaba muy segura de si él me veía sólo como amiga o si de veras quería andar conmigo.

CAPITULO 8

Una tarde, luego del examen de Literatura, Mario y yo salimos del salón y nos fuimos a un puesto ambulante de hot-dogs que estaba en la esquina. Las salchichas coloradas se freían en aceite, mientras los bollos estaban en una olla a vapor. El vendedor tomaba un bollo con las pinzas, colocaba en éste una salchicha rebosante en aceite y le echaba encima mostaza, catsup, mayonesa, pepinillos, cebolla y tomate. Los chiles jalapeños eran al gusto del cliente. Mario compró dos hot-dogs y me dio uno a mí. Abrí la boca lo más

que pude para comer semejante manjar callejero y terminé diciendo:

—Mmh, está delicioso.

Mario sonrió y después de observarme cómo me terminaba el hot-dog en cuatro mordidas, me dijo:

—Me intrigas.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿Cómo le haces para ser tan... intensa?

—No lo sé. Supongo que es porque al tratar de ver el mundo como lo ven los demás, me esfuerzo por percibirlo con todos mis sentidos.

—No entiendo.

Decidí contarle mi secreto a él también.

—Yo tengo sinestesia, o sea, tengo los sentidos intercambiados.

Pensé que él me iba a mirar como si fuera un fenómeno de circo, pero en lugar de eso pareció muy interesado.

—¿Y cómo es eso?

—Te voy a enseñar, es fácil. Mira, cierra los ojos.

—¿Qué me vas a hacer?

—Sólo cierra los ojos.

—Está bien, ya los cerré.

—Abre la boca.

—¿Qué me vas a dar? —preguntó abriendo los ojos.

—¡No abras los ojos!

—Está bien, ya los cerré otra vez.

—Abre la boca.

Él obedeció, entonces le di a beber un vaso con Coca-Cola.

—¿Cómo se siente?

—Es Coca.

—No te pregunté qué era, sino cómo se siente.

—Dulce.

—No, esfuérate. Piensa cómo te sabe la Coca si la probaras con el tacto.

Mario se quedó pensativo por unos segundos, como si eligiera sus palabras y luego respondió:

—Pica. Y las burbujas me dan comezón en la nariz.

—Exacto, así me pasa a mí. Una canción puede ser verde, o el color café saber a metal.

—Es increíble.

Sonreí. Él abrió los ojos. Se acercó mucho a mí. Por un momento pensé que me iba a besar, pero en ese momento Raúl se nos unió.

—¿Qué hacen?

—Comiendo jochos —dijo Mario.

Raúl ya no se nos despegó en todo ese rato. Nunca me pareció más inoportuno.

—Vera, ¿te gustaría ir al Pa'l Norte Fest?

—¡Sí! —dije dando brinquitos.

—Ah, qué bien, porque tengo boletos. La empresa donde trabaja mi mamá es uno de los patrocinadores del evento y generalmente regalan cortesías a ciertos clientes, pero éstas sobraron. ¿Vamos? —preguntó dirigiéndose sólo a mí.

Pero Mario se interpuso entre Raúl y yo y preguntó:

—¿Y a qué horas es?

Raúl se quedó callado. Era obvio que no quería incluir a Mario en el plan.

—Sólo tengo dos boletos.

—¿Puedes conseguir uno para Mario? —pregunté a modo de súplica—. Sería padre si fuéramos los tres.

Raúl hizo una mueca, pero no se negó a mi petición.

—Veré qué puedo hacer.

Así pues, esa tarde me preparé para ir al concierto. Mis papás me dejaron en la entrada del parque donde sería el evento, ahí ya me esperaban Raúl y Mario. Raúl, con camisa y pantalón de vestir. Mario, con sus jeans rotos y una playera negra. Yo como siempre no seguía las reglas de la moda. Llevaba pantalones estampados con grandes flores y una blusa roja sin mangas. Agarré a mis dos amigos del brazo, uno a cada lado de mí, y entramos. Mientras esperábamos que los conciertos empezaran, los tres nos pusimos a platicar.

—Oye, Raúl, siempre he tenido una pregunta —dije—. ¿De dónde es tu apellido?

—De Canadá. Mi papá es de allá.

—¿Y tú también lo eres?

—Nací allá pero desde hace algunos años vivo aquí.

—¿Hablas francés?

—Sí, y también inglés pero prefiero hablar en español.

—Mario sabe hablar en chino. ¿Verdad, Mario?

—Sí.

Raúl frunció el ceño. Creo que le molestó que lo comparara con Mario.

—¿Tienes hermanos? —le pregunté entonces.

—Sí, tres. Todos hombres y mayores que yo. ¿Y tú?

—Soy hija única.

—Igual yo —dijo Mario—. Oye, Lavigne, ¿y cómo es Canadá? ¿Es cierto que allá siempre es invierno?

—Es un país muy frío en invierno, sí. Pero en verano y otoño es agradable. En vacaciones de la escuela vamos para allá a visitar a mis

abuelos, en Toronto.

—¿Y qué haces en Canadá cuando andas de vacaciones?

—Pues a veces mi papá nos lleva de excursión al bosque o a pescar en los lagos. Aunque a mí lo que más me gusta es recolectar hojas de árboles y observarlas bajo el microscopio, porque todas tienen patrones matemáticos. También encontré los mismos patrones en la caída de las cataratas y en los copos de nieve. Me gustó su simetría. Fue así como descubrí los fractales.

—¿Los qué? —preguntó Mario sin entender de qué hablaba Raúl.

—Unos dibujitos muy bonitos que hay en la naturaleza —le dije a mi amigo.

Raúl sonrió por mi explicación. Mario continuó hablando.

—Ah, pues tienes suerte, Lavigne. A mí en vacaciones me mandan con mis abuelos al Pacífico.

—¿Al océano?

—Al pacífico pueblo de Villaldama —dijo Mario—. Uff, no tienes idea de lo aburrido que es allá. No hay nada qué hacer. Pasan cinco minutos y parece que pasaron cinco horas. Y si me quejo mi abuelo me manda a cortar leña o sacar agua del pozo.

—Bueno, ustedes tienen suerte, al menos salen de la ciudad —dije—. Yo en todas mis vacaciones me voy a la Central de Abastos a trabajar en el local de frutas y verduras de mi papá. Me tengo que levantar a las tres de la mañana.

—Órale.

—No, pues sí estás peor que nosotros.

—A ver, Lavigne, sácame de una duda —dijo Mario—. ¿Eres pinche superdotado o qué pedo? Es que sacas cien en todo, güey, eso no es normal.

—Tengo memoria eidética.

—No mames, ¿qué?

—Memoria fotográfica —aclaró Raúl.

—¿O sea que te acuerdas de todo lo que ves, oyes o lees?

—Sí, desde siempre. Y como el sistema escolar está diseñado para memorizar y responder, es por eso que la escuela es muy fácil para mí.

—Eso es trampa —dijo Mario.

—Por supuesto que no. Yo no tengo la culpa que los maestros usen ese sistema de enseñanza.

Entonces yo intervine en la discusión.

—¿De qué te quejas, Mario? Tú sabes tocar cualquier instrumento sin haber tomado clases.

—Ah, a eso se le llama Oído Absoluto Fino—dijo Raúl—. Una condición poco común.

—Entonces los tres tenemos algo poco común. Yo la sinestesia, Mario tiene oído absoluto y tú tienes memoria eidética.

—Somos un trío de fenómenos de la naturaleza —concluyó Raúl.

—La ventaja contigo, güey, es que como eres bien carita, a las chavas les vale madre tu “anormalidad”.

—¡Mario! —dije dándole un codazo por su impertinencia.

—Está bien, Vera. Déjalo.

El concierto comenzó. Primero vimos a Julieta Venegas, luego a Jumbo, a Kinky y después a Natalia Lafourcade. Pero lo mejor fue cuando Café Tacvba salió al escenario. Todos nos levantamos para gritar y bailar. Tocaron mis canciones favoritas. Yo lo disfruté mucho porque para mí era un collage de sonidos y colores. Su música era roja, anaranjada y amarilla. Creo que Raúl lo disfrutó a su manera grabándolo en su memoria prodigiosa. El que a veces no parecía muy contento era Mario. Él detectaba notas desafinadas que para nosotros eran imperceptibles, pero para él no. La mayoría del tiempo estaba refunfuñando y diciendo que así no iba la canción.

Cuando el concierto terminó, Raúl se ofreció para dejarnos en nuestras casas. Primero dejó a Mario y luego a mí.

—Gracias por todo, Raúl. El concierto estuvo con madre.

—Qué bueno que te gustó.

—Nos vemos mañana en clases —dije.

Estaba a punto de bajarme del coche cuando él me tomó de la mano y me suplicó:

—No, no te vayas.

Me quedé inmóvil, sin saber qué hacer.

—Quédate —me dijo.

—Pero ya es tarde y mis papás me están esperando.

—Ya estamos en tu casa. Sólo quédate un rato a platicar —insistió.

—Está bien, cinco minutos más. ¿Y de qué quieres platicar?

—¿Mario es tu novio?

Su pregunta me tomó por sorpresa.

—¿Qué? No. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque esa impresión me dio. Él te cela.

Reí. ¿Mario, celándome? ¿Cuándo, que no me di cuenta?

—Mario y yo sólo somos amigos —aclaré, aunque omití mencionarle que ya nos habíamos besado.

—Ah, qué bien —dijo Raúl aliviado.

—¿Eso era lo que querías saber?

—No, hay otra pregunta que quiero hacerte. ¿Te gusta ir al cine?

—Sí.

—¿Qué películas te gustan?

—Las de romance. Soy una ñoña romántica.

Él sonrió con timidez y noté cómo el océano atrapado en sus ojos se agitaba sutilmente.

—Si te invito al cine, ¿me dirías que sí?

Su audacia me tomó por sorpresa, así que no supe qué contestarle. Después de titubear, dije:

—Tal vez.

Creo que él se dio por satisfecho con mi respuesta. Vi que el foco del pórtico de mi casa se había encendido y que mi mamá se estaba asomando por la ventana, dizque ocultándose tras la cortina.

—Ya me tengo que ir —le dije a Raúl.

—¿Tan pronto?

—Sí, mi mamá ya está espiándome desde la ventana.

—No te vayas —suplicó.

—Pero tengo que irme.

—No te vayas, quédate.

Me tomó de la mano y yo me quedé perpleja porque no me desagradó que hiciera eso. Es más, me gustó que me pidiera que me quedara.

Pero mi mamá ya estaba saliendo de su escondite y asomándose más de la cuenta, así que me despedí rápidamente de Raúl.

—Perdóname, pero ahora sí tengo que irme. Nos vemos y gracias por traerme.

Bajé del carro y entré a mi casa. Mi mamá me regañó por la hora de llegada. Me dijo que la tenía con el Jesús en la boca, que cómo se me ocurría llegar tan tarde, que no podía dormir por estarme esperando, que había muchos peligros en la calle, etcétera.

Yo le di por su lado y entré a mi cuarto. Ahora estaba confundida porque, en cierto modo, Raúl empezaba a gustarme.

CAPITULO 9

Todavía faltaban muchos meses para que terminara la preparatoria, pero mi preocupación era que no sabía qué carrera estudiar. Aunque me iba bien en Biología y Física, seguía fallando con las matemáticas y eso era un gran problema, pues si no pasaba la materia ni siquiera lograría graduarme. La maestra de Orientación Vocacional, la señorita Prudencia Flores (quien insistía en que la llamáramos “profesora Pru”), nos atiborraba cada semana de test vocacionales que supuestamente nos indicarían nuestras aptitudes y, por ende, qué carrera se acomodaba a nuestro perfil.

En mi caso los resultados eran... poco comunes.

—¿Artesana? —dije mirando mi test.

Raúl soltó una carcajada.

—¿Vas a hacer jarros y cazuelas?

—Qué gracioso, a ver, ¿qué te salió a ti? —dije y le arrebaté su examen—. ¿Licenciado en Matemáticas?

—Eso era más que obvio.

—¿Y a ti, Mario? ¿Qué te salió? Música, de seguro.

—No me salió nada porque no contesté la prueba —dijo Mario muy quitado de la pena.

—¿Pero por qué no la hiciste? ¿Ya sabes qué vas a estudiar?

—Yo no pienso estudiar ninguna carrera —dijo Mario con aire de autosuficiencia. A los diecisiete años cualquier adolescente se siente el rey del mundo.

Yo en cambio seguía frustrada con mi resultado.

—Será que yo no tengo talento para nada.

—Oh, no corazón —dijo la profesora Pru inmiscuyéndose en nuestra conversación. Su cabello pintado de rubio, corto y peinado a lo Marilyn Monroe contrastaba con sus enormes lentes de carey. Y su perfume era tan dulce que no sólo me mareaba a mí, sino también a Raúl y a Mario. Ellos de

inmediato se hicieron a un lado y me dejaron sola con ella.

La profesora Pru me dijo:

—Vera, este test no define tu futuro profesional, es sólo una guía de las aptitudes que tienes.

—¡Pero me salió que soy artesana!

—Porque tienes aptitud artística y espacial. Eres capaz de desarrollar formas estéticas y aplicar colores, y también puedes visualizar espacios geométricos. Y eso se traduce, por ejemplo, en carreras como arquitectura, diseñador gráfico, diseño industrial o artes visuales.

—Bueno, supongo que no estoy tan mal después de todo.

—Claro que no, hermosa. Tú sigue estudiando, échale ganas y en su momento escogerás la carrera que más te guste.

La excesiva dulzura de sus palabras, en cierta forma, me tranquilizó. Cuando la profesora Pru se fue, Raúl y Mario se me acercaron. Este último me preguntó:

—¿Qué te dijo la maestra Durazno en Almíbar?

—Me dijo que podía estudiar carreras como arquitectura, diseño gráfico y artes visuales.

—Ah, yo pensé que te dijo que podías ser tortillera o afanadora —dijo Raúl.

—No, esas profesiones te las dejaron a ti —le respondí.

Raúl se despidió de nosotros, puesto que tenía práctica de fútbol. Mario y yo nos fuimos a casa. En el camino, Mario iba pateando una lata de refresco, pero iba callado. A veces eso me desconcertaba de él, cómo era que podía tener tanta sensibilidad para la música pero como persona era tan retraído.

—Mario.

—¿Um?

—¿Por qué me besaste el otro día?

—Ah.

Se quedó callado y continuó pateando la lata.

—¡Mario!

—¿Qué?

—¿Que por qué me besaste?

Mario golpeó la lata con todas sus fuerzas y ésta se fue volando dibujando una trayectoria curva hasta caer encima de un coche, y empezó a sonar la alarma.

Entonces Mario me miró, con esos ojos cafés metálicos y me dijo:

—Porque me gustas.

Pasé saliva.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste?

—Pensé que se sobreentendía.

—Pues no soy adivina como para leer tus pensamientos.

Él me abrazó de la cintura y me atrajo hacia él. Acercó su rostro hasta que nuestros labios casi se rozaron y me dijo con un susurro:

—Porque no es un pensamiento, es un sentimiento.

Me quedé perpleja y trémula. No sabía qué decir.

Él me robó otro beso. Y así siempre serían los besos de Mario, robados, sin pedir consentimiento. Ésa era su forma de ser.

Nos quedamos un buen rato así, comiéndonos a besos, su lengua dentro de mi boca, sus manos en mi trasero, apretujándome y devorándome. Cuando por fin nos separamos, Mario volvió a caminar. Me tomó de la mano pero él me iba jalando hasta que llegamos a un parque. Ahí él se detuvo y se sentó sobre el respaldo de una banca. Sacó la guitarra y empezó a tocarla, una melodía que nunca antes había escuchado.

—Te compuse una canción, pero no tiene letra aún.

—Me gustaría escucharla —dije sentándome a su lado.

Él tocó la melodía.

—Es muy linda —dije cuando terminó de tocar.

—¿Otra vez viste colores en mi música?

—Claro. Cuando tocas es como si tejieras un tapiz con hilos de colores.

—¿Me lo podrías dibujar?

—Sí.

Saqué de mi mochila mis colores y mi cuaderno y empecé a dibujar la canción de Mario. Cuando terminé arranqué la hoja de mi cuaderno y se la entregué. Él la miró con una sonrisa, la dobló en cuatro partes y la guardó en el bolsillo de su chamarra.

Me abrazó y me robó otro beso aunque esta vez ya no me tomó por sorpresa. De todos modos, yo se lo hubiera robado a él.

CAPITULO 10

Después de que Mario se me declarara me sentí como en las nubes. Ya no hallaba el momento para estar a solas con él. En la escuela Raúl siempre estaba pegado a nosotros y eso a veces nos incomodaba mucho, especialmente a Mario, quien no era muy sutil que digamos.

—¿Qué no tienes algo mejor que hacer, Lavigne, como por ejemplo atender a tu club de fans? —dijo Mario una mañana mientras estábamos en la cafetería y en la otra mesa estaban Bibi y seis chicas más observando a Raúl y cuchicheando entre ellas. Mario y yo habíamos ido ahí con el pretexto de estudiar pero Raúl se nos había pegado como un chicle en la suela de un zapato.

—Estoy aquí para estudiar.

—Tú ni siquiera necesitas estudiar, tienes el libro memorizado en el cerebro —dijo Mario con sarcasmo.

Traté de suavizar la situación.

—Raúl, no seas malo y tráeme un refresco. ¿Sí?

Raúl se levantó de inmediato a traerme el refresco. Mario farfulló entre dientes:

—¿Hasta cuándo nos va a dejar solos ese güey?

—Déjalo, él solo quiere ayudarnos a estudiar.

—¿Por qué lo defiendes? ¿Te gusta o qué?

Yo me puse roja.

—¡Claro que no! —respondí—. Pero es nuestro amigo, así que no seas grosero con él.

Mario hizo una mueca de fastidio. Raúl regresó a nuestra mesa con el refresco que le había pedido. Seguimos estudiando, aunque Mario tenía razón. Raúl no necesitaba estudiar con nosotros. Él podía pasar el examen con los ojos cerrados y una mano atada en la espalda. Yo sabía que Raúl estaba ahí por mí, pero no se lo dije a Mario para que no se encelara más.

Cuando sonó el timbre de entrada nos fuimos al salón.

Mario se adelantó y yo me quedé rezagada, entre el montón de compañeros, hasta que de pronto un brazo me jaló.

—¡Hey! —grité y volteé.

Era Lavigne, quien me llevó a rastras por el hueco debajo de las escaleras.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—¿Qué te dijo Mario de mí?

—Nada.

—No mientas, Vera. ¿Qué te dijo de mí?

—Nada, no dijo nada. Sólo me preguntó si tú me gustabas.

Noté que Raúl se perturbó con mi respuesta.

—¿Y qué le dijiste?

—Que eres mi amigo nada más.

—Ah —dijo con un tono de desencanto.

—¿Eso era lo que querías saber?

—¿A qué estás jugando? Mario es tu amigo, yo soy tu amigo... ¿Pero quién te gusta a ti?

Ahora era yo la que me quedaba impactada por la pregunta.

—¿Qué?

El prefecto se asomó y nos azuzó para que entráramos a clases.

—¿Y por qué me preguntas eso? —le dije entre dientes a Raúl mientras íbamos por el pasillo con el prefecto escoltándonos.

Él no respondió.

—Eres tan raro... —espeté.

—Mira quién habla —respondió.

Entramos juntos al salón en el momento en que la profesora estaba entregando los exámenes. Mario se me quedó viendo extrañado de que llegara acompañada de Raúl, pero no me dijo nada, pues la maestra nos dio la indicación de que teníamos una hora para contestar el examen.

Cuando salí del salón, un grupo de chicas lideradas por Bibi, me encararon.

—¿Qué tienes tú con Raúl Lavigne?

—Ay no, ¿ustedes también? ¿Pero qué pasa con todo el mundo que me pregunta si ando con fulano o con mengano o con zutano?

—Mira, esquizofrénica... —dijo Bibi con tono amenazante.

—¿Esquizofrénica? Ese insulto es nuevo. Nunca lo había escuchado.

—Ya deja a Raúl en paz. Desde que se junta contigo ha cambiado mucho. Ya no se quiere juntar con nosotros, no nos habla y nada más está

contigo y con el vago ese de pelo largo.

—¿Y yo qué? Si me busca es porque quiere, nadie lo obliga. Es más, te lo regalo.

—Te crees muy chistosa, ¿no? Esquizofrénica psicópata.

Se dio la media vuelta sacudiendo su larga cabellera sobre mi cara. Apreté los puños con rabia pero me calmé. No tenía caso pelearme con Bibi y su bola de amigas frívolas.

Al día siguiente, sin proponérmelo llegué demasiado temprano a clases. El conserje estaba alineando los pupitres del salón. Me quedé parada en el pasillo, hasta que vi a dos personas besándose no muy lejos de donde yo estaba. Luego me di cuenta que una de esas personas era Bibi y la otra era Raúl.

Me quedé estática. Raúl volteó y su mirada sabor a menta fue como una bofetada. Abrazó a Bibi por la cintura y la volvió a besar a propósito, como para que yo lo presenciara. Y entonces empecé a reír. Sí, no sé por qué. Por dentro quería llorar pero en lugar de eso lo único que salió de mí fue una carcajada tan fuerte que resonó por todo el pasillo y no podía pararla. Reí hasta que el estómago me dolió. En ese momento el conserje salió del aula empujando su carrito con cubeta y trapeador. Yo seguía riéndome y me apoyé en la pared porque el aire se me iba de los pulmones. Los demás compañeros fueron llegando y no entendían qué era lo que me causaba tanta risa.

Raúl y Bibi se acercaron para entrar al salón. Bibi me miró con desprecio y dijo:

—¿Y a esta loca qué le pasa?

Y de pronto noté que Bibi llevaba puesto un vestido violeta. ¡Oh no!, violeta, ese color me daba náuseas... y terminé vomitando sobre ella.

Bibi gritó como una histérica, me insultó con palabras tan feas que solamente había escuchado de la boca de los cargadores de la Central de

Abastos. Se largó al baño para limpiarse, mientras sus amigas la seguían e intentaban ayudarla (o insultarme, según fuera el caso). Raúl sólo se volvió y me dirigió otra de sus gélidas miradas, y entró al salón.

Yo me quedé apoyada en la pared, mareada y enferma. Todos se apartaron de mí como si tuviera la peste. El conserje regresó a limpiar mi vómito. En ese instante llegó Mario y me preguntó qué había pasado, que si me sentía bien.

—No, no me siento bien —dije con voz débil.

—¿No quieres ir al baño a lavarte la boca?

—No. Ahí están Bibi y su bola de amigas.

—¿Y?

—Es que vomité encima de Bibi.

—Ah, ya veo. Entonces ven conmigo al baño de hombres.

Mario me abrazó por la espalda y me guió al baño. Se aseguró primero que no hubiera nadie y luego me dijo que entrara. Una vez ahí me enjuagué la boca y me lavé la cara.

—¿Ya te sientes mejor?

—Sí, eso creo.

—¿Qué pasó? ¿Estás enferma?

No le quise contar acerca de mi ataque de risa ni qué lo había provocado. En lugar de eso le dije que probablemente me había intoxicado con algo que comí. Él aceptó mi excusa y nos perdimos la primera hora de clase, pues me llevó a la cafetería y me compró una limonada.

CAPITULO 11

A partir de entonces, Raúl se fue apartando poco a poco de nosotros. Al principio no lo noté, pues Mario y yo pasábamos tanto tiempo juntos que no

nos percatamos de su ausencia. Y es que también por esos días Mario y yo comenzamos a ser novios. Claro, en la escuela nos seguíamos portando como amigos, pero después de clases nos íbamos por ahí, a un parque o a donde fuera, para besarnos. Y entre sus besos y sus canciones me fui enamorando de él. Mis papás no lo sabían todavía. Yo estaba esperando el momento adecuado para presentarles a Mario como mi novio, pero él se resistía a ir a mi casa.

No sé si la mamá de Mario llegó a saber de nuestro noviazgo. Aunque la señora ya me conocía y me trataba casi como si fuera su hija, nunca supe si Mario le contó lo nuestro. Por esa época la señora volvió otra vez a trabajar de noche, así que Mario se quedaba solo en casa. A veces me llamaba para pedirme que lo acompañara. Yo me escabullía diciendo a mis papás que iba a la tienda o a misa. Me iba en mi bicicleta y llegaba a casa de Mario en diez minutos.

Una vez ahí nos quedábamos viendo películas o simplemente besándonos. No necesitábamos de mucho para ser felices.

Y sin darnos cuenta, nuestros besos fueron subiendo de intensidad, al igual que las caricias. Mario tenía manos volcánicas, a veces temía que fueran a quemarme, pues era tanto el calor que manaba de su cuerpo que yo me derretía en sus brazos.

Una de esas tardes, en que ya casi estaba oscureciendo, mientras nos besábamos de manera muy apasionada, Mario me propuso pasar al siguiente nivel.

—¿Tú y yo...? —pregunté titubeando.

—Sí.

—No estoy segura.

—También para mí sería la primera vez —dijo él.

Yo dudé. Él no insistió, no quiso hacerme sentir incómoda. Me dijo

que lo pensara, que él no me presionaría.

Así fue en las siguientes ocasiones. Cuando más encendidos estábamos, él me lo volvía a pedir y yo me volvía a negar. Y él no insistía, lo dejaba pasar. No recuerdo cuántas veces más me lo volvió a pedir. Quizá cinco, seis, nueve veces. No lo sé. Cuando perdí la cuenta, fue cuando finalmente le dije que sí.

Entonces él se encargó de planearlo todo. Me avisó que el miércoles su mamá trabajaría de tarde y regresaría hasta la madrugada del día siguiente.

Esa mañana en clases yo estaba muy nerviosa, tanto que me mordía las uñas. A ratos me arrepentía de haberle dicho que sí pero no sabía si sería correcto retractarme. Después de todo él había sido muy paciente conmigo y no quería que tomara a mal que me arrepintiera. Me pregunté si las demás chicas de la prepa ya lo habrían hecho. Algunas dejaban mensajes y dibujos obscenos en las puertas de los baños que daban a entender que ya no eran unas blancas palomas, sin embargo ninguna lo admitía abiertamente. Era como un tema tabú. Además no tenía ninguna amiga mujer para corroborarlo. Todas me odiaban.

Así que estaba en el salón, preocupada e inquieta. Raúl se me acercó y me preguntó:

—¿Qué te pasa?

Me sorprendió que me dirigiera la palabra pues desde hacía varias semanas no me hablaba. También me sorprendió que Bibi no estuviera pegada a él como sanguijuela.

Raúl esperaba mi respuesta, así que le dije:

—¿A mí? Nada. ¿Por qué?

—Casi te acabas las uñas.

Aparté la mano de mi boca y desvié la mirada. Raúl me dijo:

—¿Tienes algún problema? Te ves muy nerviosa.

—No, no me pasa nada.

Él guardó silencio, y de pronto, le pregunté:

—¿Qué harías tú si, por ejemplo, quieres saltar del *bungee*, toda la gente ya lo ha hecho y dicen que es muy padre, pero te dan terror las alturas, y aunque ya dijiste que sí, no te atreves todavía a saltar?

—Pues no saltes.

—¿Pero si ya dijiste que sí? ¿Si ya estás en el puente, con la cuerda atada a tus pies, listo para lanzarte?

—Pues no saltes, nadie te puede obligar.

Y de la nada y sin esperármelo, Raúl sonrió y me dio un abrazo que me tranquilizó mucho.

Quizá si Raúl se hubiera quedado conmigo más tiempo ese día, hubiera pospuesto el momento de encontrarme con Mario. Pero Raúl se marchó a su entrenamiento de fútbol pues ya estaban en las semifinales del campeonato entre prepas. Así que cuando llegó Mario olvidé los consejos de Raúl.

—¿Lista? —preguntó Mario emocionado.

Asentí nerviosa.

Y nos fuimos a su casa. A mi mamá le dije que me iba a quedar estudiando en la biblioteca.

Mario abrió con su llave. Tal como había dicho, su mamá no estaba. Incluso había pegado con un imán un recado en el refrigerador, que decía que le había dejado macarrones con queso en el microondas, por si tenía hambre.

Pero Mario no quiso perder el tiempo comiendo. Nos fuimos directo a su recámara. Era la primera vez que entraba ahí. No era el lugar que yo había imaginado para una primera vez. En las telenovelas, la chica siempre perdía su virginidad en una cama de sábanas de seda cubierta con pétalos de rosas, y con muchas velas alumbrando alrededor. En cambio el cuarto de Mario era

oscuro. Tenía las paredes pintadas de gris, con pósters de rockeros y mujeres semidesnudas. La cama estaba desordenada, había ropa colgando de una silla y en un estante tenía figuras de monstruos de resina con garras y colmillos. En vez de cortinas tenía una sábana de cuadros sujeta con unos seguros. En un escritorio estaba la televisión, una consola de videojuegos y una computadora.

Mario sacó de su mochila un paquete de condones. Los había comprado en la farmacia. Según él ya sabía cómo ponérselos, pero después comprobé que no porque tardó mucho en colocarse uno bien.

Él retiró la ropa que estaba amontonada sobre la cama y la arrojó a una esquina del cuarto. Se sentó en la cama. Yo me quedé de pie, sintiéndome como si estuviera en la orilla del puente para arrojarme al precipicio atada al *bungee*, solo que no estaba Raúl ni nadie para impedirlo. Solo estábamos Mario y yo.

Él, al ver mi indecisión, se levantó y me abrazó.

—Yo también estoy nervioso, pero todo saldrá bien, ya lo verás.

Me robó un beso, esos besos de fuego líquido que para mí eran como una droga.

Entonces ya no dudé y me arrojé del *bungee*.

CAPITULO 12

No sabría como describir mi primera vez. Dolorosa, breve e intensa. Fue más rápido de lo que imaginaba. Mario fue muy arrebatado, impulsivo y algo torpe. Yo fui muy tímida y temerosa. No vi nubes rosas ni estrellas brillantes como pensé que sería, tampoco me supo a fruta y sol como yo imaginaba. Sin embargo, yo amaba mucho a Mario y ahora me sentía su mujer y eso me llenaba de un sentimiento nuevo y especial.

Cuando terminamos eso, me puse cariñosa con él y le hice mimos pero él no me correspondió. Más bien parecía que tenía mucho sueño. Yo insistí con mis besitos y mis caricias en su rostro, pero él se hizo a un lado.

—Este... mejor ya vete porque luego tus papás se van a preocupar.

Cerré los ojos, avergonzada y triste.

—Sí, tienes razón.

Me incorporé dándole la espalda. Recogí mi ropa del suelo. Él solo se puso sus pantalones y me acompañó hasta la puerta. Esta vez no me robó ningún beso como solía hacerlo.

Llegué a casa justo cuando ya estaban recogiendo los platos. Al escuchar el azote de la puerta, mi mamá me preguntó:

—¿Ya llegaste, Vera?

—Sí.

—¿Por qué llegas tan tarde? ¿Te encargaron mucha tarea o qué?

—Algo, sí —grité desde la estancia mientras me acomodaba el cabello.

—¿Vas a querer que te prepare algo de cenar? —dijo mi mamá asomándose desde la cocina.

—No, gracias. Ya comí algo por ahí.

Mi mamá me miró fijamente, tanto que pensé que iba a sospechar de lo que había hecho.

—Estás muy sudada y agitada ¿Tienes fiebre? ¿Estás enferma?

—No te preocupes, mamá. Estoy bien. Es que me vine corriendo.

Entonces mi mamá me dio uno de sus clásicos consejos:

—Ya te he dicho que no corras por la calle porque te pueden atropellar.

—Está bien. No lo volveré a hacer.

Me fui a mi cuarto y me bañé. Luego me puse mi pijama y me recosté

en la cama, pensando en lo que había vivido con Mario. Tenía sentimientos encontrados. Por una parte me sentía plena y feliz, pero por el otro me sentía vacía y avergonzada. Y me puse a llorar en silencio.

Al día siguiente Mario no fue a clases. Vi su pupitre vacío todo el día. Raúl se percató que algo no estaba bien conmigo y me preguntó si me pasaba algo.

—No. Estoy bien —dije con una sonrisa, pero me quedé viendo el pupitre de Mario.

Raúl lo notó y me dijo:

—¿Te peleaste con Mario?

—No.

—Tienes los ojos rojos, como si hubieras estado llorando.

Saqué un espejo y comprobé que tenía los ojos rojos e hinchados. Me veía como un zombie.

—Es que tengo alergia —mentí.

Raúl ya no dijo nada y comenzó a despedirse de mí.

—Hoy jugamos contra la prepa 22, por si quieres ir a verme. Es a las siete.

—Trataré.

—Si quieres invita a tus papás.

Me dio un beso en la mejilla y se marchó. Bibi me lanzó una mirada de látigo, pero no me dijo nada ni tampoco siguió a Raúl. Supuse que tal vez ya no eran novios.

Ese día llegué a mi casa y le marqué por teléfono a Mario. No me contestó. Me sentí preocupada y triste. Me quedé en mi cuarto, esperando a ver si me llamaba, pero eso tampoco sucedió. Me fui a la cocina, pues papá ya había llegado y mamá ya estaba sirviendo la comida. Traté de poner mi mejor cara para que no sospecharan nada. Cuando mi papá me preguntó

cómo me había ido en la escuela, les comenté que Raúl Lavigne nos había invitado al juego de fútbol americano. Mi papá se entusiasmó. Él en sus años de universitario había jugado en el equipo de su facultad y tenía muchas ganas de ir a uno de esos juegos. Convenció a mi mamá de ir con nosotros, así que nos fuimos al estadio.

Aunque yo no entendía las reglas de ese deporte, mi papá se encargó de explicarme todas las jugadas y movimientos. Raúl tenía el número 22 en su jersey, así que era fácil identificarlo. Las porristas lo vitoreaban más a él que al equipo. Al estar entre tanta gente me contagié del ambiente de alegría, que me hizo olvidar lo que pasé con Mario. Celebré las anotaciones del equipo y también eché porras a Raúl.

El juego terminó 57-13 a favor de nuestro equipo. Raúl se quitó el casco y sus fanáticas se volvieron locas; fue tanta la gritería que casi nos quedamos sordos mis papás y yo. Raúl me vio desde el campo y me sonrió.

Una vez que la multitud se retiró y que Raúl salió de los vestidores, su familia se acercó a felicitarlo. Tal como los describió Raúl, su papá era un güero bastante bonachón y distraído, su mamá gritaba como neurótica, regañando y felicitando al mismo tiempo, y sus hermanos eran unos cavernícolas que se peleaban entre ellos por cualquier tontería, pero que cuando vieron a Raúl se pusieron a jugar luchitas con él.

—¡Ya dejen a su hermano, que está cansado, por el amor de Dios! — gritaba su madre.

Yo reí, porque a pesar de que se peleaban se veía que eran muy unidos. Raúl me vio y se apartó de su familia para venir a saludarme.

—Qué bueno que pudiste venir.

—Ya ves.

Vio a mis papás y se presentó con ellos.

—¿Cómo está señor? Raúl Lavigne, soy amigo de Vera.

—Armando Torres, mucho gusto. Y ella es mi esposa Verónica.

—Mucho gusto.

En ese momento se acercaron los hermanos de Raúl y empezaron a echarle mosca.

—¿Es tu novia? Está guapa. ¿Por qué no nos la presentas?

—No es mi novia, imbécil. Es mi amiga.

—Vera Torres —dije presentándome a mí misma—. Y ellos son mis papás.

Los hermanos de Raúl se presentaron. Daniel, Víctor y Jonás. También se acercaron los papás de Raúl a saludarnos. James Lavigne y Rosario Gutiérrez.

Mis papás hicieron amistad con los papás de Raúl. A James Lavigne le fascinaba todo lo que tenía que ver con la cultura de México (quizá por eso terminó casándose con una mexicana), así que no dudó en aceptar una invitación a comer a nuestra casa “un día de estos”, como suele decirse. Los hermanos de Raúl por su parte no dejaban de tirarle carrilla. Ahora entendía por qué Raúl tenía un sentido del humor tan sarcástico.

Cuando por fin nos despedimos, Raúl me dio las gracias por haber venido.

—No tienes por qué agradecerme —dije ruborizada.

—Nos vemos mañana en clases —dijo Raúl y miró a ambos lados antes de darme un beso en la mejilla, pero no se salvó de la burla de sus hermanos.

CAPITULO 13

Al día siguiente Mario regresó a clases, como si nada. Yo le pregunté que por qué no se había aparecido el día de ayer y no había respondido mis llamadas.

—Ah, no vayas a convertirte en ese tipo de mujeres posesivas que nada más están vigilando cada paso de sus parejas —me respondió.

—Estaba preocupada por ti.

—Pues estoy bien —dijo Mario.

No pude seguir discutiendo porque en ese momento llegó el maestro de Química.

—Bien muchachos, continuemos con el tema de ayer, los enlaces covalentes. ¿Alguien puede darme la definición?

Raúl, como siempre, levantó la mano. El maestro le cedió la palabra.

—Enlace covalente es cuando dos átomos se unen y comparten electrones del último nivel.

—Muy bien, Raúl.

Mario puso los ojos en blanco y remedó en voz baja el comentario del maestro Zavala.

Cuando salimos de clases, Raúl fue abordado por su grupo de fanáticas que habían ido a verlo el día anterior. Ellas lo invitaron a una fiesta y él aceptó. Obviamente a mí no me invitaron ni tampoco a Mario.

Eso nos dio la oportunidad de platicar a solas, camino a casa. Entonces me abrazó y me besó.

—¿Ahora sí estás de buenas? —pregunté.

—¿Estás enojada conmigo?

—Pues te desapareces después de... tú sabes. Y después no me llamas ni vienes a clases.

Él me apretujó y me dijo:

—Ya no te enojas.

Sonrió y me besó varias veces y con eso olvidé los motivos por los que me sentía molesta con él.

Con Mario yo me perdía por completo, me fusionaba en su cuerpo y

en su piel. Sus dedos me tocaban como si yo fuera su guitarra y su musa. Tenía un alma sensible. Me componía nuevas canciones, de bellas melodías de colores intensos, rojos eléctricos, azules cerúleos y verdes cobalto a veces con matices de oro y cobre, dependiendo de la tonalidad de la música. Los mejores cuadros de mi vida los pinté junto a él, escuchando su música.

Nuestros encuentros se repitieron, varias veces. Se nos convirtió en una adicción, tanto que los dos apenas y podíamos esperar a que sonara el timbre de salida para irnos a su casa. Era nuestro secreto, ni siquiera Raúl lo sabía.

Por eso me extrañó el día que el teléfono sonó en casa y mi papá tocó la puerta de mi cuarto para decirme:

—Te habla Raúl Laringe.

—Se dice Lavigne, papá. Pásamelo por favor.

Tomé la llamada.

—¿Bueno?

—¿Vera?

—Sí.

—Habla Raúl. ¿Cómo estás?

—Bien ¿y tú?

—¿Qué estás haciendo?

—Nada. ¿Por qué?

—Quiero invitarte al cine.

No supe si aceptar su invitación. Por una parte Raúl era mi amigo pero por el otro lado, yo ya era novia de Mario y no estaba segura si él vería con buenos ojos que Raúl me invitara al cine. Pero luego pensé que no tenía nada de malo. Sólo era una ida al cine y ya, así que le dije que sí.

Esa tarde Raúl pasó por mí. Entró a saludar a mis papás, muy educadamente. Luego me abrió la puerta de su coche y me ayudó a subir.

—¿Y qué película vamos a ver?

—Te dejaré elegir la que quieras.

Al final elegí una comedia romántica. Raúl se portó muy amable conmigo. Él pagó las entradas, las palomitas y los refrescos. Disfrutamos mucho la película y nos divertimos mucho. Al salir, Raúl y yo dimos un paseo por la plaza comercial.

—¿Qué te pareció la película? —me preguntó.

—Me encantó. No pude parar de la risa.

—Sí, tu risa chillona casi me deja sordo.

—¡Yo no tengo risa chillona!

—Claro que sí, sueñas como una ardilla —dijo, y me remedó. Yo le di un zape como venganza.

Nos quedamos en silencio y sonreímos. Nos sentamos en la orilla de una fuente que tenía una cascada artificial. Metí la mano en el agua y salpiqué a Raúl. Él también hizo lo mismo conmigo. Así estuvimos un buen rato hasta que él me cargó e hizo el intento por arrojarme a la fuente. Yo grité y pataleé hasta que me dejó en el suelo, riéndose a carcajadas.

—Detesto tus bromas —le dije.

—Para mí son divertidas.

Cuando ya por fin se puso serio, me dijo:

—Quiero que seas mi novia.

La sonrisa se me borró de los labios. Él me preguntó:

—¿Qué dices?

Yo me aparté de él y respondí:

—No.

Sus ojos sabor a menta se volvieron fríos y perdieron su sabor. Entonces le expliqué el por qué.

—Es que yo ya tengo novio: es Mario.

—Ya veo.

Hubo un silencio incómodo. Quería decir algo que suavizara la situación pero no se me ocurrió nada. Raúl tomó las llaves de su coche y se fue al estacionamiento. Yo lo seguí.

—Súbete, te llevo a tu casa —fue lo único que dijo, y esta vez no me abrió la puerta.

Durante todo el camino no habló. Hubiera deseado que por lo menos encendiera el radio, porque estar así en silencio me hacía sentir peor.

Se detuvo en mi casa, pero no se despidió de mí. Solamente esperaba a que yo me bajara del coche para arrancar. Pero yo no quería quedar en malos términos con él.

—¿Seguimos siendo amigos?

—Mira, la verdad, ahorita no te puedo responder eso —dijo Raúl.

—¿Pero por qué no? Tú me caes bien y te quiero.

—Pero no de la forma que yo quisiera —dijo Raúl.

Como yo no hacía el intento por irme, Raúl jaló la manivela y abrió la puerta por dentro. Una clara señal de que ya quería que me bajara.

Salí del coche y él ni siquiera se esperó a que entrara a mi casa. Pisó el acelerador al fondo y se alejó con un gran chirrido, dejando marcas de llantas en el pavimento. Mi mamá salió.

—¿Pero qué fue eso? ¡Vera!

—Nada mamá, un loco que pasó por la calle —dije, y entré a la casa.

Después de ese día Raúl dejó de juntarse con nosotros y regresó con su viejo clan de amigos. Mario ni siquiera me preguntó el motivo por el cual Raúl se había alejado, pero lo tomó a bien. Ahora sólo nos teníamos el uno al otro. Y aunque la pasaba bien con Mario y lo amaba mucho, no niego que llegué a extrañar a Raúl. Él en cierto modo era nuestro contacto con el mundo real, de fiestas, relajo y despreocupación. Mario era más bien introspectivo y

reflexivo, lo cual me atraía mucho de él, pero a veces simplemente tenía ganas de ser una adolescente normal.

CAPITULO 14

La tarde del viernes llegué a casa de Mario. Su mamá me saludó pero ya estaba a punto de irse al trabajo, así que no se quedó platicando mucho rato conmigo. Antes de subirse al taxi me dijo que podíamos ordenar una pizza si nos daba hambre.

Entré a la casa. Mario esperó a que su mamá se fuera para poder besarme.

—¡Hola! —me dijo abrazándome.

—Hola, tengo planes para el día de hoy.

—Yo también tengo planes... —susurró de manera seductora mientras me acariciaba la cintura y me besaba el cuello.

Traté de zafarme de sus manos y acerqué mi mochila.

—Traje unas películas.

—Qué bien —dijo sin dejar de besarme el cuello.

—¿Qué te parece si las ponemos de una vez?

—Podemos verlas en mi cuarto —dijo él, más embelesado con la idea de desvestirme.

—Mario, no. Quiero que hagamos cosas diferentes. ¿No podemos por hoy simplemente ver una película?

Aquello hizo que Mario se apartara de mí. La lujuria se evaporó y en lugar de eso, se portó bastante esquivo.

—Ah, ¿sabes qué? Recordé que tengo algo que hacer.

—¿Ahora?

—Sí. Mira, mejor llévate las películas y otro día las vemos —dijo, y

me encaminó a la puerta.

Y me apresuró a irme. Yo no comprendía por qué ese afán de que me fuera si minutos antes quería estar conmigo, pero me quedé afuera, en la banqueta.

Regresé a mi casa desconcertada y confundida y me puse a ver las películas sola, en mi recámara. En ese momento mi mamá tocó la puerta y me dijo:

—Vera, necesito que me lleves a la mercería. Me falta más estambre e hilos.

Apagué la televisión y tomé las llaves del carro. Mientras manejaba, mi mamá protestó por la música que yo iba escuchando.

—¿Qué es esa música tan espantosa?

—Mamá, a mí me gusta. Es color azul eléctrico.

—Verónica Torres Cavazos: ya te he dicho que no te refieras a la música como colores.

Hice una mueca de fastidio y apagué el radio. De mala gana le pregunté a mi madre:

—¿Por qué nunca aprendiste a manejar?

—Porque no me gusta.

—¿No te gusta o no quieres?

—No me gusta. Con este tránsito y estas calles, me estreso mucho.

—Papá me enseñó en seis meses. No es complicado.

—Da vuelta a la izquierda, ahí está la mercería —dijo mi mamá, poniendo fin a la discusión de las clases de manejo.

Entramos a la mercería y mi mamá empezó a escoger varias bolas de estambre.

—Necesito estambre verde para un chaleco que estoy tejiendo.

—Mamá, ésas son mostaza, no son verde.

—Verónica, ¿qué te dije hace unos minutos? No quiero que revuelvas los sonidos con colores y los colores con sabores.

—Mamá, no te estoy diciendo ningún sabor. Esas bolas son color amarillo mostaza, no son verdes —dije, y tomé otras bolas de estambre—. Éstas son las verdes.

Mamá frunció el ceño y las echó a la canastilla.

De regreso a casa le dije:

—Tú siempre te quejas de que revuelvo los colores con sabores, pero tú siempre los confundes.

—No es verdad —dijo mi mamá indignada.

Y otra vez, para evitar una discusión, me cambió el tema.

—¿Y ya has pensado qué carrera vas a estudiar?

—Todavía no sé.

—Recuerda que ya se acercan las fechas para inscribirte y presentar los exámenes de admisión. No quiero que lo dejes a última hora.

—Pues pensaba estudiar algo como Artes Visuales, no sé.

—¿Y esa carrera para qué sirve?

—Pues... para crear arte.

Mi respuesta redundante sólo hizo que mi mamá me viera con esa mirada de desaprobación que solía dirigirme cuando algo no le gustaba.

—Ya tomaste clases de pintura al óleo, pintura al pastel, dibujo en sepia y al carbón, ¿y todavía quieres seguir estudiando eso?

—Pero esto ya es diferente.

—Habiendo tantas carreras más productivas y tú quieres estudiar “arte” —dijo poniendo un énfasis repulsivo en la palabra “arte”.

—Ay mamá, no empieces.

—¿Empezar qué?

—A descalificar todo lo que hago.

—No te estoy descalificando.

—Pues sonó a que no te gustaría que estudiara arte.

—Yo no te dije que no estudiaras arte, yo solo te digo que pienses en otras carreras y no en una de la que ni siquiera sabes qué es lo que hacen ahí.

Llegamos a casa, yo ya estaba muy enojada. Primero lo de Mario y luego la discusión con mi mamá. Demasiado para un solo día.

CAPITULO 15

Se acercaban los exámenes finales y en matemáticas yo estaba por la calle de la amargura. Había reprobado el examen parcial y necesitaba sacar un 90 para poder pasar la materia. Le pregunté a Mario si podíamos estudiar juntos, pero eso era más distracción pues terminábamos besándonos o en la cama, y yo ya no podía perder el tiempo. Tenía que tener más fuerza de voluntad si de verdad quería aprobar.

Le pedí a Mario que nos concentráramos y que de veras nos pusiéramos a estudiar, pero apenas se lo mencionaba él dejaba de besarme, se portaba evasivo y empezaba a decirme que ya tenía que irme porque tenía algo muy importante que hacer.

Entonces no me quedó más remedio que buscar a Raúl para que me ayudara a estudiar.

—¿Y por qué no le dices a tu novio? —dijo Raúl cuando le pedí el favor.

—Porque está ocupado.

—¿En qué? ¿En plancharse el pelo? ¿O en pintarse las uñas de negro?

—¿Me vas a ayudar o no?

—Está bien. Te veo en la biblioteca, saliendo de clases.

Mario ni siquiera fue a clases ese día, así que ni hubo necesidad de

preguntarle si estaba de acuerdo con que yo me quedara con Raúl.

Llegué a la biblioteca. La luz del sol se colaba por entre las persianas y las partículas de polvo bailaban una danza etérea y sublime. En ese momento llegó Raúl y arrojó un grueso libro de matemáticas sobre la mesa que alborotó más a las partículas de polvo.

—Tenemos mucho por estudiar. Vamos a empezar con los números Fibonacci.

Sin siquiera saludarme ni hacerme plática, Raúl se fue directo a la página del libro que hablaba sobre el tema.

—Bueno, la sucesión de Fibonacci es la sucesión de números 0,1,1,2,3,5,8,13,21... etcétera. Cada número se calcula sumando los dos anteriores a él. Por ejemplo, el 2 es 1 más 1. El 3 es 1 más 2, y así sucesivamente. Pero hay una fórmula para facilitar el cálculo...

—Son los fractales. ¿No?

—¿Perdón?

—La sucesión Fibonacci, tiene que ver con los fractales —dije.

Raúl se quedó sorprendido de que lo recordara.

—Sí, así es.

Sonreí, aunque me sentía un poco triste y Raúl lo notó. Era muy observador en ese sentido.

—¿Qué te pasa? ¿Estás preocupada por el examen?

—Sí, pero también estoy preocupada porque mi relación con Mario no va muy bien que digamos. O sea, unos días es muy lindo conmigo pero otros días se porta muy distante. Y mientras yo estoy buscando qué carrera estudiar él parece que no quiere estudiar nada. Como que le vale.

—Bueno, eso es problema de él, ¿no?

—Sí, pero no quiero que sea así.

—Nunca he entendido qué le ves a ese güey —dijo Raúl.

—¿Disculpa? El hecho que tengas un club de fans que digan que tú eres el más guapo de la prepa no significa que seas el único.

Raúl empezó a reírse a carcajadas.

—¿Te parece que Mario es más atractivo que yo?

—Sí.

—¡Vaya! Eres la primera que me dice feo.

Titubeé.

—Pues no, tampoco eres feo, más bien eres... eres... eh...

—¿Mamón?

—Sí.

—Eso me lo han dicho muchas veces —dijo Raúl tomándose de buen humor—. Bueno, continuemos estudiando.

Raúl me explicó todos los problemas de matemáticas. Yo me quedé viendo sus ojos, había olvidado el fresco y delicioso sabor a menta que emanaban.

Cuando llegué a mi casa, me sentí más segura de pasar el examen. Cené con mis papás y luego me fui a mi cuarto para lavarme los dientes, ponerme el pijama y dormir, pero en ese momento Mario me llamó por teléfono y me pidió que lo viera en el parque. Pedí permiso a mi papá para ir a la tienda y salí a encontrarme con Mario. Lo encontré sentado en una banca con su guitarra.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no fuiste a clases? Mañana es el examen.

—Entré a una banda de rock —me dijo triunfal.

—¿Banda de rock? —pregunté con extrañeza.

—Sí, se llama Dark Raven. Tocaban en un antro. El baterista es mi amigo y me dijo que desde hace meses buscan a alguien que sustituya al guitarrista porque el que tenían se les fue. Entonces audicioné y me aceptaron. Vamos a tocar este fin de semana.

—Pero eres menor de edad, no creo que te dejen entrar a un bar.

—No hay problema porque mi amigo es amigo del dueño. ¿Entonces irás a verme tocar?

—Mis papás no me van a dejar ir.

—No les digas.

Yo me sentí incómoda con el hecho de mentirles a mis papás. De por sí ya les había ocultado muchas cosas...

—Yo te aviso.

Mario me robó un beso.

—Te veo mañana. Por cierto, ya le puse letra a la canción que te compuse y la voy a tocar ese día. Así que no puedes faltar.

Se fue a su casa, cargando la guitarra a sus espaldas.

Al día siguiente fue el examen de Matemáticas. Mario llegó a presentarlo aunque no supe si había estudiado. Raúl, como siempre, fue el primero en terminar.

Apenas salimos del salón, Mario se fue pretextando que tenía un ensayo antes de su gran debut y me recalcó de nuevo que no faltara a su concierto. Yo estaba preocupada porque ni siquiera sabía cómo iba a convencer a mis papás de que me dejaran ir a un antro. Como no sabía a quién más decirle, le pregunté a Raúl si podía ser mi coartada.

—¿Quieres que le pida a tus papás permiso para que salgas conmigo y en lugar de eso te vas a ir a un antro con Mario?

—Sí.

—¡Ja! —fue lo único que dijo por respuesta.

Yo lo seguí.

—¿Qué tiene de malo? Mis papás te adoran. Confían en ti.

—No voy a mentir por ti para que te largues con Mario.

—Está bien, ¿qué quieres a cambio?

—Pues que salgas conmigo, eso es lo que quiero.

—¿Y me llevas al concierto?

—Te llevo a la mamarrachada esa si quieres, pero vas conmigo.

—Está bien.

Así pues, Raúl fue el que se encargó de convencer a mis papás que me dieran permiso para salir con él. Mi mamá aceptó encantada. A ella Raúl le caía muy bien. Era el tipo de chico que toda mamá querría para novio de su hija. Si ella hubiera sabido que en realidad andaba con Mario, se hubiera infartado y me hubiera encerrado en un calabozo.

Raúl pasó por mí, como lo planeamos. Venía muy guapo, perfumado y bien arreglado, hasta en eso se lució e hizo toda la pantomima de que me llevaría al cine y a cenar hamburguesas. Papá le dio el visto bueno y nos fuimos. Una vez en el carro me pasé al asiento trasero.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Raúl.

—¡No voltees! Me voy a cambiar de ropa.

—¿Qué? —Preguntó Raúl estupefacto y girando la cabeza.

—¡Te dije que no voltees!

Raúl se quedó callado y movió el espejo.

—¡Y tampoco me veas por el retrovisor! —grité.

Él se rió a carcajadas.

—Está bien, está bien. No estoy viendo nada.

Regresé otra vez al asiento, con un minivestido bastante escotado y el cabello suelto.

—¿Y por qué te vestiste así?

—Para aparentar que tengo dieciocho. ¿Y bien? ¿Cómo me veo?

—Como de dieciocho —dijo Raúl y los ojos se le fueron a mi escote.

Yo me tapé instintivamente.

—¡Los ojos en el camino, Lavigne! —exclamé.

Llegamos al antro. Yo no tuve problemas en entrar, no sé si porque de verdad aparentaba dieciocho o si porque le caí bien al guardia de la puerta. Raúl en cambio lo sobornó con dinero. Entramos al antro, que era más oscuro de lo que había imaginado. Había un ruido ensordecedor, mucho humo de cigarro y olor a cerveza y alcohol. Unas luces de neón color violeta me dieron náuseas pero traté de controlarme. Nos sentamos en una mesa cerca del escenario, Raúl tuvo que pagar mucho dinero para que nos asignaran ese lugar. Nos trajeron una botella de tequila, hielos y vasos.

—No manches, aquí cobran hasta por el aire que respiramos —dijo Raúl cuando pagó por la botella.

—¿Para qué la botella? —pregunté.

—No te dan la mesa si no la compras —me explicó Raúl—. Bueno, ya que la tenemos, vénganos tu Reino...

Se sirvió un vaso de tequila, gritó “Salud” y se lo echó de un trago. Luego hizo varias muecas graciosas y se llevó una rodaja de limón a la boca. Bufó como un toro y dijo:

—Aijesu, qué fuerte está esto.

—A ver, quiero probar.

—No te lo recomiendo.

—¿Por qué no? Pasa la botella.

Me serví un vaso, pero apenas lo bebí sentí lumbre en la garganta y muchos deseos de vomitar. No sé de dónde saqué fuerzas para tragármelo y empecé a toser fuertemente y a sacar la lengua como los perros. Raúl me dio una rodaja de limón y sal para que chupara.

—¿Y? ¿Qué tal?

—Me siento mareada —dije sujetándome la cabeza pues sentía que se

me iba a caer.

Raúl se rió y yo también empecé a reírme.

Durante todo el rato que esperamos a que iniciara el concierto, Raúl y yo estuvimos bromeando entre nosotros y nos tomamos dos tequilas más.

Yo solté una carcajada estrepitosa que se perdió entre el ruido de la música.

—Hay mushos coloresh en el aire —dije dibujándolos con un dedo.
—Ahí hay rosha, amarillo, verde...

—Sí, Vera, sí. Muchos colores.

Y quitó la botella de mi alcance, pues no quería regresarme borracha a mi casa. Dijo que no quería enfrentarse a mis papás si les llevaba a su hija completamente ebria.

—Voy a dejarte en la puerta, tocaré el timbre y me voy corriendo. Ahí tú te las arreglas con ellos —dijo Raúl con la boca pastosa, pues también a él ya se le estaba subiendo la borrachera.

Volví a reírme y lo abracé.

En ese instante el grupo subió al escenario. Todos empezaron a aplaudir y a gritar, en especial las mujeres. Mario salió al frente. Se veía más apuesto que nunca, enfundado en unos pantalones de cuero negro, botas, camisa sin mangas y su largo cabello cayendo sobre sus hombros. El vocalista, un tipo alto de unos veintitantos y de cabello rizado y largo, gritó con voz de dragón:

—¿Cómo están? Somos Dark Raven y esto que les vamos a tocar es “Ángel infernal”.

Mario empezó a tocar y el público enloqueció, yo incluida. Grité su nombre pensando que él podría escucharme entre todo aquel griterío.

La música de Mario empezó a dibujar líneas de colores con trayectorias eléctricas y zigzagueantes, era como una cascada de luz.

Después de siete canciones, el vocalista presentó a todos los miembros de la banda y le dio la bienvenida a Mario, para después cederle el micrófono.

—Hola, buenas noches a todos —dijo Mario. Su voz aterciopelada se magnificó con el micrófono. Él volteó a verme y yo sentí que el corazón me latía frenéticamente.

—Voy cantar una canción que compuse para una mujer muy especial. Vera, esta va para ti.

Me sentí muy orgullosa de ser la novia de un cantante de rock y me dio gusto que las demás chavas sintieran envidia de mí en ese momento.

Mario empezó a tocar la guitarra entonando los primeros acordes. Acercó el micrófono y empezó a cantar.

*Anhelo el latido de tu palpitante seno
nieve cálida que se derrite en mis manos
entraré en tu bosque de cerezos
beberé la miel ardiente que emana de tu cueva*

*Eres fuego rojo
que devora mi simiente blanca
la hora del placer empieza
voy a levantar mi asta
y tu serás mi bandera.*

Yo estaba gritando, enamorada de la voz de Mario pues era la primera vez que lo escuchaba cantar, tenía luz propia, brillaba como el acero por encima de las luces de la música y sus canción me pareció poética y bella.

Raúl se quedó atónito. Cuando la canción terminó, Mario me guiñó un

ojo y luego regresó a su sitio, para seguir con la siguiente interpretación.

Yo me volví hacia Raúl y dije:

—¡Qué hermosa canción!

Pero él me dijo:

—¿Entonces ya te acostaste con Mario?

—¿Qué? —exclamé estupefacta—. ¿Quién te lo dijo?

—¡Pues el propio Mario lo acaba de cantar a los cuatro vientos! Más gráfico no podía ser.

La emoción que minutos antes había sentido ahora se transformaba en vergüenza, pero luego en indignación.

—Bueno, sí. ¿Pero a ti qué te importa?

Raúl apretó los dientes y estaba a punto de decir algo, pero reprimió su ira y solamente dijo:

—Me largo de aquí. ¿Vienes o te quedas?

—Pero Mario no ha terminado de tocar...

—¿Vienes o te quedas? —volvió a preguntar.

No tenía idea de a qué horas se iba a terminar el concierto de Mario pero no quería llegar tarde a mi casa y exponerme a los regaños de mis papás, así que de mala gana acepté irme con Raúl.

En el camino Raúl no me dirigió la palabra. Estaba demasiado enojado y yo no entendía por qué.

—¿Qué tienes? —le pregunté.

—Así que te acostaste con Mario.

—Sí. ¿Pero a ti en qué te afecta?

—Pues que yo ando de pendejo haciéndole de celestina.

—Ash, si hubiera sabido que ibas a ponerte así mejor ni te hubiera pedido que me llevaras.

Raúl ya no dijo nada más. Llegó a mi casa y me dio la ropa que dejé

en el asiento trasero.

—Tal vez no quieras que tus papás te vean llegar vestida así. Bajaré para que puedas cambiarte.

Raúl salió del coche y se quedó afuera mirando distraído hacia la calle mientras yo me volvía a poner mis jeans, mis tenis y mi playera y escondía el vestido y los zapatos de tacón en mi mochila.

Me desmaquillé con una toallita húmeda y me recogí el cabello con una pinza. Salí del carro y le dije a Raúl:

—Ya terminé.

—OK.

Raúl ni siquiera se dignó a mirarme.

—Gracias por llevarme y traerme de regreso —dije.

—De nada.

De nuevo otro silencio incómodo.

—Nos vemos el lunes en la escuela.

—Sí.

No me despedí de él como solía hacerlo, sino que entré a mi casa. Eran las once de la noche, apenas. Escuché el carro de Raúl marcharse.

Dejé las llaves en el tazón donde solía ponerlas y mi mamá salió al encuentro.

—¿Por qué llegas a estas horas?

—No es muy tarde.

—¿Las once y cuarto no te parece demasiado tarde? —preguntó mi mamá—. Una señorita decente no anda por ahí a esas horas.

—Ash, mamá.

—¡Y apestas a cigarro y a alcohol! La próxima vez que venga Raúl voy a hablar seriamente con él. Ahora ya vete a dormir.

No quise discutir y me fui a mi recámara.

CAPITULO 16

Al día siguiente, con todo y la cruda fui a trabajar con mi papá a la frutería. Sentía un fuerte dolor de cabeza y mis sentidos estaban más exacerbados y erráticos que nunca. Los ruidos me provocaban ver colores extraños y espantosos. Para colmo Rubén, el ayudante de mi papá, tenía puesta música vallenata a todo volumen y tanta mescolanza de colores, ruidos, texturas y sabores me dieron ganas de vomitar.

—Rubén ¿le puedes bajar el volumen por favor?

—¿Por qué? Si está chida. Bueno, ya le bajo.

Se inclinó y vi que algo colgaba de su cuello, era como una estampita amarrada a un cordel.

—¿Qué traes en el cuello? —pregunté.

—¿Esto? Ah, es un escapulario de la Virgencita de San Juan de los Lagos. Es muy milagrosa.

Se lo quitó y me lo mostró.

—Yo fui de peregrinación allá con mi mamá el año pasado —dijo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—A cumplir una manda. Le prometí a la Virgen que si se curaba mi mamá del cáncer, la iba a llevar allá a conocerla. Y pos me hizo el milagro y la llevé.

—¿Y dónde queda San Juan de los Lagos?

—En Jalisco. Te vas por la carretera a Saltillo, llegas a Matehuala y de ahí le das para San Luis Potosí y...

En ese momento una señora nos interrumpió pues le pidió a Rubén dos kilos de plátano. Éste fue a pesarlos y los colocó en una bolsa. Yo me encargué de cobrarle a la señora. Cuando se fue, le regresé el escapulario. Él

lo besó y se lo volvió a colgar en el cuello.

—¿Y de veras es muy milagrosa?

—Bastante. Lo que le pidas te lo concede, pero tienes que pedirlo con mucha fe.

—Órale.

Rubén se puso a ordenar las naranjas. Mientras yo, por pura curiosidad, me metí a Internet para ver cuál era la Virgen de San Juan de los Lagos y cómo llegar al lugar. Por las fotos me pareció muy bonito todo y pensé que si tan milagrosa era, tal vez podía ayudarme con mis problemas.

Cuando por fin terminó mi jornada, regresé a casa y fui a buscar a Mario. Lo encontré sentado en el pórtico de su casa, descalzo y afinando su guitarra.

—¡Hola! —dije y lo abracé.

—Hola. ¿Qué te pareció el concierto?

—Estuvo genial. Me encantó.

—Qué bueno que te gustó —dijo Mario dejando a un lado su guitarra. Luego me cargó, me sentó entre sus piernas y acarició mi vientre, como si yo fuera otra guitarra que afinar.

—¡Mario! Ya basta.

—¿Qué?

—Deja de tocarme así, me haces cosquillas.

Mario me hizo más cosquillas a propósito, y terminé riendo a carcajadas y caí al suelo. Él me cargó en sus brazos y me llevó hasta su cuarto. Me recostó sobre la cama, acarició mi rostro y besó mi boca de manera apasionada.

—Por cierto, me gustó mucho la canción que me escribiste —dije.

—¿De veras?

—Sí, quedó preciosa. Aunque... bueno... Raúl dice que en la canción

hablas de sexo.

Mario sonrió y siguió acariciándome y desabotonando mi blusa.

—¿Es verdad? —pregunté.

—La canción habla de lo que siento cuando estoy contigo.

—¿De amor?

—Pues si así le quieres llamar...

—¿Cómo que si así le quiero llamar? —pregunté incorporándome, ya con la blusa a medio desabotonar—. ¡Somos novios!

—¿Novios? —inquirió Mario con desazón.

—¿Entonces qué somos?

—Pues amigos, ¿no?

Me quedé estupefacta.

—¿Qué? ¿Cómo que amigos?

—Pues sí. Somos amigos. Amigos cariñosos.

Yo estaba confundida.

—¿Y todos esos besos? ¿Y las veces que hicimos el amor?

—Vera, podemos hacer eso pero no significa que seamos novios. El amor y el sexo son dos cosas diferentes. Es cierto que me gustas, me agrada estar contigo y eres mi mejor amiga, pero solamente eso. Yo no te veo como novia y nunca te lo pedí.

Empecé a llorar.

—Pero yo te amo...

—Pues no sé qué decirte.

Mario permaneció estoico y hasta incómodo porque yo estaba llorando. No pude más y me fui corriendo. Ni siquiera intentó detenerme.

Salí de la casa y subí a mi bicicleta. En el camino yo iba llorando. Quise limpiarme las lágrimas y en ese momento un carro atravesó la calle. No pude frenar a tiempo y sólo alcancé a virar bruscamente. Terminé derrapando

sobre el pavimento, raspándome la pierna y el brazo derecho. De buenas que no pasaron más coches pues pudieron haberme aplastado.

Cuando mamá me vio llegar con el brazo y la pierna en carne viva, se asustó.

—¿Pero qué te pasó?

—Me caí de la bicicleta.

Mamá de inmediato me lavó con agua y me aplicó un antiséptico. Mis heridas exteriores eran más visibles que las que yo traía por dentro. Lloraba, pero no por el dolor, sino por Mario.

—Deberías tener más cuidado cuando andas en bicicleta. Es peligroso andar entre los carros.

Asentí. Entonces la abracé. Ella se desconcertó, pero correspondió a mi abrazo y me acarició la cabeza.

—Ya no te va a doler. Pronto va a cicatrizar —me dijo.

Yo esperaba que lo mismo fuera para mi corazón.

CAPITULO 17

Pasé el examen de Matemáticas con un 100. Eso era una buena noticia. Significaba que no reprobaría el semestre y podría graduarme, pero de todas maneras no me sentía muy alegre que digamos. Raúl no era mi amigo, Mario no era mi novio (aunque en realidad nunca lo fue) y yo todavía no sabía qué carrera iba a estudiar. Así que volví de nuevo a la soledad de siempre, a mis dibujos y mis diseños.

Al terminar las clases me fui directo a la casa. Mamá ya tenía la comida lista pero papá todavía no había llegado.

—Ya compré la tela para tu vestido —dijo mi mamá.

—¿La compraste azul turquesa?

—Sí. Compré dos metros de satén y otros dos de seda.

—OK.

—¿Vas a ir con alguien a la graduación? —preguntó mi mamá mientras servía la sopa.

—No, no lo creo.

—¿Y ese muchachito, Raúl Lavigne?

—Él va a ir con otra chava —respondí, aunque ni siquiera sabía con quién iría él al baile.

—Ah... bueno. Debiste haberte puesto más lista. Él se veía interesado en ti.

—Mmh... —murmuré y me sentí culpable y triste. Había desairado tantas veces a Raúl que ya no podía tener esperanzas de que quisiera al menos mi amistad.

Mamá se sentó en la mesa para comer conmigo. Escuché que papá estaba estacionando la camioneta en la cochera. Mientras él abría la puerta, mamá me preguntó:

—¿Y ya sabes qué carrera vas a estudiar?

—No, todavía no.

—¿Por qué? No quiero que se te pasen las fechas para inscribirte.

—No quiero hablar de ese tema ahorita.

—¿Entonces cuándo?

—Después.

Mamá se quedó triste y compungida.

—No entiendes que si te pregunto es porque me preocupo por ti.

Y otra vez me sentí culpable, pero también me sentí enojada.

—Pues no te preocupes por mí, ya no soy una niña.

Terminé mi plato y me levanté de la mesa. Pasé por el cuarto de costura y descubrí que sobre la máquina de coser había tela de satén negra, no

azul.

—Mamá, ¿qué es esto?

—La tela de tu vestido.

—Esto no es azul. Es negro.

—Claro que no, probablemente lo ves negro por la luz.

—No mamá, no es azul, ni verde, ni rojo, ni amarillo. Es negro.

Negro. ¿Qué acaso no puedes distinguir los colores?

Mamá abrió los ojos como platos y empezó a ponerse muy nerviosa. Se levantó de la mesa y con tristeza murmuró que iría a la tienda a comprar la tela azul. En ese momento escuché que mi papá me hablaba con voz fuerte.

—Vera, quiero hablar contigo ahora.

Salí de la cocina y lo acompañé hasta la sala.

—¿Qué? —pregunté enfadada.

Pensé que mi papá me regañaría, pero en lugar de eso, suspiró y dijo:

—Hay algo que tienes que saber de tu mamá. Creo que ya estás lo suficientemente grande para entenderlo.

—¿Qué cosa? —pregunté intrigada.

Papá lo meditó varias veces, como si estuviera tratando de escoger las palabras adecuadas. Su silencio hizo que sintiera más curiosidad.

Y por fin se atrevió a confesar una verdad acerca de mi mamá.

—Vera... tu mamá tiene acromatopsia congénita.

—¿Y eso qué es?

—Es una enfermedad genética que afecta la retina. Ella tiene ceguera a los colores. Sólo puede ver en blanco y negro o escala de grises.

Me quedé boquiabierta sin poder pronunciar ni una sola palabra. ¿Mamá no podía ver los colores? Y entonces comprendí todo. Por qué confundía el rojo con el café o el verde con el mostaza, por qué tenía tanto miedo de aprender a manejar...

—¿Pero por qué nunca me lo dijo?

—Porque le da vergüenza.

—¿Pero por qué le avergüenza?

—Porque ella quería ser diseñadora de modas. De niña batalló igual que tú, con eso de reconocer colores, ella no sabía qué eran, pero de algún modo encontró la manera de sobrellevarlo sin que nadie lo supiera. Incluso como le gustaba mucho coser, tejer y esas cosas, cuando tenía trece años estudió corte y confección. Tu abuela le enseñó y ella le compraba las telas y los hilos. Pero ya más grande cuando intentó entrar a una escuela de diseño, fracasó. Los profesores y sus compañeros la criticaron muchísimo. Le dijeron que no sabía combinar bien los colores y que así no podría dedicarse a eso. Fue con muchos doctores intentando curarse y al final uno dio con el diagnóstico, pero por desgracia eso no tiene cura y ya no le quedaron ganas de continuar con sus sueños. Sólo se quedó con su máquina de coser.

Cuando me dijo eso, yo me sentí muy mal, terriblemente mal.

—Yo... no...

—No sabías. Entiendo —dijo mi papá—. Tu mamá se angustió mucho cuando te detectaron la sinestesia. Hasta se sintió culpable, pensó que ella te había heredado alguna mutación genética. Pero no, esas cosas solo suceden y ya. Y si siempre te insistió en que te adaptaras fue porque no quería que la gente se riera de ti así como le pasó a ella. Pero de alguna manera u otra tú siempre terminas delatándote, con tus dibujos de la música o tus comentarios de los sabores de los colores...

—No lo hago a propósito.

—Yo sé que no, pero eso le preocupa mucho a tu mamá. Así que ahora ya sabes por qué.

Papá me dio una palmada en el hombro, pero antes de que se marchara yo lo llamé.

—Papá.

—¿Sí?

—¿Mamá sabe que eres pelirrojo?

—No, ella piensa que tengo el cabello negro. Y así también te ve a ti.

Sentí lástima por mi mamá. Debía ser triste vivir en un mundo de escala de grises, sin poder ver el color del cielo, del césped, de las flores o de las frutas... o el cabello rojo de mi papá.

CAPITULO 18

En los últimos días de clases se empezó a sentir el ambiente de despedida. Las chicas se abrazaban entre ellas y se decían lo mucho que se iban a extrañar. Los muchachos se prometían buscarse en la universidad. Los maestros no cesaban de recordarnos que estábamos a punto de empezar una nueva etapa en nuestras vidas.

Mario hizo el intento de hablar conmigo en varias ocasiones, pero no le di la oportunidad. Después de lo que me dijo, yo me sentía vacía y utilizada, así que no quería ni verlo, por lo que me escondía de él escabulléndome entre la gente o metiéndome al baño de mujeres. No quería enfrentarlo.

En uno de esos intentos de huida, tropecé con Raúl en las escaleras y por poco nos caímos los dos, de no ser porque él me sujetó.

—Gracias —le dije.

—De nada.

Con el choque, él había dejado caer unos papeles. Me agaché para ayudarle a recogerlos y encontré un tríptico de una escuela en Canadá.

—¿*University of Toronto*? —pregunté con extrañeza.

—Sí.

—¿Te vas a ir a estudiar allá?

—Me ofrecieron una beca.

—Ah...

Siempre había dado por sentado que Raúl estaría cerca de mí, y la posibilidad de que se fuera a otro país me provocó un sentimiento de nostalgia.

—Todavía no les he dicho que sí —dijo Raúl titubeando.

—Pero es una gran oportunidad, ¿no?

Él se encogió de hombros.

Agaché la cabeza, confundida.

—¿Tú ya sabes qué vas a estudiar? —me preguntó.

—No.

—¿No? Pero ya faltan pocos días para que cierren las inscripciones.

No respondí. Raúl se quedó viéndome con esos ojos sabor a menta que yo solía saborear siempre. Y me di cuenta de lo mucho que lo extrañaría.

Me encogí en mí misma.

—¿Estás bien? —preguntó Raúl.

Él intentó tocarme pero aparté mi cabeza, mientras intentaba en vano contener mis lágrimas.

—¿Por qué lloras, Vera? ¿Qué pasa?

Raúl me abrazó y yo me desahugué en su pecho, mientras las escaleras se llenaban de miradas curiosas. Raúl acarició mi cabello y me susurró.

—Vamos afuera.

Acepté. Salimos de la prepa y nos fuimos al parque que estaba enseguida. Nos sentamos en una banca, bajo la sombra de un árbol.

—¿Te sientes mejor?

Asentí.

—¿Por qué llorabas?

—Porque te vas a ir.

Él se rió.

—Todavía no. Faltan semanas para eso.

—Pero te irás.

—Es probable.

Eso me entristeció.

—Pero vendré en navidad y vacaciones de verano, y podremos escribirnos y hablar por teléfono.

—Pero no quiero que te vayas —dije.

Raúl se quedó consternado.

—¿Y por qué quieres que me quede?

No pude responder.

Ante mi silencio Raúl suspiró y luego dijo:

—Yo también te extrañaré. No tendré con quien discutir.

Yo sonreí, con todo y ojos llorosos. Raúl en cambio dejó de sonreír.

—Pero tú preferiste a Mario...

Me quedé callada y desvié la mirada. Raúl siguió hablando.

—Al principio no lo entendía. Pero luego comprendí que Mario tiene más cosas en común contigo que yo.

—Ya no ando con Mario —lo interrumpí.

Raúl me miró sorprendido.

—¿No?

—No. Bueno, en realidad él solo me veía como amiga. Fui yo la que me enamoré como una estúpida.

Raúl se quedó callado. Arrancó una hoja del árbol y la hizo girar entre sus dedos, observándola con cuidado.

—De todas maneras, tú también me ves como un amigo.

Raúl tiró la hoja al suelo y se puso de pie.

—Adiós, Vera. Espero verte en la graduación, pero si no te llego a ver, te deseo buena suerte.

Raúl tomó su mochila y se encaminó hacia donde tenía estacionado su coche. Yo me eché a llorar. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que quería a Raúl. El hecho de que se marchara a otro país me hacía sentir como que algo en mí se apagaba. La nostalgia de saber que no volvería a verlo me consumió por completo.

—¡No voy a ir a la graduación! —le grité desde lejos.

—¿Por qué? —dijo él regresándose.

—Porque no tengo nada que celebrar. Mejor me voy de viaje.

—¿A dónde?

—A donde pueda arreglar mi desastrosa vida.

—¿Acaso te volviste loca o qué? Vera. ¡Vera!

Pero ahora era yo la que me iba corriendo. Raúl se subió a su coche y me siguió hasta alcanzarme.

—Sube al carro, Vera —dijo aminorando la marcha y siguiéndome el paso.

—No —dije sin dejar de correr.

—Súbete que te voy a llevar a tu casa.

—No quiero ir a mi casa, quiero ir a la Central de Autobuses.

—¿A qué?

—A buscar un milagro.

—¿A buscar qué? Ya perdiste la razón. Anda, súbete al carro.

—¡Que no! —grité y me detuve. Él frenó y las llantas chirriaron.

—Sube al carro —gritó él—. No quiero que te vayas sola. Te llevaré yo mismo a donde quieras ir.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—OK.

Se estiró para abrirme la puerta desde adentro. Yo me subí y me puse el cinturón de seguridad.

—¿A dónde quieres que te lleve? —me preguntó.

—A San Juan de los Lagos —respondí.

—¿Y eso en dónde queda?

—En Jalisco.

—¿Qué? ¿Por qué quieres ir hasta allá?

—Porque voy a pedirle un milagro a la Virgen.

—¿Y qué no puedes ir simplemente a la iglesia de la colonia? ¿O a cualquier otra de Monterrey?

—Si no me vas a llevar entonces me voy sola —dije desabrochándome el cinturón y haciendo el intento de bajarme del carro, pero Raúl me lo impidió.

—Está bien. Te llevaré hasta allá —dijo—. ¿Quieres que pasemos a tu casa para que hagas la maleta?

—No, dale directo. Si voy a mi casa mis papás no me dejarán ir.

—Entonces me vas a meter en problemas si te llevo allá sin que ellos lo sepan.

—Pues no me lloves —dije intentando bajarme de nuevo del carro pero otra vez me lo impidió.

—Ya, ya quédate quieta. OK, te llevaré allá pero prométeme que les llamarás a tus papás para decirles a dónde vas.

—Lo haré. Ahora ya dale. No quiero perder tiempo.

Raúl arrancó.

—¿Y cómo se llega hasta allá?

—No sé. Creo que por la carretera a Saltillo. ¿Tu celular tiene GPS?

—Sí.

—Préstamelo.

Él se levantó un poco del asiento y lo sacó del bolsillo trasero de su pantalón.

—Ahí está.

Entré a la opción de Mapas y éste marcó la ruta a seguir.

De pronto Raúl empezó a reírse.

—¿Qué te da risa? —pregunté enfurruñada.

—Es que me gustaría ver la cara de tu mamá si supiera que te largaste de viaje sin su permiso y con un hombre.

—Ash. Ni te emociones, que no vamos a dormir juntos.

—¿Entonces cuál va a ser mi premio por jugar al secuestrador? —dijo con sarcasmo.

Siguió manejando. Yo lo miré de perfil, y no pude evitar sentir otra vez que el corazón se me aceleraba. ¿A pesar de todo él seguía gustándome? Me reproché a mi misma por tener todavía esos sentimientos.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Raúl.

—Sí.

—¿Por qué siempre haces todo a escondidas de tus papás?

—Porque si les digo no me dejarían. Así de simple.

—Si no te dejan es porque te cuidan, ¿no?

—¿Vas a sermonearme?

—¡Solo te dije mi opinión! —respondió exasperado—. Caray, ahora entiendo a Daniel cuando dice que las seriecitas son las peores.

—¿Quién es Daniel?

—Mi hermano mayor. Ya te lo presenté, acuérdate.

—¿Y por qué dice eso?

—Porque de una chica extrovertida se espera que sea loca y siempre

lo será. Pero tú eres seria...

—Sí, ya sé lo que vas a decir “en un hombre eso sería una cualidad pero en una mujer no...”

—No. A lo que voy es a que eres impredecible —dijo.

Hizo silencio y luego añadió:

—Pero eso me encanta.

Sonreí y me hundí en el asiento. Él encendió el radio. Abandonamos la ciudad mientras se iba haciendo de noche, como cómplices fugitivos. Atrás dejamos Monterrey con sus calles trasnochadas y su maquillaje vulgar de luces y sombras. Nos adentramos en el silencio de la carretera, donde la civilización todavía no llegaba, aunque algunas excavadoras ya empezaban a rascar el suelo de unos terrenos y un letrero anunciaba un próximo fraccionamiento de casas pequeñas, justo al lado de una fábrica cuyas chimeneas no dejaban de exhalar humo gris.

Mientras Raúl seguía manejando, yo contemplé el paisaje que tenía frente a mí. Era semidesértico, lleno de yucas y palmas. El cielo se iba abriendo poco a poco ofreciendo infinitud de sabores a mi paladar. Zarzamoras con fresas y un toque de anís.

—Conociéndote, seguramente estás masticando nubes —dijo Raúl riéndose.

—Pues sí. ¿Y qué? —repliqué mientras saboreaba todos los matices que el cielo desplegaba frente a mis ojos. Sentía sabor a vainilla y canela. Sin dejar de reírse de mí, Raúl me dijo:

—Si tanto te gusta el paisaje, ¿por qué no le tomas una foto?

—No traje cámara.

—Yo tengo una. Está en una maleta negra debajo de tu asiento. ¿La alcanzas?

Estiré el brazo y alcancé la pequeña maleta.

—Sí, aquí la tengo. Oh, qué bonita cámara Réflex.

—Es de mi papá. A él le gusta tomar fotografías; bueno, al menos en Canadá lo hacía muy seguido, aquí en Monterrey no tanto.

—¿Porque es una ciudad industrial?

—No, porque ya le robaron una cámara una vez. Un día llegó a una farmacia y dejó la cámara en el asiento trasero. Tres minutos después cuando regresó, el vidrio estaba roto y la cámara había desaparecido.

—Qué lástima.

—Sí, pero es el defecto de mi papá, peca de confiado.

Como Raúl había mencionado Canadá, le pregunté si había vivido ahí.

—Por un tiempo. Desde los siete hasta los dieciséis.

—¿Por qué?

—Mmh, es algo muy largo de explicar —dijo dando por terminado ese tema.

Nos quedamos callados, mientras la música llenó los silencios. Tomé la cámara y empecé a tomar fotos del paisaje.

—¿Bibi y tú siguen siendo novios?—pregunté de repente.

—¿Por qué quieres saber?

—Por curiosidad.

Él volvió a reírse.

—Anda, responde —insistí.

—No. Hace mucho que terminamos. De hecho no duramos más que dos semanas.

—¿Por qué rompieron?

—Todo quieres saber... —dijo Raúl con fastidio.

—Anda, dime.

—Pues porque no nos llevábamos bien. Teníamos gustos diferentes o

como ustedes las mujeres dicen: “Éramos incompatibles”. ¿Satisfecha?

—Sí.

Guardé silencio por tres segundos y luego pregunté:

—¿Y en Canadá sí tuviste novia?

—¿Qué es esto? ¿La hora del interrogatorio? —preguntó exasperado.

—¿Entonces sí tuviste?

—Sí.

—¿Y qué tal? ¿Era bonita?

—¿Por qué quieres saber? —volvió a preguntarme.

—Ya te dije, por curiosidad.

—Pues qué curiosa eres.

—¿Sí era bonita?

—Güera y de ojos azules, como la mayoría de las canadienses.

—¿Dónde la conociste?

—En Quebec, vivía en la misma calle que yo.

—¿Y qué pasó?

—Pues anduvimos juntos y ya, ¿qué más quieres que te diga? Y ya no
hagas más preguntas porque entre más preguntes menos voy a responder.

—¡Oh!

Me quedé callada y me crucé de brazos. Raúl me miró de reojo.

—¿Estás enojadilla?

No respondí.

—¿Estás enojadilla, Vera? —preguntó y me pellizcó la barbilla.

—¿Tú que crees?

—¿Te enojas porque no quiero hablar de mis ex? Qué exagerada. ¿O
estás celosa?

—Claro que no. Me enojo porque yo te platico muchas cosas sobre mí
y en cambio tú no me quieres contar nada.

—¡Ja! Tú no me cuentas nada a menos que te lo pregunte y muchas veces ni siquiera me dices la verdad, yo lo vengo descubriendo por terceras personas o me lo dices en el último minuto.

—¿Qué? No digas mentiras.

—¿A poco no?

—Ash —dije molesta.

—No me digas que ese malhumor se debe a que andas en tus días.

—No, Raúl, es por tu culpa.

—¿Mi culpa? Para empezar, yo no estaba hablando, fuiste tú la que me hizo preguntas pero te enojas cuando te las hago a ti.

—Pues ya no te voy a preguntar nada.

—Me parece perfecto.

Volví a quedarme callada y así seguimos buena parte del viaje.

CAPITULO 19

Cuando llegamos a Matehuala, Raúl detuvo el coche para a cargar gasolina. Yo bajé del carro y entré a una tienda de conveniencia. Compré un montón de bolsas de papas fritas, Cheetos, pastelitos, galletas, chocolates y tamarindos con chile, así como un par de botellas de agua.

—Eres la primera mujer que conozco que no le teme a las calorías —dijo Raúl cuando me vio con semejante cargamento de comida chatarra.

Yo reí y le arrojé un Gansito a la cara, que él atrapó en el aire.

—Esto es para ti —le dije.

—Qué amable —respondió con sarcasmo.

Subimos al carro. Ya era de noche, así que mejor buscamos un motel para dormir. El administrador de la recepción nos miró como si fuera algo de rutina. Una pareja buscando habitación para pasar la noche. Cuando yo le dije

que quería habitaciones separadas alzó una ceja.

—Veré qué tengo disponible.

Mientras revisaba su libro, Raúl me dijo que llamara a mis papás. Yo no tenía saldo en mi celular, así que él me prestó el suyo.

Me alejé de él y llamé a mi casa. Me contestó mi mamá muy alarmada.

—¿Bueno?

—Mamá, soy yo. Vera.

—¡Vera! ¿Dónde estás?

—Mamá, estoy bien. Estoy en Matehuala.

—¿En Matehuala? ¿Pero con quién estás? ¿Estás bien? ¿Te secuestraron?

—No, mamá, nadie me secuestró. Estoy bien. Me fui de viaje.

—¿De viaje? ¿Sin siquiera avisarnos? ¿Con quién estás?

—Con Raúl Lavigne. Tú lo conoces. Es mi amigo.

En una fracción de segundo mi mamá pasó de la angustia al enojo.

—¿Te fuiste de viaje con un muchacho sin avisarnos ni pedirnos permiso? ¡Verónica Torres Cavazos! ¡Dime en dónde estás para ir por ti!

—Mamá, no. Quiero hacer este viaje sola. Estaré bien, no te preocupes. Yo me estaré reportando.

—Me tienes aquí toda preocupada. Fui a la prepa a buscarte y nadie me dio razón de ti, tu papá ya fue a la policía a notificar tu desaparición. ¡Y tú me llamas muy campante para decirme que te fugaste con un chamaco!

—Yo también te quiero mucho, mamá. Yo te vuelvo a llamar. Adiós.

—¡No te atrevas a colgar, Vera!

Ya no la escuché y apagué el teléfono.

—¿Todo bien? —preguntó Raúl mientras masticaba un montón de Cheetos.

—Sí.

—Señorita —dijo el administrador—. No tenemos habitaciones disponibles, solamente una. ¿La toma o la deja?

—La tomamos —dijo Raúl y pagó con su tarjeta de crédito.

El administrador la pasó por la terminal, imprimió el *voucher* y se lo entregó a Raúl para que lo firmara. Mientras lo hacía yo le susurré al oído:

—No voy a acostarme contigo si eso es lo que piensas.

—Sí, ya sé que preferirías acostarte con Mario. Pero tranquila, dormiré en el suelo —dijo Raúl con una sonrisa cínica y le dio el *voucher* firmado al administrador. Éste nos dio la llave.

Entramos al cuarto. No estaba tan feo como pensé pero la decoración sí era un poco vulgar, incluso había un enorme espejo en una pared. Raúl agarró una almohada y el edredón y los echó al suelo. Se quitó los zapatos y los aventó por ahí.

—Qué romántico —dije mientras acomodaba la almohada restante en medio de la cama matrimonial.

—Así soy yo —respondió con desdén y encendió la televisión—. ¿Te puedes quitar de en medio? No me dejas ver el fútbol.

—Claro, su majestad.

—Así me gusta. Además deberías de agradecerme que te estoy siguiendo el juego, que pagué el cuarto del motel y te dejo dormir en la cama sola.

Me quité los zapatos y los acomodé a un lado de la cama. Me senté sobre ésta. Miré a Raúl, quien estaba en una pose incómoda tratando de ver la televisión. Entonces me compadecí de él y le dije:

—Está bien. Puedes dormir en la cama.

En menos de un parpadeo ya estaba sobre la cama y se quitó la camisa y los pantalones.

—¡Oye! ¿Qué haces?

—Pues tengo calor.

—¡Pero ya te dije que...!

—Sí, sí. Sor Verónica quiere permanecer pura y casta —dijo y se rió de manera socarrona—. Solo quiero estar cómodo y dormir. Ya te dije que no te voy a hacer nada.

—Y también ya deja de burlarte de mí —le exigí—. Deja de echarme en cara lo mío con Mario. Eso es algo que a ti no te importa. Como si tú no te hubieras acostado con Bibi y con tu ex novia canadiense.

—¿Y estás celosa?

—No, estoy enojada porque me restriegas en la cara a cada momento lo que pasó entre Mario y yo. Ya basta.

Me acosté dándole la espalda. Él apagó la televisión y la luz. En medio de la oscuridad me dijo con arrepentimiento:

—Perdóname.

Fingí estar dormida. Él se acostó y ya no dijo nada más.

CAPÍTULO 20

A la mañana siguiente abandonamos el motel. Eran ya las diez de la mañana y se sentía un calor de los cinco infiernos.

Matehuala era una tierra árida y seca, en donde solo crecían yerbas y matorrales aislados unos de otros.

A mí me llamó la atención que los pobladores estaban en la orilla de la carretera ofreciendo una particular mercancía que no podía identificar.

—¿Qué es lo que esa gente vende?

—Son víboras muertas.

—¿Qué? —exclamé asustada—. ¿Pero por qué venden eso?

—¿Tú por qué crees? Pues para sacar dinero, obviamente. Además tienen muchos usos. La piel se usa para cintos y botas, del veneno sacan ungüentos y la carne se come.

—Agh, qué asco. Carne de víbora...

—Ni siquiera tienes idea de a qué sabe la carne de víbora.

—Pues no me imagino comiendo algo así.

—¿Quieres que te compre una para que la pruebes?

—No.

—Qué pena porque mientras entraste a la tienda te compré una víbora, aquí la tienes subiéndote a tu cuello.

Sentí que algo reptaba por mi cuello y grité aterrorizada.

—¡Ay, ay! ¡Quítamela, quítamela!

Raúl se echó a reír a carcajadas y mostró su mano. Era su dedo lo que me había tocado. Yo por supuesto me enojé.

—¡Deja de hacerme bromas pesadas!

—Fui el menor de cuatro hermanos hombres y tenía que defenderme de sus bromas, así que es muy divertido tener a alguien con quien desquitarme.

—Eres un inmaduro, eso eres.

—Eres bastante enojona por lo que veo.

—No, solo tú me haces enojar.

—Me divierte mucho hacerlo.

Fruncí el ceño y luego quise regresarle la broma.

—¡Mira, tienes una víbora!

—Sí, claro.

—Aquí, está subiendo por tus pantalones.

Deslicé la mano por su muslo pero luego, pasamos por un gran bache que hizo que el carro brincara entonces mi mano terminó encima de su

entrepiera.

—Ya encontraste mi víbora, Vera.

Me sonrojé por completo y retiré la mano de prisa, mientras Raúl reía a carcajadas.

—¿Qué? ¿Por qué quitas la mano? Yo no me he quejado.

—¡Ya cállate, perverso!

—¿Perverso? ¿Yo? Pero sí tú fuiste la que puso su mano encima de mi pene.

—¡Ay Raúl, ya cierra la boca!

Raúl no dejaba de reírse. Yo en cambio no sabía ni dónde esconderme.

—Éstas son las peores vacaciones de mi vida —murmuré malhumorada.

—Y eso que apenas están empezando —respondió.

Después de un buen rato de estar en silencio, comiendo y escuchando música, Raúl dijo de pronto:

—Sarah Hamilton.

—¿Qué?

—Así se llamaba mi novia canadiense.

No dije nada y solo lo observé fijamente.

—Fue la primera chava que no me vio como nerd. Por eso me gustaba... bueno, por eso y...

—¿Y?

—Tú sabes de qué hablo.

—No. ¿A qué te refieres? —pregunté hasta que por fin se me prendió el foco—. ¿Fue tu primera vez?

Él no respondió mi pregunta.

Le di un codazo burlándome ahora de él. Pero Raúl siguió hablando:

—Para ser honesto, fue ella quien me invitó a salir, no yo. Es curioso que en México me volví muy popular por ser güero y de ojos azules, pero en Canadá yo era uno más del montón. Nadie me hacía caso, excepto Sarah. Y una cosa fue llevando a la otra, como te imaginarás. Las chicas quebequenses son muy deshinibidas.

—Y tú encantado de la vida, supongo.

—¿Qué esperabas? Tenía quince años.

—Mmh.

—¿Cómo que “mmh”? Parece como si lo desaprobabas.

—Yo no estoy desaprobando nada, sólo dije eso porque no se me ocurrió qué más decir. Oye, ¿y Bibi?

—Nunca me acosté con Bibi —dijo Raúl y guardó silencio.

Yo no le dirigí la palabra por un buen rato, pero no aguanté mucho y finalmente confesé:

—Mario y yo no fuimos novios.

—¿No? Tú me dijiste que sí.

—Porque pensé que lo éramos, pero él me aclaró que sólo me veía como amiga.

—¿Amiga con beneficios?

—Sí.

—Mario es un pendejo.

—Sí —admití con rencor—. Fui tan tonta por creer que él me quería...

Empecé a llorar. Raúl no dijo nada y sólo estiró su mano derecha y acarició mi cabeza.

—Ya olvídale. No vale la pena.

Pero yo no podía dejar de llorar. Raúl encendió el radio y sintonizó la única estación que captaba la señal.

El paisaje cambió ante mis ojos. Pasamos por un acantilado de piedras rosas y tierra colorada. Yo estaba extasiada y no paraba de tomar fotos. Nunca había estado en un lugar donde la tierra fuera tan roja como el chile piquín en polvo. Los habitantes de esos pueblos vendían losetas de cantera, artesanías, fuentes, macetas, estatuas religiosas y hasta lápidas hechas de esa piedra rosada.

—Guau. ¿Te imaginas vivir en una casa hecha de piedras rosas? — pregunté a Raúl.

Él terminó de beber el último trago de una botella de agua e ignoró mi pregunta. En vez de responderme me preguntó:

—¿Nos detenemos a comer algo?

—Está bien.

Entramos a la ciudad, hasta que llegamos a una plaza comercial. Raúl estacionó el carro, nos bajamos y él estiró el cuerpo como si fuera un gato contorsionista. Recorrimos la plaza hasta llegar a un restaurante. Él comió como si no hubiera probado alimento en diez días.

—¿Cómo es que te cabe tanta comida? —le pregunté, pues no me explicaba cómo a pesar de eso era tan delgado.

—¿Te parece mucho? Deberías ir a mi casa. Mi mamá prepara comida como para todo un regimiento.

—Al menos tienes hermanos. Yo soy hija única y toda la atención de mis papás está sobre mí.

—Tampoco creas que estoy en un lecho de rosas. Somos puros hombres y además fui el menor, así que siempre me tocó la ropa usada y ser el mandadero de mis hermanos.

Raúl terminó de comer y luego de reflexionar en silencio, añadió:

—Pero si algo les debo de agradecer es que de tantas jaladas que me hicieron, aprendí a defenderme en la vida.

—¿Te molestaban en la escuela?

—Todos los días, pero no nada más los compañeros. También los maestros. No les gustaba cuando les corregía sus errores, sobre todo al de matemáticas. Estaba convencido que yo traía la calculadora escondida entre la ropa.

—¿Y de veras tus hermanos te molestaban mucho?

Él sonrió.

—No tienes idea.

—A ver, cuéntame —dije con mucho interés.

Él volvió a sonreír y evocó sus propios recuerdos.

—Bueno, debes saber que nunca fui un niño “normal”. De hecho yo era muy antisocial, no me gustaba jugar con los otros niños porque me parecía que sus pláticas eran muy idiotas. A eso hay que sumarle que tengo un papá canadiense demasiado bonachón, una madre mexicana neurótica y tres hermanos cavernícolas, sin mencionar mi obsesión por las matemáticas. Mi vida era muy complicada, yo estaba dividido entre dos países, dos culturas y dos idiomas.

—¿Cómo se conocieron tus papás?

—Mi mamá es ingeniera en telecomunicaciones y consiguió una visa para trabajar en Canadá. Allá conoció a mi papá, él era profesor universitario. Les pegó la calentura y de ahí nació mi hermano mayor, Daniel. Después del nacimiento de mi hermano se casaron y nos tuvieron a mis otros dos hermanos, Víctor y Jonás, y a mí. Pero cuando yo tenía tres años mi mamá insistió en regresar a México. Supongo que porque le entró la nostalgia por la familia. Así que mi papá aceptó de buena gana. Una vez que llegamos a Monterrey, mi mamá encontró muy pronto trabajo como gerente en una empresa de telefonía y mi papá se dedicó a dar clases de inglés y francés en una universidad privada.

—¿Y cuándo se dieron cuenta que tenías memoria eidética?

—Cuando empecé el colegio. Nunca llevaba los libros. La verdad no los necesitaba, todo me lo sabía de memoria. Pero mis maestros interpretaron eso como rebeldía.

—¿Tus hermanos también son así?

—¿Con memoria prodigiosa? No. Solo yo fui la oveja negra. Mis hermanos son unos cabrones, nada más. Me jugaban bromas pesadas, como dibujarme bigotes y cejas mientras estaba dormido o darme leche echada a perder en mi cereal. Pero luego yo me vengaba. Les pegaba chicles en las pestañas mientras dormían o hacía cubos de hielo con mentos para que cuando los echaran en sus Coca-Colas les explotaran.

—¡Oh por Dios, qué cruel!

—Naaa, ni tanto —dijo Raúl sin darle demasiada importancia, al contrario, parecía que todavía le causaba gracia.

Yo agaché la cabeza y jugando con el tenedor, dije:

—Cuando yo tenía tres años, mi papá me había anunciado que tendría un hermanito y que estaba escondido en la panza de mi mamá. Empecé a imaginarme todo lo que haríamos juntos cuando él naciera, le enseñaría los colores y los sabores y jugaríamos a sacar formas a las nubes.

—¿Y qué pasó?

—Un día mi mamá se sintió mal y fue al hospital. Se quedó ahí una semana. Mis abuelos me cuidaron en esos días. Cuando mamá regresó, la noté pálida y triste. Mi papá se arrodilló frente a mí y me dijo que mi hermanito se había regresado al cielo. Esa fue su única explicación. Mamá nunca quiso hablar del tema. Fue ahí cuando ella empezó tejer una bufanda que hasta la fecha no ha terminado. Tejer es su manera de aliviar su dolor.

—Lo siento mucho —dijo Raúl tomándome de la mano.

Yo agradecí su gesto.

—Me habría gustado mucho tener un hermano o una hermana. Así no me hubiera sentido tan sola.

Raúl no supo qué decir, únicamente apretó su mano sobre la mía en señal de apoyo. Eso fue más que suficiente.

Después de salir del restaurante, me ofrecí a manejar y continuar con el trayecto. Raúl aceptó y se pasó al asiento del copiloto. A ese punto de la carretera ya no se podía sintonizar ninguna estación, solo se oía estática, así que opté por apagar el radio y dejar que él durmiera una siesta.

CAPITULO 21

Después de un largo rato, Raúl por fin despertó y se restregó la cara. Miró por la ventanilla y se sorprendió al ver tantos lagos. Parecía que Dios había quebrado un espejo gigante y había esparcido los pedazos en Jalisco.

Después vimos a decenas de personas caminando por la orilla de la carretera.

—¿Por qué hay tanta gente? —preguntó Raúl con extrañeza.

—Son peregrinos —dije—. Van a ver a la Virgen de San Juan de los Lagos.

—Órale.

Seguimos en la carretera hasta que entramos al pueblo.

Llegamos a eso de las seis de la tarde, cuando el sol se estaba poniendo. El crepúsculo teñía de fresa y zarzamora todos los edificios. Nos adentramos por las calles estrechas buscando un hotel. No fue difícil ya que había muchos.

Nos hospedamos en un hotelito que daba frente a la plaza.

—Tenemos una habitación con cama Queen Size —dijo la recepcionista.

—La tomamos —dije.

Raúl otra vez sacó su tarjeta de crédito y mientras él pagaba, yo le pedí el teléfono prestado y marqué a mi casa. Me contestó mi mamá, igual de histérica.

—¡Vera! ¡Me has tenido con el Jesús en la boca todo el día! ¿Dónde estás?

—En San Juan de los Lagos.

—¿Qué? ¿Y a qué fuiste hasta allá?

—Mamá, ya te expliqué que quería irme de viaje.

—¡Pues podrías habernos dicho a tu papá y a mí y hubiéramos ido los tres! ¿Y dónde está Raúl? Quiero hablar con él.

—Está pagando la habitación del hotel.

—¿Qué? ¿Te vas a acostar con él? Mira, Verónica, no voy a permitir que andes de libertina...

En ese momento mi papá intervino en la conversación. Supuse que había levantado el otro teléfono.

—¡Vera! ¿Estás bien, hija?

—Sí, papá.

—¿Por qué te fugaste con ese muchacho? En su casa están muy molestos, sobre todo porque la policía llegó con ellos después de que puse la denuncia y que tu mamá les dijo que él te había llevado fuera de la ciudad.

—¡Ay, no, papá! ¡Raúl no me hizo nada! Fui yo la de la idea de venir aquí. Retira la denuncia por favor.

—Sí lo iba a hacer, pero no es tan fácil, Vera. Ya inició un proceso y además como ustedes son menores de edad, emitieron una alerta AMBER.

—¿Ves lo que provocas, muchacha? —gritó mi mamá.

—Verónica, ya no hables —dijo mi papá.

—¿Yo? —pregunté.

—No, me refiero a tu mamá —explicó mi padre. Mi mamá siguió protestando por teléfono, pero papá ya no le hizo caso y me dijo:

—Hoy iré al Ministerio Público con los papás de Raúl y retiraré la denuncia. Pero por favor, Vera, no te muevas de donde estás. Nosotros iremos por ustedes.

—Papá, no hace falta. Estoy con Raúl y él tiene carro. Por favor, sólo dame un par de días. Lo necesito. No me pasará nada.

—Vera... —dijo mi papá angustiado.

—¡Te regresas hoy mismo, Vera! —gritó mi mamá.

—Papá, por favor. Por favor. Te lo suplico.

Papá suspiró y dijo:

—Está bien. Pero quiero que me des un número de teléfono a donde pueda llamarte y los datos del hotel donde estás hospedada.

—Sí, el teléfono del que te llamo es el de Raúl. Y busca papel y lápiz para que anotes los datos del hotel.

Cuando por fin colgué, Raúl me miró contrariado.

—¿Qué pasa? ¿Problemas?

—Muchos, incluyéndote. La policía nos busca.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque somos menores de edad y emitieron una alerta AMBER.

—¡Vera!

—Ya le pedí a mi papá que retirara la denuncia y dijo que lo intentaría. Perdóname, Raúl, no debí haberte involucrado en esto.

—Ya no te preocupes. Mira, ya nos dieron la llave del cuarto.

—Los cuartos están subiendo las escaleras —dijo la recepcionista.

Enseguida un señor moreno y bajito, bastante dicharachero, se acercó y nos preguntó:

—Buenas tardes. Me llamo Hipólito pero ustedes pueden decirme

Hipo. ¿Quieren que alguien les ayude a subir el equipaje?

—No traemos.

—Bueno, de todas maneras los acompañaré a su cuarto. Por aquí, síganme.

El hotel era bastante modesto, la alfombra ya estaba algo descolorida y raída, además de que la pintura de las paredes ya se veía deslucida, pero el hombre nos lo mostraba lleno de orgullo.

—Este hotel tiene más de cuarenta años. Yo entré a trabajar aquí desde muy chico, a los trece. En la planta baja está la cafetería por si quieren ir a cenar. Cada habitación está alfombrada, con clima y televisión, pero lo mejor es la vista hacia la plaza y la iglesia. ¿Y ustedes son recién casados? ¿Novios?

—No, sólo somos amigos —me apresuré a responder.

—Con derechos —agregó Raúl.

—¡No es cierto! —exclamé dándole un zape en la cabeza.

Hipo nos miró consternado y solo dijo:

—Oh, pues hacen bonita pareja.

El hombre abrió la habitación. Era bastante sencilla aunque cómoda. Se acercó a la ventana y corrió las cortinas. El ocaso entró a mi cuarto, desparramando su luz sobre el suelo. Justo enfrente tenía una vista muy bonita. La iglesia majestuosa y la plaza llena de gente y jolgorio. Hipo nos mostró el baño, cómo funcionaba el aparato de aire acondicionado y la tarjeta en donde venían los números de recepción y otros servicios.

—Muchas gracias Hipo. Tome —dijo Raúl dándole una propina. Él agradeció dándonos una bendición a ambos.

Apenas cerramos la puerta le hice muecas a Raúl y dije:

—Voy a bañarme.

—Está bien.

Entré al baño mientras escuché que Raúl encendió la televisión, pero al parecer ésta sólo sintonizaba dos canales y con muy mala recepción. Salí vestida del baño, secándome el cabello con la toalla. Raúl ya estaba en ropa interior, descalzo y acostado en la cama, aparentemente dormido. Le aventé la toalla mojada a la cara.

—¡Epa! —exclamó éste molesto, y me la aventó de regreso pero la esquivé—. ¿Por qué me despiertas?

—Voy a la iglesia. ¿Vienes conmigo o te quedas?

—Voy contigo, pero primero déjame bañarme.

—Está bien, aquí te espero.

Raúl abrió las llaves de la regadera, luego empezó a silbar y a cantar. Me dio risa porque cantaba muy desafinado y muy mal. Mario se hubiera arrancado las orejas antes de tener que escucharlo.

Raúl salió únicamente con la toalla tapando sus genitales. Yo al verlo me tapé los ojos y le grité:

—¿Qué no te da vergüenza salir así enfrente de una mujer?

—Es que como en mi casa todos somos hombres no hay problema.

—¿Y tu mamá no te dice nada?

—Ya está acostumbrada. Pásame la camisa, por favor. Y los pantalones.

Con una mano tomé la ropa y se la alcancé mientras que con la otra me tapaba los ojos. Raúl se exasperó.

—No seas ridícula. Te portas como si fuera la primera vez que ves un hombre encuerado. Además estoy mejor dotado que tu ex noviecito.

—Ya deja de presumir tu “cosa” y vístete.

—Está bien —dijo y me arrojó la toalla que cubría sus genitales a mi cara.

—¡Agh! ¡Qué asco! ¡Cochino, asqueroso! —grité mortificada,

mientras Raúl reía a carcajadas.

Después de discutir un rato, Raúl y yo salimos del hotel y nos fuimos caminando. Aunque ese día no se festejaba nada en especial, había muchas personas en la calle. En el kiosco de la plaza un grupo musical tocaba canciones populares para que la gente bailara. Pero en lugar de ir a la plaza entramos primero a la iglesia. Yo me la pasé tomando fotografías de la fachada y luego del interior. La misa estaba terminando. Mientras Raúl observaba el techo abovedado de estilo gótico, me hincé en la banca para orar. Él me imitó aunque, en realidad, se veía que estaba confundido y no sabía qué hacer. Supuse que tal vez no había rezado desde hacía muchos años o que no había pisado una iglesia más que para asistir a bodas de familiares.

La misa terminó. Me puse de pie y me acerqué al altar para verlo más de cerca. En el centro había una Virgen chiquita, de manto azul y corona de oro. A su alrededor había columnas doradas con molduras y una media cúpula. Además el altar estaba circundado por una cerca en donde los creyentes después de la misa se apoyaban para orar. Hice mi petición a la Virgen.

—Virgencita, por favor te pido que me quites la sinestesia. Sé que es algo difícil, pero sé que para ti no hay imposibles. Quítame esto porque me ha causado muchos problemas. Quiero ser una persona normal, quiero que las cosas entre mi mamá y yo se arreglen, quiero encontrar a alguien que me quiera tal como soy. Ayúdame a definir mi vida, porque no sé qué hacer ni a dónde ir. Así que por favor ayúdame a encontrar mi lugar en este mundo, porque me siento muy confundida y perdida. Ayúdame a ser feliz. Te lo ruego con todo mi corazón y mis fuerzas. Amén.

Me persigné. Raúl hizo lo mismo, pero más aprisa y con más torpeza. Salimos del templo y volvimos al jolgorio de la plaza.

—Muero de hambre, ¿vamos a cenar? —sugerí.

—Me parece bien —respondió.

Caminamos. Había luna llena y el aire estaba fresco a pesar de ser verano. Entramos a una fonda y pedí unos molletes y Raúl unas enchiladas con queso. Mientras cenábamos podíamos escuchar la música de la plaza.

—Entonces, ¿qué le pediste a la Virgen? —me preguntó Raúl.

—Eso no es de tu incumbencia —dije sin dejar de comer.

—¿Por qué no me quieres decir?

—¡Porque no!

—OK.

Raúl se quedó callado.

—¿Estás enojado? —le pregunté.

—No.

—¿Entonces por qué te quedas en silencio?

—Porque eres tú la que no quiere hablar.

—Es que preguntas cosas que no vienen al caso.

—¿Qué no viene al caso? Entramos a una iglesia y te pregunté cuál fue el milagro que pediste. Para eso me hiciste traerte aquí, y de paso nos convertimos en prófugos de la ley y ahora resulta que no puedo preguntarte qué es lo que tanto querías pedirle a la Virgen.

—Pensé que leer el pensamiento era una de tus cualidades dado que tienes un súper cerebro —repliqué con sarcasmo.

—Ah, ya vas a empezar... —dijo poniendo los ojos en blanco.

—¿Empezar qué?

—A ponerte a la defensiva. Crees que con ponerte así te ves más fuerte y no, lo que haces es verte más insegura.

—Pues no me pondría a la defensiva si no te portaras tan mamón —dije.

El mesero se acercó a nosotros con una canasta llena de pan.

—¿Gustan una pieza de pan de dulce? —preguntó inocentemente sin imaginarse que estaba interrumpiendo una discusión.

—No, gracias —dije.

—Yo sí quiero —dijo Raúl y agarró una concha y de una mordida se comió la mitad del pan.

—Tráiganos la cuenta, por favor —dije.

Mientras el mesero iba por la nota, yo busqué en mi bolsa el dinero para pagar mi cena. Con la boca llena de pan, Raúl me preguntó:

—¿Ya te vas?

—¿Qué no es obvio?

—¿Te vas porque te estoy diciendo la verdad?

—Me voy porque ya me cansé de ti.

—Deberíamos regresar a Monterrey —se quejó.

—Pues entonces agarra el carro y lárgate a Monterrey. Yo mañana tomo un autobús.

El mesero trajo la nota y cambié mi cara de enojo por una gran sonrisa. Le di las gracias y le pagué mi cena, dejándole además una buena propina. Me salí del restaurante antes de que Raúl terminara de pagar lo suyo.

Afuera sentí el fresco de la noche. En la plaza todavía estaba la verbena. En el kiosco el grupo musical amenizaba y animaba a la gente a bailar. Las mujeres se sentaban en las bancas mientras los hombres caminaban alrededor o pasaban en sus motonetas, observándolas, hasta que se armaban de valor para hablarles e invitarlas a bailar. Los niños corrían como parvadas de palomas y los vendedores de paletas heladas o algodones de azúcar empujaban sus carritos sonando una campana.

Me fui caminando sola por la plaza, metiéndome entre la gente, siguiendo los colores de la música. Era música color rojo con amarillo y anaranjado. Algo parecido a un coctel de frutas de sandía con mango y

papaya.

Me quedé mirando esos colores que flotaban en el cielo como vapores luminosos formando estelas de formas caprichosas que se difuminaban en el negro de la noche. A mi alrededor los ruidos cotidianos, conversaciones y risas se entremezclaban entre sí. De pronto, una voz pronunció mi nombre.

—Vera.

Volteé. Ahí estaba Raúl, tan estoico como siempre.

—¿Ya te vas al hotel?

—No, todavía no.

—Yo sí. Tengo sueño.

—Que duermas bien.

Le di la espalda. Seguí escuchando la música y bailando sola. Después volteé y Raúl ya no estaba. Al final de cuentas se había ido sin mí al hotel y eso me decepcionó, pues creí que a pesar de la discusión se quedaría conmigo, pero después de todo, ¿por qué iba a quedarse? No tenía por qué hacerlo. Así que me quedé escuchando al grupo y disfrutando de la fiesta hasta que de pronto, Raúl apareció de la nada, me abrazó de la cintura y me atrajo hacia él para bailar. No me lo pidió siquiera, simplemente lo hizo.

Yo me quedé sorprendida. Raúl no solía hacer nada por impulso, pero tampoco quise decir nada por miedo a interrumpir el momento. Él tomó mi mano mientras la otra se posaba en la parte baja de mi espalda. Bailamos al ritmo de la música y ya lo hacía bien, como si ya hubiera tomado clases. El azul turquesa de sus ojos me llenó la boca de menta fresca.

Cuando la canción terminó, él se apartó de mí, pero sujetándome de ambas manos. Sin decir ninguna palabra, me jaló lentamente, sacándome de la multitud. Nos fuimos a caminar por las callecitas aledañas a la plaza, más solitarias pero más íntimas. Caminamos despacio, por en medio de la calle, sin temor a ser atropellados pues ya no había coches a esas horas.

De pronto me dijo:

—¿Sabías que el corazón late cien mil veces al día?

—No.

—¿Y que a lo largo de la vida late más de dos millones y medio de veces?

—No... pero, ¿cuál es el punto?

—Que en este minuto mi corazón ha latido más de la cuenta.

Sonrió con timidez. Yo no supe qué responder, aunque sentí que la temperatura de mis mejillas se elevó. Creo que me sonrojé.

—Perdón si soné demasiado altanero en la fonda—me dijo.

—No te preocupes —respondí.

—Has sido buena compañera de viaje. Me he divertido mucho. Me gusta platicar contigo.

—A mí también me gusta platicar contigo. Tienes buena conversación.

Él se rió.

—Es un defecto que tengo —dijo.

Seguimos caminando y pasamos por pequeñas tiendas que todavía permanecían abiertas. Sentí que la mano de Raúl estrechaba más la mía. Nos detuvimos en medio de la calle adoquinada. Se volvió hacia mí. Por un instante pensé que me iba a besar y cerré los ojos por instinto porque el sabor de los suyos me quemaba en la garganta. Sentí más cerca el calor de su rostro acercándose al mío, cuando de pronto, el ruido de unas motos nos sobresaltó. Dimos un salto hacia la banqueta para dejar pasar una pequeña caravana de adolescentes que jugaban carreras.

—Regresemos al hotel —sugirió Raúl.

Dimos vuelta en la esquina y subimos juntos por las escaleras. Entramos al cuarto y nos acostamos sin desvestirnos.

—Que pases buenas noches.

—Igualmente.

Nos quedamos en silencio pero yo no cerré los ojos. Al contrario, no podía dormir. Y entonces empecé a hablar:

—¿Por qué siempre te quedas sin hacer nada, Raúl Lavigne? ¿Por qué siempre parece que me vas a decir algo y no lo dices? ¿Por qué siempre parece que me vas a besar y no lo haces?

—Porque tú quieres a Mario.

—Tú me gustabas antes de conocer a Mario —le confesé—. Pero como siempre estás rodeado de mujeres y además me molestabas mucho y te burlabas de mí, por eso terminé odiándote.

—¿Eso sientes por mí, odio?

—No, ya no. Hace mucho que no.

—¿Entonces?

Y ya no pude resistir el deseo de robarle un beso, de esos fugaces e impulsivos así que me abalancé encima de él e intenté besarlo pero mi nariz chocó con la suya. Él sonrió y dijo desconcertado:

—¿Por qué un beso robado?

—Es la manera en que siempre he besado.

—Déjame mostrártelo a mi manera.

Él se incorporó. Tomó mi rostro entre sus manos y acercó su rostro lentamente, inclinó un poco su cabeza y sus labios acariciaron los míos como si probara una dulce fruta por primera vez, poco a poco, sin prisas, con suavidad y ternura.

Y luego rodó hasta quedar encima de mí. Sus manos aprisionaron mis muñecas y me besó con vehemencia y desesperación, casi como si de ello dependiera su vida. Ese beso me supo a deseo, a versos, a números, a vino derramado en mi lengua y a rojo rubí. Era seda, era fuerza, era relámpago y

era tormenta. Él me quitó la playera y luego se quitó la suya. Acaricié su espalda desnuda. Sus ojos me miraron con tanta intensidad que sentí su sabor dentro de mí. Él continuó besándome, primero mi boca, luego mi cuello y mi pecho. La ropa nos estorbaba. Terminamos por desvestirnos.

Entonces hicimos el amor y todos mis sentidos se dislocaron por completo. Aroma a sol, caricias rojas y besos eléctricos. En cada mirada nos unía el azul de sus ojos y su sonrisa lujuriosa. Me deseaba tanto como yo a él. Descubrió placeres que yo misma desconocía. Con sus dedos de cera blanca ardiente dibujó círculos sobre mi piel. Su lengua húmeda recorrió rincones ocultos. Luego él penetró mi cuerpo de manera intempestiva, rítmica y frenética, provocando un terremoto dentro de mí, hasta que de pronto mi espalda se arqueó, mis ojos se pusieron en blanco, y en un gemido mi alma salió disparada hacia la atmósfera y luego descendí despacio para hundirme en el océano, hasta quedar en sus brazos.

Al final nos acurrucamos. Él acarició mi cabello.

—Sé que no soy muy bueno diciendo lo que siento pero te quiero, Vera.

Él se quedó dormido, abrazado a mí, pero yo en cambio estaba muy despierta. Observé su rostro como si contemplara un paisaje de montañas y valles y vi las pestañas rubias y gruesas que florecían en sus párpados, los cuales tenía cerrados encapsulando esa mar de aguas azules que tenía dentro de su cabeza.

Me quedé pensando en sus palabras. También lo quería, y me sentí culpable por no decírselo.

CAPITULO 22

El sol entró como un ladrón a mi cuarto, de puntillas, formando líneas en las

cuales bailaba el polvo suspendido en el aire. Yo me desperté y mis movimientos despertaron a Raúl. Habíamos pasado la noche juntos y aún seguíamos desnudos bajo las sábanas.

—¿Qué hora es? —preguntó Raúl adormilado y cubriéndose los ojos con el antebrazo.

Estiré mi mano para alcanzar el reloj de pulsera que estaba sobre el buró.

—Son las siete de la mañana.

—Argh. ¿Por qué te despiertas tan temprano?

—Porque tengo hambre y quiero desayunar. Además tengo ganas de pasear.

—¿Cuál es la prisa? —dijo Raúl quitándose por fin el brazo de los ojos. Los noté más azules y más frescos que de costumbre.

—No quiero pasar todo el día encerrada aquí.

—¿Y qué tiene de malo? Podríamos hacer otra vez eso que hicimos anoche —dijo Raúl antes de besarme y abrazarme.

Entonces le pregunté:

—¿Lo que me dijiste anoche es cierto? ¿De veras me quieres?

—Sí.

—¿Me quieres a pesar de que yo tengo este trastorno?

—¿Qué trastorno?

—La sinestesia.

—Te quiero así como eres.

Cuando lo dijo sentí un vuelco en el corazón.

—Además me gustaría experimentar eso que tú sientes —añadió.

—Ay, no sabes lo que dices, la sinestesia sólo me ha traído problemas —dije avergonzada de mí misma.

—Tener memoria eidética también me ha traído problemas. Mis

papás me exhibían en las reuniones familiares como fenómeno de circo. “A ver, Raúl, recita la tabla periódica”, “Raúl, díles las capitales de México”, “Raúl, díles los dígitos de Phi”...

—Al menos te exhibían. A mí me escondían.

—Pues yo hubiera preferido eso.

—¿Y qué se siente tener una memoria como la tuya? —pregunté mientras me acurrucaba más en sus brazos.

Él meditó bien su respuesta antes de contestar.

—Imagina que en tu casa vas guardando envases vacíos, periódicos viejos, objetos y chucherías inútiles, por años y años. ¿Qué crees que pasaría?

—Pues me llenaría de cosas que no me sirven.

—Exacto. Así está mi memoria. Recuerdo todo lo que veo y escucho hasta el último detalle. Mi cerebro almacena cada palabra, cada color, cada objeto, cada aroma, cada textura, cada número, cada nombre. Todos mis recuerdos están prolijamente etiquetados y ordenados. Almaceno datos como un disco duro sin discriminarlos y sin eliminarlos. ¿De qué sirve recordar, por ejemplo, lo que desayuné el 15 de octubre de hace diez años o las noticias que leí el 28 de agosto tres años atrás? Por algo el cerebro evolucionó para olvidar. No toda la información es tan importante. Además hay recuerdos dolorosos que desearía no recordar con tanta precisión.

—¿Cómo cuáles?

Raúl titubeó y bajó la vista.

—Como cuando me dijiste que andabas con Mario.

—No sabía que eso te había herido.

—Pues ya ves que sí.

—Lo siento.

—No te preocupes. Lo pasado, pasado.

Nos quedamos callados por unos minutos. Entonces le dije:

—Hubiera preferido ser una chica normal.

—¿Y qué es “normal” según tú?

—Ser como todos los demás.

—Entonces serías muy aburrida —dijo Raúl riéndose—. Mira, eso de ser “normal” es muy relativo. Todo depende de la perspectiva, cada quien percibe las cosas de acuerdo al punto en el que se encuentra situado. Por ejemplo, aquí podemos ver esta habitación, estas paredes, a nosotros mismos, pero si en este momento estuvieras volando en un avión, tu perspectiva de este cuarto sería tan solo un punto en la tierra. ¿Me explico?

—Sí. Pero no me gusta que me rechacen.

—La gente siempre le ha temido a lo que es diferente —reflexionó Raúl.

—Y los que utilizamos todos los sentidos tenemos que aprender a interpretar el mundo como dicen que es y no como realmente lo vemos —terminé por decir.

—¿Ves? Por eso me gusta estar contigo. Yo soy muy racional y lógico, tú eres creativa y sensorial. Somos los dos hemisferios cerebrales que al unirse forman una sinapsis.

—Creo que ya me perdí con tu explicación.

Raúl volvió a reír y el azul de sus ojos perfumó toda la habitación.

—Lo que quiero decir es que tú me complementas.

Y me besó con ternura. Cuando nos separamos, me quedé paralizada y emocionada, pero luego me puse triste.

—¿Qué pasa? —me preguntó acariciando mi mentón.

—Que te vas a ir a Canadá y no volveré a verte.

Él me besó en los labios. Una descarga química provocó una corriente eléctrica que nos unió a los dos.

Pero nuestros estómagos empezaron a protestar de hambre. Raúl y yo

nos reímos y nos levantamos para vestirnos e ir a dar un paseo por el pueblo. Almorzamos en una de las tantas fondas que había enfrente de la plaza. Ambos pedimos un plato de chilaquiles en salsa roja con frijoles refritos y para acompañarlo comimos una pieza de pan dulce y un jarro de café con leche. Recorrimos las calles esta vez con el sol matutino. Había mercados de artesanías, artículos religiosos y dulces. Los vendedores nos salían al encuentro de manera sorpresiva e insistente, especialmente los que vendían dulces. Nos detenían con pequeñas cucharas de madera repletas de cajeta y casi nos las ponían adentro de la boca.

—Pruebe la cajeta, está bien sabrosa.

Raúl decidió comprar de todo un poco, rollos de guayaba, alfajores, cocadas, dulces de leche quemada con nuez, obleas, cacahuates garapiñados y un tarro de cajeta.

Después entramos otra vez a la iglesia, esta vez escuchamos la misa completa y luego nos dirigimos a la sacristía que estaba a un costado. Cuando entramos ambos nos quedamos sorprendidos. En sus muros había miles de retablos apiñados. Cada uno daba las gracias por un milagro recibido de la Virgen. Había desde los tradicionales “milagritos” metálicos dorados con forma de piernas, muletas y manos, hasta objetos como trenzas de cabello, fotografías, ramos y vestidos de novia, títulos profesionales, incluso había una bicicleta ahí colgada, sabrá Dios que clase de milagro habría recibido esa persona que la dejó ahí.

Salimos de la iglesia tomados de la mano.

—Por cierto, ¿me dirás cuál fue el milagro que le pediste a la Virgen?

—No —dije con firmeza.

—Bueno, yo sí tengo algo que decirte. Yo no me voy a Toronto a estudiar, sino a trabajar.

—¿Trabajar? ¿De qué?

—De maestro. No se lo había dicho a nadie pero yo ya tengo carrera y doctorado en Física y Matemáticas.

—¿Qué? ¿Es una broma?

—No. Además de la memoria eidética tengo un coeficiente intelectual de 180. Por eso mis papás me sacaron del colegio y me llevaron a Canadá, porque en Monterrey no había ninguna escuela que me diera la educación que necesitaba. Allá terminé la secundaria a los 8 años, a los 12 terminé la carrera y a los 15 terminé el doctorado.

—¿Pero entonces por qué volviste a estudiar la prepa?

—Porque mi psicólogo lo sugirió. Estaba tan acostumbrado a convivir con gente mayor que yo que me recomendó que me integrara a un ambiente de personas de mi edad. Por eso regresé a Monterrey e hice la prepa otra vez.

—¿Y aceptarás el trabajo?

Antes de que él pudiera contestar, un par de policías, un hombre y una mujer, se pararon frente a nosotros.

—Ustedes dos. ¿Son Raúl Lavigne y Verónica Torres?

—Sí.

—Acompáñennos por favor.

—¿A dónde?

Nos subieron a una patrulla a la fuerza. Raúl y yo nos resistimos pero no pudimos escapar de ellos. Nos llevaron a una agencia del Ministerio Público como si fuéramos un par de criminales. Ahí estaban mis papás, los padres de Raúl y varios abogados. Todos discutían con todos. Cuando nos vieron llegar, mis papás me abrazaron con fuerza. Lo mismo le pasó a Raúl con los suyos. Pero el momento emotivo no duró mucho, ya que mamá empezó a regañarme.

—¿Cómo se te ocurrió fugarte con un muchacho? ¡Nos tenías tan preocupados! ¿Te hizo algo?

—¿Cómo se le ocurre insinuar que mi hijo le hizo algo a su hija? — preguntó la madre de Raúl muy molesta—. Ella fue la que lo sonsacó.

Nuestras madres empezaron a discutir entre ellas, hasta que mi papá y el de Raúl las separaron. Los abogados se encargaron de los trámites y ambas familias desistieron de las denuncias.

Ni siquiera tuve oportunidad para despedirme de Raúl. Mi mamá me llevó a rastras a la camioneta y me obligó a regresar a casa. Solo pude ver desde la distancia a Raúl viéndome partir.

CAPITULO 23

Durante todo el camino a Monterrey mamá me sermoneó como nunca.

—¿A qué fuiste a San Juan de los Lagos?

—A pedir un milagro.

—¿Cuál?

—No te voy a decir. Eso es privado.

—Pero tuviste que largarte con ese muchachito —dijo poniendo un énfasis despectivo en la palabra “muchachito”.

—Mamá...

—¿Te acostaste con él?

—¡Mamá!

—¿Te acostaste con él? Mira, Verónica, no quiero que salgas con tu domingo siete...

Me tapé el rostro con las manos, avergonzada. Hablar de esos temas con mi mamá, enfrente de mi papá quien iba manejando y en plena carretera, me ponía nerviosa.

—Verónica, estoy esperando una respuesta —presionó mi mamá.

Yo no supe qué decirle. Solo evadía la respuesta. Pero mi silencio me

delató. Mamá inhaló aire como si fuera una asmática y dijo:

—¿Entonces tú...! ¿Cómo pudiste?

Y empezó a llorar. Pero el que más me preocupaba era mi papá. Por su reflejo en el espejo retrovisor solo pude ver sus cejas rojas fruncidas y los ojos encolerizados. El viaje se me hizo eterno aunque llegamos en menos tiempo de lo planeado, porque mi papá había manejado más rápido de lo usual, sin hacer escalas. Al menos no nos detuvieron por exceso de velocidad.

Cuando llegamos a la casa a mi mamá ya se le habían acabado las lágrimas y la voz. Se bajó del carro y se fue directo a su cuarto de costura. Mi papá se quedó en la cochera, con la mano sobre la camioneta.

—Papá —le hablé.

No contestó.

—¿Estás enojado conmigo?

Él suspiró.

—Estoy decepcionado de ti, Vera.

Eso me dolió más que los regaños de mi mamá.

—Papi...

Intenté abrazarlo pero él se apartó.

—¿Por qué, Vera? ¿Qué te hicimos para que te fueras de la casa?

—Nada, papá, es que yo necesitaba arreglar mi vida.

—¿Yéndote de viaje sin avisarnos siquiera? Y además está lo que hiciste con ese muchacho...

—Papá, déjame explicarte.

—No, no. Es que yo no sé cómo hablar de estos temas contigo. Siempre pensé que tu mamá se encargaría de eso... —dijo y suspiró, apoyando las manos en la camioneta—. Pero no quiero conocer los detalles. Solo quiero saber si al menos te cuidaste.

—Sí papá. Sí se puso protección.

Papá asintió y entró a la casa. Yo quería explicarle mis motivos pero no quiso escucharme. Dijo que por ahora no se sentía en condiciones de hablar sobre eso.

Yo me fui a mi recámara y me puse a llorar, sentada en el piso y recargada en la pared.

CAPITULO 24

La noticia de mi viaje con Raúl fue como un reguero de pólvora pues hasta había salido en la tele y en los periódicos, así que al lunes siguiente en la prepa ya todos sabían el chisme y en cuanto puse un pie en la escuela todos se me quedaron viendo con suspicacia.

Mario estaba enterado, obviamente, y me abordó en el pasillo.

—¿Que te fugaste con Raúl y te acostaste con él?

—¿Tú también me vas a interrogar? Además, ¿qué te importa? Sí tú ya terminaste conmigo.

—Más bien nunca empezamos.

—Ah, gracias por recordármelo —dije enojada.

—Está bien, perdón. No vine a burlarme. Solo quiero advertirte que Bibi y sus amigas ya empezaron una campaña de desprestigio en tu contra.

—Como si ella fuera una santa.

—Más bien está ardida porque te fugaste con Raúl y quiere vengarse. Yo que tú no entraría al salón.

—¿Por qué?

Pero Mario ya no pudo detenerme. Entré al aula y todos empezaron a reírse de mí y a decirme insultos muy obscenos sobre todo porque alguien había pegado en el pizarrón una foto mía que había sido publicada en los periódicos en la Alerta AMBER y abajo con marcador dibujaron una silueta

de mujer desnuda. Yo busqué un borrador pero al no encontrarlo me afané por borrar eso con mis manos, mientras todos seguían señalándome, riéndose y diciéndome majaderías. Mario les gritó a todos que se callaran pero nadie le hizo caso.

Bibi se acercó a mí y dijo:

—Esto es lo que te pasa por puta.

En ese momento Raúl entró al salón. Miró el dibujo que yo intentaba borrar, me miró a mí y luego miró al resto de la clase.

—¿Qué significa esto?

Sus amigos le empezaron a aplaudir y a ovacionar porque se había acostado conmigo. Yo me puse a llorar y me di cuenta de que no podía borrar el dibujo porque lo habían hecho con marcador indeleble.

Entonces Raúl dijo:

—Ya dejen de molestar a Verónica porque ella no tiene la culpa.

—Ay por favor, Raúl. No trates de defender lo indefendible —dijo Bibi con un tono malvado.

Pero Raúl, volviéndose hacia todos los compañeros, dijo con voz alta y firme:

—Ella no hizo nada porque yo soy virgen.

Cuando dijo eso se hizo un silencio sepulcral. Todos estaban sorprendidos de que hubiera dicho eso. Raúl Lavigne, el guapo atleta y primer lugar de la clase, había dicho a los cuatro vientos que era virgen. Ningún hombre se hubiera atrevido a decir eso en público, y menos el más popular de la preparatoria.

Arrancó mi foto del pizarrón y la guardó en su mochila. Luego dijo amenazante:

—Si alguien vuelve a molestar a Verónica se las verá conmigo.

Nadie respondió.

Enseguida el maestro de matemáticas entró. Al ver el dibujo en el pizarrón se enojó muchísimo y enseguida preguntó quien había sido el culpable. Nadie dijo nada, no fue sino hasta que ordenó que guardáramos todo y que dijo que pondría un examen sorpresa cuando varios se levantaron y señalaron a Bibi como la responsable. Entonces él la castigó enviándola a la oficina del director.

Raúl y yo nos sentamos en nuestros respectivos lugares.

—Gracias —susurré.

Él no dijo nada, solo me miró con ternura.

CAPITULO 25

El dibujo obsceno se quedó ahí pues ni el mismo conserje lo pudo borrar, así que Bibi, o más bien el papá de ésta, tuvo que pagar por un nuevo pizarrón. Pero el castigo de Bibi fue lo de menos. El chisme de la virginidad de Raúl fue lo que despertó burlas y sarcasmos, pues a partir de aquel día su popularidad se desplomó y pasó a ser otro marginado social. El ídolo se había caído de su pedestal. Nadie le hablaba, los que se decían sus amigos en el pasado ahora se reían de él a sus espaldas y las muchachas ya no lo seguían como antes. Mi reputación, en cambio, volvió a su estatus inicial, la de la chica rara que pintaba cuadros extraños con los colores de la música.

En casa mis papás evitaban mirarme y sólo se limitaban a hablarme cuando era estrictamente indispensable. Ninguno de los dos sabía cómo abordar el tema de lo sucedido con Raúl. Papá porque era hombre y pensaba que le tocaba a mi mamá explicarme todo lo relacionado con la sexualidad... y mamá porque era mamá y ella no sabía hablar de temas profundos, mucho menos de eso.

De todas maneras ya ni era necesario que se pusieran estrictos

conmigo porque yo no tenía novio ni “amigovio” ni nada por el estilo. Al contrario, me convertí en una ermitaña que llevaba una vida de abstinencia y saliendo de la prepa me iba directo a mi casa, ponía mi música, agarraba mis pinceles y me ponía a pintar en mi cuarto. Pronto se me acabaron los lienzos, así que me puse a pintar en las paredes y el techo mismo. A mi mamá le dio otro patatús cuando vio la nueva decoración y ahí sí que tuvo motivos para regañarme. Escuché toda su perorata en silencio, resignada, con la cabeza agachada. Al menos ya me había vuelto a dirigir la palabra.

Mi papá le pidió a mi mamá que se calmara y dijo que me llevaría a la tlapalería a comprar pintura blanca para arreglar mi desastre. Mi mamá aceptó.

En el camino, papá suspiró varias veces hasta que se detuvo en una calle y dijo:

—Tu mamá nunca te va a explicar esto, por lo que veo.

—Papá, ya no quiero hablar de lo de Raúl.

—Pero yo sí. Vera... yo...

Papá batallaba para hablar de este tema.

—Mira, no pensé que fuera tan pronto. Yo me imaginaba que tú estarías más grande, que primero estudiarías una carrera, antes de que tú...

—Papá...

—No me interrumpas. ¿No ves que para mí es difícil que mi niña se la haya llevado un güerco idiota a la cama? Siempre me voy a enojar cada vez que un muchacho se acerque a ti con esas intenciones, porque soy tu papá y siempre serás mi niña, no importa si tienes diecisiete o cuarenta años. Pero yo quiero que entiendas que estas decisiones no se deben tomar a la ligera porque tienen consecuencias. Necesitas tener madurez, Vera, porque...

—Sí, ya sé, no quieres que me embarace o me contagien una enfermedad.

—Así es, pero tampoco quiero que te rompan el corazón. A esta edad los muchachos no valoran a las chicas. Y no quiero verte llorar por ningún hombre, hija.

Y cuando dijo esto su voz se le quebró. Abracé a mi papá y yo también lloré.

—Papá, hay algo que necesito contarte.

Y le dije la verdad, que Raúl no había sido el primero en mi vida, sino Mario. Que yo me entregué a él por amor, pero que él me rompió el corazón pues me dijo que no me quería como novia. Papá se quedó consternado.

—¿Por qué nunca nos lo contaste, Vera?

—Tenía miedo de que ustedes se enojaran.

—Vera, nunca tengas miedo de contarnos tus cosas. Somos tus papás, no tus enemigos—dijo con la voz entrecortada.

—Perdóname, papito.

Papá me abrazó con toda la fuerza de su cuerpo, como si quisiera protegerme del mundo. Cuando se le pasó el sentimiento, se apartó. Su cara estaba más roja de lo normal y sus ojos también, pero por las lágrimas.

—Ahora sí, vamos a la tlapalería por la pintura.

—¿Tengo qué?

—Sí, Vera. Lo siento pero aunque a mí me gustan mucho tus pinturas, a tu mamá no le agrada que pintes las paredes.

—Me gustaría que mamá pudiera entender lo que veo.

—Eso nunca pasará, hija. Tu mamá no puede ver los colores. Para ella lo que haces solo son manchones de blanco y negro.

Me quedé pensando en todo eso.

Cuando regresamos a la casa me dirigí hacia mi recámara y encontré a mamá en su cuarto de costura, sentada frente a la máquina de coser. Estaba cosiendo mi vestido de graduación.

Me acerqué a ella. Sin levantar la mirada, mamá me dijo:

—Te compré la tela azul que querías.

Me sentí mal al recordar todo el reproche que le hice por la tela negra.

La tela azul que había comprado sabía a menta, pero también a anís porque tenía unos destellos en tornasol, semejantes a las plumas de un pavorreal. Se veía bonita.

—Gracias —fue lo único que atiné a decir.

Mamá siguió cosiendo y dijo que había comprado un encaje y unas piedras imitación cristal que bordaría en el peto del vestido.

—Mamá, papá ya me contó tu secreto —dije de pronto.

—¡Oh! —exclamó ella molesta y avergonzada.

Ella se perturbó y se quedó inmóvil, observando la tela. Yo se la quité con delicadeza y le dije:

—Mamá, espera, no te enojas con él. Yo entiendo cómo te sientes, yo no percibo los colores de la misma manera que los demás pero creo que puedo usar esto para ayudarte.

—Vera, no puedes ayudarme...

—Sí, sí puedo. Te voy a enseñar cómo ver los colores a través de los sonidos.

—Vera...

Fui a mi cuarto y traje un pequeño xilófono de juguete que tenía arrumbado por ahí. Luego tomé el estambre verde que estaba en la cesta.

—Yo siempre he visto los colores de la música. Cada color tiene un sonido. Para el verde, es éste.

Golpeé el xilófono para tocar el tono en Re.

Luego tomé un estambre rojo.

—Para el color rojo, es en Do.

Y toqué el xilófono en esa nota.

—Y para el azul es en La.

Fue de esa manera que le mostré a mi mamá los colores, a través de los sonidos. Después lo hice a través de los sabores. Al principio se mostraba escéptica, desconfiada y avergonzada. Siempre ha sido una persona difícil de convencer. Pero al poder utilizar sus otros sentidos para reconocer los colores, finalmente le dio una sensación de alegría y satisfacción, como un nuevo descubrimiento.

Ninguna de las dos éramos buenas para pedirnos disculpas, pero sé que ese día nos perdonamos mutuamente.

CAPITULO 26

Antes de pintar las paredes de blanco le tomé fotos a mis murales. De alguna manera quería preservarlos aunque fuera de esa manera. Después creé una página de internet titulada “Caramelo Rosa”, y ahí subí las fotos de mis murales y de mis otros cuadros que tenía arrumbados en el clóset, y también incluí los dibujos de mis cuadernos.

Por otro lado, como parte de mi “penitencia” tuve que ir con el ginecólogo de mi mamá. Ella me dijo que de ahora en adelante eso era algo que tenía que hacer, al menos cada año. Me sorprendió que ella misma fuera quien me llevara, sobre todo considerando que le avergonzaba mucho hablar de temas como ése. Aunque en realidad fue el doctor quien se encargó de darme “la charla”.

Los exámenes terminaron y sólo íbamos a la prepa para enterarnos de las calificaciones y para afinar los detalles de la graduación. A pesar de que nunca me llevé bien con la mayoría del salón, no quería perderme la fiesta.

Quedaba sólo un problema: mi elección de carrera. Con todo el lío de mi fuga, lo de Raúl y los exámenes finales, ni siquiera me había puesto a

pensar qué era lo que quería estudiar.

Entonces un día Raúl apareció en mi casa. Sintió terror cuando mi papá fue quien abrió la puerta.

—¿Qué quieres? —le preguntó papá con un tono intimidante.

—Señor, yo quiero pedirle permiso para salir con su hija.

—¿A dónde?

—Al museo.

—¿Al museo? —dijo mi papá con extrañeza—. ¿No me estás mintiendo muchacho?

—No señor, se lo juro. Quiero invitar a Vera a una exposición. Claro, si usted nos da permiso.

Papá se quedó callado por un buen rato hasta que finalmente aceptó.

—Te quiero aquí a las ocho, ni un minuto más —me dijo mi papá.

—Sí —respondí y le di un beso.

Se nos quedó viendo hasta que me subí al carro. Una vez adentro, Raúl recuperó el aliento.

—Nunca lo había visto tan rojo. Hasta parecía que echaba lumbre —dijo.

—Es que no le caes bien desde que supo que tú y yo tuvimos relaciones.

—Ah, ya no me recuerdes. Mi mamá se la pasó regañándome cuando salimos del Ministerio Público.

—¿Y tu papá?

—Le dio risa. Sobre todo porque le dijo a mi mamá que por qué hacía tanto escándalo si Daniel, o sea mi hermano mayor, fue el pajecito de la boda de ellos.

—Ah, no me digas —dije riéndome.

—¿Y a ti cómo te ha ido con tus papás?

—Pues mi mamá me obligó a cargar una mochila con ocho kilos de frijol, nada más para que probara que se sentía estar embarazada. Me quedó un dolor de espalda que ni te platico.

—¿Y tu papá?

—Fue diferente. Pero ya hicimos las paces.

—Me alegro.

—¿Y por qué vamos al museo? —pregunté cambiando el tema.

—Hay una exposición que creo que te va a interesar.

—Nunca he ido a un museo. Mis papás no son personas que se interesen en el arte. La única vez que fui a un museo fue al de Historia Mexicana cuando estaba en tercero de primaria.

—Pues entonces esto te va a gustar. La colección se llama “Anticuerpos” y es de los hermanos Campana. Son unos chavos brasileños que son diseñadores de muebles y han ganado varios premios por su obra.

—¿Me llevas a un museo a ver muebles? ¿No sería mejor que me llevaras a una mueblería?

—Cuando los veas entenderás de qué hablo.

—Está bien.

Llegamos al Museo de Arte Contemporáneo. Ese día era entrada libre, así que Raúl y yo entramos y nos dirigimos a la galería. Y cuando entré me quedé maravillada. Efectivamente eran muebles, pero estaban hechos de materiales reciclados. Había sillas hechas con palitos de madera, lámparas de vidrio de colores, sillas hechas de muñecos de peluche unidos a estructuras metálicas, otras hechas con cables de PVC y acero inoxidable, otras hechas de cuerdas o retazos de telas de colores. Era una exposición tan hermosa y divertida, que exacerbó todos mis sentidos. Sentí el aroma de madera, el sabor del azúcar, la textura del agua, el calor del sol, la frialdad de la luna, el césped, los colores, las frutas, la musicalidad de los objetos... Para mí era

estar dentro del paraíso.

—¡Raúl, esto es hermoso! ¡Yo quiero hacer lo mismo!

—¿Qué cosa?

—¡Diseñar muebles así, usando todos los sentidos!

—Sabía que te gustaría.

—¡Sí, me fascina! ¡Y ya sé qué quiero estudiar! Voy a meterme a Diseño, tendré mi propio taller, haré mi propia colección. ¡Será fantástico! ¡Gracias por traerme!

Le di un abrazo que casi perdemos el equilibrio. Él se rió.

—De nada.

Salimos de la galería y nos sentamos en unas escalinatas del patio central. En medio había una especie de lago artificial totalmente iluminado por el tragaluz del techo.

Mirando el agua, le dije a Raúl:

—¿Quieres saber qué fue lo que le pedí a la Virgen?

—Claro.

—Le pedí que me quitara la sinestesia.

—¡No! ¿Por qué?

—Porque quería ser normal.

—¿Y te concedió el milagro?

—No —dije decepcionada.

—¿Y por qué te obsesionas con eso de ser “normal”?

—Porque quería que las cosas entre mi mamá y yo se arreglaran.

—Ya te reconciliaste con ella, ¿no?

—Sí. Bueno, también pedí eso porque quería definir qué carrera estudiar.

—Lo acabas de descubrir —dijo Raúl.

—Sí. Y también deseo encontrar a alguien que me quiera tal como

soy.

—Vera, tienes a muchas personas que te aceptan tal como eres. Como tu papá y el pinche Mario.... que bueno, aunque no me caiga bien ese güey hay que reconocer que él siempre fue tu amigo. Y también estoy yo. A mí me gusta cómo eres, con todo y los cables cruzados de tu cerebro.

Hizo una pausa y luego dijo:

—Creo que la única que no se acepta eres tú misma.

En ese momento un chorro potente de agua empezó a salir de una pared volviendo a llenar el lago y provocando un sonido ensordecedor como el mar y me di cuenta de que Raúl tenía razón. Yo era la única que no me aceptaba a mí misma. Solo eso bastaba. Y pensé en mis cuadros, en los colores de la música, en los sabores y texturas, en los números, y de pronto todo cobró sentido.

—¿Sabes qué, Raúl? Tienes razón.

Me levanté, me quité los zapatos y me metí adentro del lago artificial (que no tenía mucha profundidad al fin y al cabo) y mientras el agua seguía cayendo yo grité:

—¡Yo me quiero tal como soy!

Las personas voltearon a verme como si hubiera perdido la razón y tres guardias me llamaron la atención y me ordenaron que saliera de ahí. Antes de que me atraparan me salí corriendo descalza y Raúl y yo abandonamos el museo, bajamos corriendo las escaleras hacia el estacionamiento, nos subimos al carro y salimos de ahí lo más rápido posible, riéndonos a carcajadas.

—¿Tenías que dar semejante espectáculo? ¿No era más fácil pensarlo?

—Tú lo has dicho: tengo los cables cruzados en mi cerebro.

Nos detuvimos en mi casa. Mi papá ya estaba en el porche con los

brazos cruzados.

—Ya me tengo que ir. Gracias por llevarme al museo —dije.

—De nada.

—Te veré en el baile de graduación —dije y me despedí de él con una palmadita en el muslo y un beso en los labios.

CAPITULO 27

Llegó el día de la graduación. Fue una mañana soleada y con mucho calor, algo típico en Monterrey. Todos íbamos vestidos con toga y birrete. Como era de esperarse, Raúl sacó el primer lugar de la generación con un promedio perfecto de 100. No hubo oportunidad de felicitarlo ya que todos íbamos con nuestras respectivas familias y había mucha gente en el auditorio.

Mis papás me regalaron un ramo de flores y un oso de peluche. Aunque yo no obtuve calificaciones tan sobresalientes como Raúl, estaban orgullosos de que me hubiera graduado y de que hubiera pasado el examen para la universidad.

Para ese entonces yo ya había empezado a recibir varios correos en mi página de internet, de personas que querían comprar mis pinturas. Eso me sorprendió mucho y al mismo tiempo me alegró, sobre todo cuando recibí un correo de una niña de diez años que decía que ella también tenía sinestesia y que la molestaban en su escuela, pero que mis dibujos la habían inspirado a hacer los suyos propios y me mandó uno que dijo que le sabía a bombón.

Dos días después de la entrega del certificado se celebró la fiesta; esta vez éramos nada más puros alumnos, sin los papás. Fue en un salón de un hotel del centro. Cuando entré me di cuenta de que era la única persona sin pareja. Todos estaban bailando y divirtiéndose como nunca, pero yo me sentí sola, como al principio. Mi vida parecía un círculo. Caminé por en medio de

la pista, sin saber qué hacer, si bailar o sentarme en una mesa, si quedarme o irme. En ese momento Mario se apareció frente a mí. Él traía puesto un smoking y llevaba su cabello largo recogido en una cola de caballo. Se veía tan apuesto que el corazón me dio un vuelco. Todavía sentía cosas por él pero mi parte racional me recordaba que él no me quería del modo que lo quería yo.

—Hola, Vera —me saludó.

—Hola.

—¿Por qué me has estado evitando?

—¿Tú por qué crees?

Él me tomó de la mano y me llevó a la pista a bailar, a pesar de que me resistí.

—¡Suéltame!

—Quiero hablar contigo, sobre lo nuestro.

—¿Lo nuestro? Pensé que habías dejado muy en claro que no éramos nada más que amigos con derechos.

—Amigos cariñosos.

—Es lo mismo —dije con rencor—. Sólo fui un juguete para ti.

—¡No! Me ofende que pienses así. Nunca fuiste un juguete para mí.

—¿Entonces? ¿Qué fui?

—Fuiste mi mejor amiga —dijo Mario, y noté que hablaba con sinceridad—. Yo era un marginado, un rechazado, nadie quería ser mi amigo y las chicas ni siquiera volteaban a verme, hasta que tú empezaste a platicar conmigo. Entonces ya no me sentí tan solo.

Evadí su mirada. Bailamos una canción muy romántica pero yo me sentía devastada por dentro.

Mario me dijo:

—Vera, te quiero, en serio.

—Pero no como novia.

—No, no como novia, pero como amiga sí. Sé que no es la clase de amor que tú esperabas, pero es cariño al final de cuentas. Fue muy padre aprender contigo, porque tú me dabas confianza. Para mí todo esto no fue algo trivial. Creo que fue una linda experiencia. ¿O fue malo para ti?

—No, no lo fue —admití.

—Qué bueno —dijo aliviado—. De veras me hubiera gustado amarte de la forma que tú esperabas, pero no puedo. Lo siento.

Y me dio un beso en la frente, justo cuando terminó la canción. Me di cuenta de que ya no tenía nada que reprocharle a Mario. Él se había portado honesto conmigo. A pesar de que lo nuestro no funcionó, todavía lo estimaba mucho. Además, él tenía razón, habíamos aprendido el uno del otro.

—¿Me perdonas, pues?

—Claro que sí.

Mario sonrió y me abrazó, estrechándome contra él. El grupo musical que amenizaba la fiesta empezó otra canción, pero ya no nos quedamos en la pista. Mario me llevó hasta la mesa y nos sentamos a beber una piña colada sin alcohol, que era lo único que servían en la fiesta aparte de Coca-Cola y Joya.

—¿Y ya sabes qué vas a estudiar, Vera? —me preguntó Mario.

—Sí, me decidí por Diseño Industrial.

—Qué bien.

—¿Y tú?

—Voy a seguirle con la banda.

—No te olvides de mí cuando seas famoso.

—Eso nunca, mi amazona piromaníaca —dijo, y me jaló suavemente un mechón de mi pelo—. Y por cierto, si un día quieres simplemente pasar un buen rato, sigo disponible.

—Gracias por tu ofrecimiento, pero yo busco algo más que “un buen rato”.

—Te entiendo y estás en tu derecho.

Yo contemplé su largo cabello lacio y su rostro anguloso. De veras extrañaría todas las tardes que pasé a su lado, pero nuestros sentimientos y nuestros planes a futuro no coincidían, así que era momento de separarnos y continuar con nuestras vidas. Creo que él también lo entendió así. Me dio un último beso de despedida y luego se perdió entre la multitud.

Mientras tanto, yo me quedé ahí en medio del salón. Busqué a Raúl en todas partes, pero no lo encontré.

Salí del salón, dejando atrás el bullicio. No sé por qué, pero la graduación me parecía una despedida, no sólo de los compañeros sino de una parte de mi vida.

Como el salón estaba en la planta alta de un hotel, bajé las escaleras, recogiendo la falda de mi vestido que me arrastraba. Parecía como si fuera una princesa saliendo del palacio. Entré al bar del hotel. Ahí estaba un pianista, interpretando canciones melancólicas de la época de mis abuelos. Me senté en una de las mesas a contemplar los colores de la música. En ese momento vi a alguien sentado en la barra. Era Raúl y estaba solo.

Me acerqué y me senté a su lado.

—¿Qué estás tomando? —le pregunté.

—Limonada. El barman no me quiso servir alcohol porque tengo diecisiete años —respondió haciendo una mueca de frustración—. ¿Y qué haces aquí? ¿No deberías estar en la fiesta?

—Tú tampoco estás en la fiesta —dije y le robé su limonada y sorbí un trago por el popote.

—No, porque no me gusta bailar con tantas mujeres.

—¿Te volviste gay?

—No, tonta.

—Pues dijiste que no te gusta bailar con las mujeres.

—No tuerzas mis palabras. Yo dije que no me gusta bailar con “tantas” mujeres.

—¿Por qué no?

—Porque para mí bailar es algo muy íntimo.

—Eso es muy tierno —dije conmovida.

El pianista terminó la melodía y empezó a tocar “All of Me” de John Legend. Raúl dejó el vaso vacío en la barra y me tomó de la mano.

—¿Quieres bailar?

—¿Aquí?

—Sí.

No lo pensé dos veces. Le di mi mano y él me llevó a un espacio más abierto, entre las mesas del bar. Puso una mano en mi cintura y con la otra tomó mi otra mano, entrelazando nuestros dedos. Recargué mi cabeza en su hombro mientras él me guiaba, con pasos lentos, mientras todos los colores de la música se desplegaban a nuestro alrededor, como un arcoiris, y mis sentidos empezaron a dislocarse. Aspiré el aroma de lavanda, incienso, madera, rosas y el olor a césped y tierra mojada. Sentí los sabores de lo que veía a mi alrededor, a vino, a naranja... y cuando miré a Raúl al rostro sentí sus ojos sabor a menta.

Y de pronto recordé algo desde lo más recóndito de mi memoria. Yo en la oficina de la directora, un niño de ojos azules, tan azules que tenían sabor a menta.

—¡Eras tú! —exclamé.

Raúl se quedó extrañado.

—¿Qué?

—Sí, tú eras el niño de ojos azules que estaba en la oficina de la

directora cuando me mandaron llamar. Estabas ahí peleándote con tus hermanos, tu mamá te gritaba, tu papá leía el periódico. Y de pronto tú te me quedaste viendo y me sonreíste.

Raúl se quedó serio, hasta que de pronto una sonrisa torcida y sensual se dibujó en su rostro.

—Finalmente lo recordaste, pecosa pelirroja.

El corazón se me estremeció, tanto que pensé que moriría en ese momento, porque todo mi universo empezó a dar vueltas.

Él apoyó su frente contra la mía y susurró:

—Te recuerdo sentada columpiando los pies, con tu cabello rojo cereza, piel de leche y pecas de fresa. Llevabas el uniforme y un delantal de cuadros, calcetas de encaje blanco y zapatos de charol. Te recuerdo cuando dijiste que te llamabas Verónica pero que todos te decían Vera. Te recuerdo mirándome y ruborizándote.

—Y tú haces que la oxitocina recorra todo mi cuerpo —repliqué.

Raúl soltó una carcajada, me abrazó y dijo:

—Creo que ya intercambiamos cerebros.

—Sí —dije y reí, pero luego me puse triste.

—¿Qué pasa?

—Tengo un problema.

—¿Cuál?

—Que te amo y no quiero que te vayas a Canadá.

Raúl guardó silencio y me abrazó.

—Voy a regresar, te lo prometo.

—¿Cuándo?

—Más pronto de lo que imaginas —dijo, y me dio un tierno beso en los labios. La sal de mis lágrimas se mezcló con el azúcar de sus labios.

—Pero te olvidarás de mí.

Él volvió a reír y me abrazó.

—Te he dicho que tengo memoria eidética, ¿y todavía piensas que te voy a olvidar?

—Sí, que tonta soy —admití y me ruboricé.

Pasó su dedo por mi rostro para limpiar mis lágrimas y sus ojos sabor a menta me reconfortaron y me dieron la sensación de que sí regresaría.

En ese momento Mario apareció y nos abrazó a ambos pasando sus brazos por nuestras espaldas.

—¿Qué onda?

—¿Qué haces aquí? —preguntó Raúl molesto porque nos hubiera interrumpido.

—La fiesta está muy aburrida y vine a ver qué estaban haciendo.

Yo balbuceé al intentar dar explicaciones, porque me sentí avergonzada de que apenas había cortado a Mario y ya andaba con Raúl, pero Mario no se lo tomó a lo personal.

—¿Qué les parece si nos vamos a celebrar a nuestra manera?

—Me parece bien —dijo Raúl, y su respuesta me sorprendió porque por primera vez estaba de acuerdo con Mario.

—Ya está.

Salimos corriendo del hotel. La vaporosa tela de mi vestido formaba como olas contra el viento. Ellos iban saltando como locos y nos subimos al carro de Raúl. Mario se sentó en el asiento trasero y estiró su mano para poner su música estrambótica pero yo le dije:

—Esta vez yo escojo la canción.

Saqué mi USB y puse la canción de “Happy” de Pharrell Williams. Para mí era una canción que tenía todos los colores del arcoiris, que sabía a frutas y brillaba como el sol. Le subí el volumen y los tres empezamos a cantar a pleno pulmón. Y nos fuimos a dar la vuelta por ahí, recorrimos casi

la mitad de la ciudad, soñando con nuestros planes a futuro, cerrando ciclos y abriendo nuevos. No sabíamos qué nos deparaba el futuro, pero no nos importaba. Teníamos ante nosotros toda una vida para encontrar nuestro lugar en el mundo. Éramos tres anormales, tres marginados, tres fenómenos, pero éramos amigos y eso fue lo que hizo que la prepa fuera una de las mejores etapas de mi vida.